
3 1761 08831820 9

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

No. 11

SIEMPRE EN RIDÍCULO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSE ECHEGARAY

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

2.

SIEMPRE EN RIDÍCULO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSE ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 21 de Diciembre de 1890.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
EUGENIO.................	Sr.	Calvo (D. Ricardo.)
DON PABLO.............	»	Jiménez (D. Donato.)
DON COSME.............	»	Pérez (D. José.)
JUAN....................	»	Rivelles (D. Jaime.)
DON HILARIÓN..........	»	Calvo (D. Fernando)
TERESA.................	Srta.	Guerrero (D.ª María.)
REMEDIOS...............	»	Alisedo (D.ª Consuelo.)
MARÍA (una niña)........	»	Mercedes Alcaráz.
CRIADO.................	Sr.	Varela (D. Juan.)

Drama contemporáneo.

AL EMINENTE ACTOR

DON RICARDO CALVO

SU ADMIRADOR Y AMIGO,

J. Echegaray.

ACTO PRIMERO

La escena representa el salón del piso bajo en una casa de campo de don Pablo, que se supone en Andalucía. Rompimiento en el fondo, por el cual se ve el jardín. Muy sencillo todo; pero muy elegante: cortinajes claros, porcelanas, flores, mecedoras, etc. Es de día: mucha luz en el jardín.

ESCENA PRIMERA

REMEDIOS y DON COSME, ambos sentados: Don Cosme dormido; pero Remedios no lo ha notado todavía.

REM. Pues yo, amigo don Cosme, por más que usted diga, no puedo admitir que tenga Teresina la malicia que usted supone. Y cuidado que no soy de las que se hacen ilusiones. Conozco el mundo, no soy una niña cándida, y digo que no lo soy, porque una viuda ¡ay, Dios mío! no tiene derecho para serlo. Aunque por mis años, mis condiciones especiales y mi carácter, bien podría alardear de cándida y aun de niña. ¿Eh?... ¿No dice usted nada?... ¡Ese silencio!... ¿Pone usted en duda las condiciones de mi carácter. (Reparando en don Cosme.) ¡Toma, ya se durmió! Se levantó á las

diez de las mañana: son las once: y otra horita más de sueño. No, yo no me quedo sin conversación. Teresa se fué al jardín, coqueteando con uno y con otro, oscilando como quien dice entre sus dos polos, Juan y Eugenio. Don Pablo salió á dar su paseo de costumbre. Don Hilarión no se sabe por dónde anda. Me veo sola con don Cosme, y don Cosme se duerme ¡y me deja en pleno monólogo! Pues no lo consiento: vine á la quinta del respetable don Pablo, con la precisa condición de no aburrirme y la condición no se cumple! Sí, la quinta es divina: *arte*, ¡mucho *arte*! cuadros, tapices, estatuas, porcelanas, bronces... *naturaleza*, ¡mucha *naturaleza*! bosques, flores, lagos, cascadas, horizontes... Pero todo esto no basta: falta vida, movimiento; como ahora dicen, falta *calor de humanidad*... y es claro, yo echo de menos ese *calor de humanidad*. ¡Y sigue durmiendo! A este hombre le da una congestión cualquier día. ¡Don Cosme!... ¡Eh, don Cosme!... (Levantándose.) ¡Por San Cosme y San Damián, abra usted los ojos! (Pegándole con el abanico.)

COSME. (Despertando.) ¿Qué ocurre?... ¿Quién llama?... ¿Quién pega?... ¡Ni descansar le dejan á uno!... ¡Ah, es usted, Remedios!

REM. Pero hombre de Dios, ¿no recuerda usted que estábamos hablando?

COSME. Sí, ya lo recuerdo. ¡De cosas tristes, de miserias humanas, de profundos desengaños, de dramas sombríos!

REM. No, señor. De Teresa y de sus coqueteos con Eugenio y con Juan. Esto no me parece que es un drama sombrío.

COSME. Lo es, Remedios: lo es, aunque no lo parezca. No se fíe usted de exterioridades. Sonrisas de niñas, alegrías de mancebos, placidéz de hombres sesudos, paz de las familias, calma y dicha en seres mortales... nada de eso es verdad. Esa es la superficie; pero más allá del cielo azul y lleno de resplandores, negruras

infinitas; bajo el cristal del lago transparante, el cieno; dentro del marmóreo sepulcro. pobredumbre; en el agua cristalina, el microbio. Remedios, no los hay: quiero decir que no hay remedios contra tanto mal. Lo mejor es cerrar los ojos, rodearse de tinieblas y de silencio, perder la memoria, hundirse en el olvido, flotar en lo vago, desvanecerse y dormirse. (Se arregla en el sillón para recobrar el sueño y cierra los ojos.)

REM. ¡Vamos, don Cosme, que no lo sufro! No se duerma usted.

COSME. Señora, la vida es sueño: lo dijo Calderón, que sabía más que nosotros.

REM. Pues si él hubiera dormido como usted, no habría escrito tantos dramas ni tan hermosos.

COSME. Inconsecuencias de hombre de genio. Él predicaba: yo practico.

REM. Pues no lo consiento: necesito conversación: hombre, sea usted galante.

COSME. Bien está: seré galante, ya que usted se empeña.

REM. Y además entretenido, y además ameno.

COSME. Seré ameno.

REM. Pues hábleme usted de algo que me divierta.

COSME. Bueno. ¡Leí anoche en *La Correspondencia*, que en Esmirna se ha presentado una enfermedad terrible! ¡de carácter contagioso! ¡que se parece mucho á la peste de Levante! En *diez* días, diez mil atacados; muere el *noventa por ciento*, y quedan inútiles para todo los restantes.

REM. Calle usted por Dios: no me hable de esas cosas. ¡Y prometía usted ser ameno! ¡Qué amenidad!

COSME. Bueno ¿Ha leído usted la relación del crimen de Arganda? ¡Horrible, horrible!... Un niño de doce años que asesina á sus hermanos, á sus padres, á sus abuelos, al recaudador de contribuciones, al fiel contraste y al maestro de escuela! ¡Da frio!

REM. ¡Por Dios, don Cosme, no me cuente usted crímenes!

COSME. Entonces, ¿de qué quiere usted que hablemos?

REM. De algo variado, curioso, alegre ó por lo menos juguetón.

COSME. ¿Variado y curioso? ya. Ahí me traje un libro de estadística.

REM. ¡Estadística!... ¿y cree usted que la Estadística será alegre y juguetona?

COSME. Ya verá usted. En ese libro hay una tabla de mortalidad y otra de existencia probable. En ésta puede usted ver cuántos años de vida le quedan á mi doña Remedios. ¿Es que esto no le interesa á usted tampoco?

REM. Sí: eso es curioso. ¿Y cuánto viviré yo?

COSME. Depende de la edad que usted tenga: tendrá usted cuarenta y ocho ó cincuenta...

REM. ¿Qué disparates está usted diciendo? ¡Usted no ha despertado todavía! ¡cincuenta años! ¡Ave María Purísima!

COSME. No se incomode usted: ¡como está usted tan bien conservada!

REM. ¡Pues ya lo arregló el buen señor!

COSME. En cuyo caso tendría usted unos veinte años de vida probable.

REM. (*Con mal humor.*) Pues no tengo cincuenta años: tengo sesenta.

COSME. Entonces le quedan á usted unos diez años.

REM. Pues no tengo sesenta años: tengo ciento.

COSME. (*Con mucha calma.*) Entonces se muere usted esta noche.

REM. En eso puede ser que acierte usted, sobre todo si continúa usted amenizando la poética quinta de don Pablo como hasta la fecha. Aquí no hay gente: no ocurre nada: no se sabe nada: el limbo, señor don Cosme.

COSME. No quiera usted salir del limbo, que pudiera usted caer en el infierno.

REM. ¡Qué mayor infierno que el del aburrimiento!

COSME. Pues no lo comprendo. ¿No tiene usted paseos deliciosos?

REM. Muy deliciosos, pero muy solitarios: ¡qué quiere usted, falta gente!

COSME. ¿No tiene usted buena mesa?

REM. Sin animación, sin discreteo, sin gente casi.

COSME. ¿No tiene usted habitaciones encantadoras, buen servicio?...

REM. Pero sin gente... quiero decir que somos media docena de personas, todos muy íntimos, pero que nos lo tenemos dicho todo y que por lo tanto en esta deliciosa casa domina la más irresistible monotonía.

COSME. Pues ahí tiene usted á don Hilarión, que por lo que bulle vale por media docena; ¿quería usted gente? ahí tiene usted gente.

ESCENA II

REMEDIOS, DON COSME y DON HILARIÓN

HIL. ¡Qué gracioso! ¡vamos, es cosa de morirse de risa! ¡cómo les trastea á los dos! (Se queda en la puerta del fondo riendo y mirando al jardín.)

REM. Gracias al cielo que hay uno que tiene ganas de reir. Venga usted, don Hilarión y comuníqueme usted sus alegrías.

HIL. Con mil amores, bellisíma Remedios.

REM. No señor; con ninguno. Me basta con que amistosa y cordialmente me transmita usted esa sonrisa plácida, ese buen humor, esa alegría íntima.

HIL. Todo lo que usted quiera, y el alma por añadidura.

REM. Aprenda usted, don Cosme.

COSME. Todo eso es fingido.

HIL. ¡Muchas gracias, qué amable es usted!

REM. No le haga usted caso y dígame usted por qué se reía de tan buena gana.

HIL. ¡Esa Teresina es el diablo! Entre Eugenio y Juan camina gallardamente haciendo equilibrios maravillosos. ¿Me caigo hacia Juan? aquí de Eugenio. ¿Eugenio vence? sálveme Juan. ¿Quién diría que de un

padre tan severo como don Pablo, tan honradote, tan sin malicia, había de salir un sér tan travieso como Teresina?

COSME. Son travesuras del destino que todo lo enreda y se goza en chasquear á los míseros mortales. ¿Eres pelinegro? tu hijo será rubio. ¿Eres rubio? tu hijo será pelinegro. Y el papá se queda con la boca abierta, buscando *rubios* ó *pelinegros* por todo el ramaje ascendente y descendente de la familia.

REM. La verdad es que Teresina es la nota alegre de esta casa.

COSME. ¡Les oigo á ustedes con lástima! ¿Pero ustedes creen en la alegría de Teresina?

REM. Digo... me parece...

HIL. Y á mí me parece también.

COSME. Pues les parece á ustedes un solemne disparate. Teresina es mortalmente desdichada.

HIL. ¡Qué cosas dice don Cosme!

REM. ¿Conque desdichada?

HIL. Sí señora: ¡cualquier noche á la luz de la luna, veremos flotar su cuerpo entre velos y flores, cual nueva Ofelia, sobre las ondas del río!

COSME. ¡Quién sabe!

HIL. ¡Quién lo duda! Aquellos ojos brillantes... (Con tono burlón.)

COSME. Los abrillantan las lágrimas.

HIL. Aquella perpétua sonrisa...

COSME. Porque es perpétua, es falsa,

REM. Justo: y aquel rostro sonrosado...

COSME. Sobre todo cuando mira á su padre ó á Eugenio; que cuando mira á Juan es pálido.

REM. Pues oigan ustedes; la verdad, yo también creo observar á veces en Teresina así como relámpagos de tristeza.

HIL. ¡Ya relampaguea por este lado: se corrió la tempestad¡

COSME. (Can misterio.) ¡Teresina ama con delirio á Juan! ¿Qué quiere decir con delirio? Pues con delirio.

REM. ¿Y Juanito?

COSME. Aunque hasta aquí Juanito fué un *Don Juan*, esta vez ama de veras. Es decir, de veras no se ama nunca; pero ama con pasión, con frenesí, saltando por todos los obstáculos: ¿qué quiere decir saltar por todos los obstáculos? pues él salta.

HIL. Pues si se aman los dos tanto... que se casen.

REM. Claro está, que se casen.

COSME. ¡Ah!

HIL. ¡Qué sonrisa amarga!... ¡qué mirada siniestra!... ¡el abismo que pestañea!

REM. Pero ¿por qué no han de casarse? vamos á ver.

COSME. ¡No es posible! no me pregunten ustedes más. No es posible.

REM. ¿Y sabe Teresina *que no es posible*?

COSME, Algo sospecha. Y al fin el *leal* y caballeroso don Juan de Vargas tendrá que decir... lo que tendrá que decir.

REM. ¿Y usted lo sabe? ¿Usted conoce el misterio?

COSME. Yo estuve en Chile hace seis años y allí hube de conocer á don Juan de Vargas.

HIL. ¡El abismo se entreabre! (Señalando á don Cosme.)

REM. ¿Y qué?

COSME. Que no puedo decir más.

HIL. ¡El abismo se cierra!

COSME. Créanme ustedes, lo mejor es no saber nada: olvidarlo todo.

HIL. El abismo se duerme.

COSME. Es lo mejor que podrian hacer los abismos.

REM. ¿De modo que vamos á dejar á Teresina soltera?

COSME. Para *un apuro* ahí tienen ustedes á Eugenio. Cierto es que Teresina no le quiere, ó le quiere cuando más como á un hermano; pero él está enamoradísimo; es de buena pasta, un angelote; muy rico, muy confiado, muy agradecido á don Pablo... conque si se necesita una víctima, ahí está Eugenio; para semejante caso mejor marido no se encuentra.

REM. Dice usted «para semejante caso»... ¿qué caso es ese?

COSME. El de Teresina.

HIL. (Con tono de duda.) ¿Casarse Eugenio con Teresina? Pero vamos á ver: ¿quién es don Eugenio de Fuensanta?

REM. Ya lo dijo don Cosme: un chico muy guapo.

COSME. Eso no lo dije yo: eso lo dice usted por su cuenta.

REM. Y lo dice todo el mundo; un chico muy guapo, no retiro la palabra. Además, muy bueno: tan bueno, que casi es bobo.

COSME. ¡Sea usted bueno... para que le asciendan á bobo!

REM. Pero es que él pasa la raya. Y así como usted tiene constantemente ante los ojos antiparras negras ó amarillas, y todo lo ve de color fúnebre ó del color de la bilis, él lleva quevedos de color de rosa ó de arco iris y todo lo ve lleno de luz, de resplandores y de alegría.

HIL. ¿Y nada más?

REM. Además, es muy rico: tiene mucho talento y es muy práctico. Le educó don Pablo en los Estados Unidos y á poco de terminar su carrera hizo un fortunón en California con no sé qué inventos. Hay tiene usted lo que es Eugenio de Fuensanta: guapo, bueno, rico y bobo con todo su talentazo. Si con estas dotes no puede casarse con Teresina, que es preciosa, traviesa, lista y voluntariosísima, digo que no hay razón para que nadie se case.

COSME. Mejor sería.

REM. ¿Y si se acababa el mundo?

COSME. ¡Qué desdicha! ¡Secarse un manantial de lágrimas!

REM. Basta, don Cosme. ¡Corra usted el crespón!

COSME. Delo usted por corrido.

HIL. Pero todavía no han contestado ustedes á mi pregunta, ¿quién es Eugenio? Ó de otro modo: ¿Quienes fueron los padres de Eugenio? ¿Al menos, quién fué su padre? ¿Quién ha conocido á ese señor de Fuensanta? ¿Le ha conocido usted? (Á Remedios.)

REM. Yo, no.

HIL. (A don Cosme.) ¿Y usted?

COSME. Yo, tampoco.

HIL. Eugenio no tiene padres conocidos: por caridad le recogió don Pablo y le crió como á hijo: y yo pregunto: ¿consentirá don Pablo en esa boda?

REM. Consentirá: ¡si lo está deseando! nada: el matrimonio de Teresina y Eugenio es posible y muy posible.

COSME. Lo es.

REM. Y será dichoso...

COSME. ¡Alto ahí!... lo de dichoso ya lo veremos cuando llegue el tercer acto de este drama de familia. ¿De modo que me dejan ustedes descansar? ¿Puedo cerrar los ojos cinco minutos?

REM. Pida usted permiso á don Pablo que vuelve de su paseo.

ESCENA III

REMEDIOS, DON COSME, DON HILARIÓN y DON PABLO, por el fondo.

REM. Buenos días, don Pablo.

PABLO. Muy buenos nos los dé Dios. Y por lo pronto, la mañana ha sido deliciosísima.

HIL. ¿El paseito de costumbre?

PABLO. Antes de almorzar es gran cosa: despeja la cabeza, sacude la sangre y abre el apetito. Así se va tirando de la vida y se llega á viejo con buena salud.

COSME. (Despertando.) ¿Y si ha llegado usted á viejo, para qué quiere usted la salud? Es cuestión de unos días.

PABLO. ¡O de unos años! Yo no me rindo: yo pienso enterrar á todos ustedes, y eso que les quiero mucho.

REM. ¿Y nos quiere usted enterrar?

PABLO. Es una manera de decir.

COSME. Es el grito espontáneo de la naturaleza humana: es el sér racional presentándose como es, al desnudo: es la eterna lucha: enterrar á todos: quedarme yo solo

gozando de la ruína universal: una mueca formidable sobre una tumba inmensa. Y eso que don Pablo es de los mejores.

HIL. Déle usted las gracias. (A don Pablo.) Usted es el de la *mueca* y nosotros los de la *tumba*.

REM. Yo sé bien que don Pablo no quiere enterrarme á mí Á ustedes es distinto: ya lo van ustedes mereciendo. Pero á mí todavía no.

PABLO. No, hija mía. Sabes que te quiero mucho. Tu marido fué uno de mis mejores amigos, y ya recuerdas lo que dicen en Francia y aun en España: «los amigos de mis amigos son mis amigos.»

HIL. Pero como aquí no se trata de *los amigos de mis amigos*, sino de *las mujeres de mis amigos*, será preciso modificar la fórmula y decir: las mujeres de mis amigos son mis mujeres.

PABLO. ¡Por Dios, don Hilarión, qué bromas tiene usted!

COSME. Este don Hilarión á veces discurre bien.

REM. ¡Respetemos á don Pablo, señores! ¡Don Pablo es un santo varón!

PABLO. Conque digan ustedes que soy un buen hombre, me contento: y aunque digan ustedes de mí lo que quieran, si no se aburren ustedes mucho en mi casa, más contento todavía: y si me prometen ustedes volver el año que viene, contentísimo.

REM. Volveremos; lo juro. (Con solemnidad cómica.)

HIL. Volveremos: lo prometo.

PABLO. ¿Y usted, don Cosme? ¿Volverá usted?

COSME. Volverán las obscuras golondrinas.

PABLO. Pues ya tenemos la compañía completa, porque Eugenio no tiene que prometer ni jurar. Eugenio no se separa de mí.

COSME. Olvida usted á don Juan. Y ese, ¿volverá?

PABLO. Si le agrada volver, por mi parte tendré sumo gusto en recibirle. Fué compañero de colegio de Eugenio, allá en los Estados Unidos; intimaron después muchísimo; Eugenio me lo presentó hace dos años, cuando

Vargas vino á Europa, y ya saben ustedes mi tema: los amigos de mis amigos...

HIL. Y aquí no hay el peligro de antes: aquello de las mujeres de mis amigos.. porque Vargas es soltero.

REM. Y buen partido por añadidura.

COSME. (Se habrá levantado acercándose al fondo.) ¡Já, já, já!

PABLO. (Volviéndose) ¿Qué ocurre?

COSME. Que bajo aquel emparrado van paseando Teresina y don Juan, y un sarmiento se le enganchó en el sombrero á mi don Juan, y el sombrero rodó, y Vargas quedó *descubierto*... descubierto por sorpresa... como si la frondosa vid le hubiese dado un manotazo... diciendo... «¡á enseñarnos esa cara!»

PABLO. ¿Y eso le hace á usted gracia?

COSME. Me hace reir, que no es lo mismo.

HIL. Sí, porque hay risas trájicas, sarcásticas, sardónicas, siniestras... que son las del repertorio de don Cosme.

REM. Hemos convenido en que don Cosme es un réprobo. ¿No lo sabía usted, don Pablo?

PABLO. ¡Quiten ustedes allá! Don Cosme es un buen señor: tan bueno como yo, y casi tan bueno como Eugenio, que es el sér perfecto de esta colonia.

REM. De esta colonia de ángeles.

PABLO. Sí señora, de ángeles. ¿Á qué hemos de hacer al mundo peor de lo que es? Aquí nos reunimos unas cuantas personas honradas, todos amigos afectuosos, y sin ofender á Dios, ni á nuestros semejantes, pasamos muy á gusto los meses de verano en honestos entretenimientos. Ya lo creo: los ángeles no lo harían mejor, ni se portarían más decentemente. Me declaro ángel para todos los efectos de la presente ley.

COSME. Muy buen señor y muy optimista.

PABLO. Muy práctico sobre todo. Siempre he sido lo mismo, y lo mismo fueron mis padres y mis abuelos. El cuerpo, sano: la conciencia, limpia: y con lo primero nunca falta el apetito y con lo segundo se duermen sueños tranquilos; y así se espera en paz que Dios sea

servido de disponer de nosotros. Qué quiere usted: es el sistema de mi familia y así llegamos á viejos. Si no hay cosa más sencilla que ser una buena persona: ¿no dicen ustedes que lo soy? pues no me cuesta nada.

REM. ¿Para cuándo la beatificación?

COSME. Hay que esperar: ya sabemos que es santo, pero hay que ver si resulta mártir.

PABLO. ¿Y quién ha de darme martirio?

HIL. Nosotros, pongo por caso.

PABLO De esos, vengan todos los martirios que ustedes dispongan.

COSME. ¡Qué fácilmente lo pinta usted todo! ¿Usted cree que basta ser bueno para ser felíz?

PABLO. Hombre, me parece... me parece que la conciencia. . ¿Eh?... ¿no es así?

COSME. ¿Pero acaso en la vida dependemos exclusivamente de nosotros mismos, y no más que de uosotros? ¿No tenemos esposas, hijos, hermanos, padres, parientes, amigos, albaceas y testamentarios? ¿No nos rodea la sociedad? ¿No nos penetran las pasiones, los vicios, las miserias de todos? Desengáñese usted, don Pablo, somos como esponja sumergida en la corriente del mundo y por todos nuestros poros absorbemos el líquido que nos rodea, sea el que fuere, dulce ó amargo; amargo casi siempre. Todas las raíces de nuestro sér flotan á nuestro alrededor y fuera de nosotros, en los demás séres, arraigan Y así, vivimos de la vida de todos; y con todos sentimos; y con todos pecamos; y los sufrimientos de los demás, no por virtud, sino por fatalismo, nos hacen sufrir; y vamos muriendo poco á poco con la muerte de los que á nuestro alrededor mueren.

PABLO. Vamos, don Cosme, déjese usted de filosofías. Al que de veras quiere ser bueno, Dios le ayuda, y es bueno y en lo que cabe es dichoso.

COSME. ¡Pobre señor! usted será bueno, si le dejan serlo, si

no le arrastra el torrente; pero supongamos que lo sea. ¿Y si no lo son los seres para usted más queridos? un hermano, un padre, un hijo. ¿Y si en ellos hay culpa, y mancha y dolor? ¿De esa culpa no participará usted al fin de la jornada? ¿Esa mancha, no la sentirá usted en la frente? ¿Ese dolor, no le morderá á usted por dentro en todas las vísceras?

PABLO. En nuestra familia habremos sido pecadores, que lo son todos los humanos desde que al padre Adan le dió por serlo. Pero nuestros pecados son de los que se absuelven y no dejan mancha ante el mundo. Que don Pablo Alzola y los suyos, sépalo usted, viven honrados ó no viven, así Dios me perdone.

REM. Hay tiene usted su obra, señor don Cosme. Vino alegre don Pablo y ya repite la nota trágica que usted le ha dado.

HIL. No haga usted caso, don Pablo. Es que don Cosme está de mal humor porque anoche no ha podido dormir más que doce horas.

REM. ¡Mientras usted tenga á su Teresina!...

PABLO. (Volviendo á su alegría.) ¡Mi Teresina! .. ¿Verdad que es muy linda y muy buena?

REM. ¡Y además, su hijo adoptivo!

PABLO. ¡Eugenio!... ¡Ese sí que es bueno! ¡Y dice don Cosme que no hay personas buenas! ¡Mi pobre Eugenio! mejor que Teresina... ¡aquí en secreto, mejor que Teresina!... ¡Y eso que ella!... Pues mejor. ¡Qué corazón! ¡y qué talento! ¡y qué amor universal! ¡y qué universal benevolencia! ¡Yo creo que si tropieza con un adoquín, se baja y acaricia al pedrusco y le pregunta si le ha lastimado!... ¡Já!... ¡Já!... ¡Já! Yo creo que no hay otro. Á veces me hace reir: y otras veces casi me hace llorar de enternecimiento, al ver un alma tan limpia de toda impureza, tan llena de toda caridad. Y á mí que no me digan que es un soñador: es un hombre práctico. Á los veintiséis años le mandé á California... y en pocos meses... *un fortunón*! ¡Nada,

que *tiene ángel*! Que marcha por el mundo y Dios va poniendo en su camino seres que le quieran, glorias que le acaricien, pepitas de oro en que tropiece. ¡Porque tiene una fortuna enorme!... yo también soy rico; ¡pero vaya una gracia! lo heredé de mis padres; soy rico, como quien dice, á la sopa boba: pero él, no señor: pensar y calcular; y tiro esta línea y tiro la otra; y á buscar en el espacio y pintar en el papel; vamos, á fuerza de talento y de trabajo, como manda Dios. Porque los tiempos son los tiempos y al principio se decía: «ganarás el pan con el sudor de tu frente,» pero hoy es justo que se diga: «ganarás la pepita de oro derritiéndote los sesos.» Conque don Cosme, diga usted que no soy hombre á la moderna. Resumen, mi Eugenio es mí ídolo.

COSME. Pues ahí tiene usted á su ídolo, que acude al conjuro.

ESCENA IV

DON COSME, DON HILARIÓN, DON PABLO, REMEDIOS y EUGENIO

EUG. Salud al noble concurso... adiós, Remedios. ¿Qué tal el paseo? ¿ha sentado bien? (A don Pablo, echándole el brazo por el hombro.)

PABLO. Admirablemente. ¡Tengo un apetito!... ¡Y es que estaba el campo!...

EUG. ¿Dice usted el campo? ¿pues y el cielo? ¿han visto ustedes nada semejante?

HIL. ¿Pues qué ha ocurrido?

EUG. ¡Lo azul que estaba el cielo! ¡un azul intenso, intenso! ¡azul turquí! ¡azul aterciopelado! ¡Como nunca!

REM. Pregúntele usted eso del cielo azul á don Cosme.

HIL. Creo que él también ha reparado en ello y que está meditando en lo que usted dice.

EUG. ¿De veras?... si era una cosa que saltaba á los ojos. ¿Conque usted opina como yo?

COSME. ¿Sobre qué?

EUG. Sobre el color del cielo.

COSME. ¡Ps!... pura ilusión.

EUG. Pero una ilusión muy pura, y sobre todo muy azul, y por lo tanto muy hermosa.

COSME. Pues yo algunas veces miro hacia arriba y veo la tapadera del espacio de color pardusco, gris, plomizo, aborregado, cárdeno y en noches de tormenta todo negro.

EUG. Es verdad, muy negro, pero es para que luzca más el incendio repentino del relámpago. Es á modo de cortinaje obscuro, para que sobre su fondo se destaquen rojizos los poderosos ángulos de la centella y del rayo. Es decoración sublime que el cielo nos ofrece cuando sospecha que la plácida monotonía de lo azul va fatigándonos.

COSME. Podrá ser; pero me parece que el empresario de la atmósfera no da siempre funciones tan interesantes como usted supone.

EUG. Pero si usted no puede enteresarse de nada: si usted se pasa el día y se pasa la noche durmiendo.

COSME. Si es que me entero y que todo me parece muy mal después de enterarme.

EUG. ¿Que todo le parece á usted mal? Hombre de Dios, ¿cómo puede usted decir estas cosas? ¿usted ha visto cómo estaba hoy la vega? ¿usted ha visto cómo es-estaba hoy el firmamento? ¿Usted ha bajado al río? ¿usted ha subido al picacho de ahí enfrente? ¿usted ha reparado qué variedad de tintas? ¿usted ha dejado irse con los ojos y el alma hacia el horizonte? Pero don Cosme, ¡si era una hermosura de Dios! ¡Si no hay colores, ni pinceles, ni palabras, ni sonidos para reproducir todo aquello ¡Si es que la naturaleza estaba hoy de gala con uniforme! ¡Si es imposible ver lo que yo he visto y no sentir como si todas esas hermosuras se le metiesen á uno por los sentidos esponjándole el alma de luz y de alegría! De veras, yo sentía

impulsos de abrazarme á los troncos, diciéndoles: «gracias, queridos, por lo honradotes que sois;» y de acariciar las hojas llamándolas «moninas;» y de bañarme en cualquier remanso para que el agua me estrechase; y de dar un salto muy grande para alcanzar el cristal de los cielos y darle un beso de gratitud y de amor.

HIL. Ya se disparó.

COSME. ¡Qué criatura! ¡qué cosas dice!

REM. Muy bonitas.

HIL. Y muy graciosas.

COSME. Y muy fantásticas.

PABLO Y muy verdaderas. Sobre todo muy verdaderas. ¿Pero ustedes no leen nada? El libro santo lo dice: *Deus vidit omnia quœ fecerat et erant valde bona..* Para que tu lo entiendas. (A Remedios.) Dios vió todo lo que había hecho, es decir, contempló su obra, y todas las cosas *erant valde bona.*

REM. Ya lo entiendo, que todo era muy bueno y que se daba de balde. Pues mi modista no se ha enterado todavía de ese precepto.

PABLO. No, hija, *valde* no quiere decir de balde, quiere decir *muy: valde bona,* muy buenas, extraordinariamente buenas: un *balde* y el otro *valde* se escriben de distinto modo, y en eso se funda tu modista para no trabajar de balde para tí.

COSME. De manera que para usted, (A Eugenio.) joven y modernísimo Panglos, optimista inconmovible, alma de niño en cuerpo de hombre, para usted todo es bueno en este mundo.

EUG. Ya lo creo: todas las cosas son todo lo buenas que pueden ser: y varias de ellas muy buenas: y muchas, semidivinas: y alguna que yo me sé divina por entero de los piés á la cabeza.

REM. (A Hilarión.) (Lo dice por Teresina.)

HIL (Á Remedios.) (Pues yo creí que lo decía por usted.)

REM. (Se dan casos.)

COSME. En resumen, que para usted, sér felicísimo destinado al limbo, ó sér infelíz predestinado para el sacrificio, ¿para usted no existe el mal?

EUG. No señor: existen cosas menos buenas y á ese *menos* es á lo que usted llama pomposamente el *mal*.

COSME. Soberbio: y así el vicio, el crimen, la ignorancia, el terremoto y la peste no existen.

EUG. Existen, ¿y qué? Oiga usted mi filosofía, que tampoco es nueva: todos los seres y todas las cosas trabajan sorda y lenta, pero constantemente por ser más, y por desenvolvimientos sucesivos se procuran mayores y mayores perfecciones; pero los primeros grados son imperfectos, les falta mucho para subir á nuestra altura, y nosotros que los sorprendemos en ese momento inicial y en ese primer escalón, decimos implacables: «¡qué malos son!» cuando debíamos decir compasivos: «¡pobrecillos, qué abajo están!» y hasta darles la mano para subir.

COSME. Pobrecillo cólera morbo asiático, qué abajo está todavía; dele usted la mano para que ascienda al menos á cólico bilioso.

HIL. ¡Buena estocada!

REM. ¡Buena, buena!

PABLO. Son problemas pavorosos que no podemos penetrar: ¿cómo pretenden ustedes que Eugenio los resuelva de golpe?

COSME. Si yo no pretendo que resuelva nada: si yo sé que no pueden resolverse.

EUG. ¿Y por qué no han de resolverse? ¡Este don Cosme!... ¡cuando pienso en don Cosme!... (Se le queda mirando.) Supongan ustedes, que alguna de las celdillas cerebrales de don Cosme fué microbio del bubón de Levante allá en la Edad Media; y que por perfeccionamientos sucesivos ha llegado á formar parte de don Cosme Montenegro, conservando á través de la evolución biológica las tristezas, las acritudes y las negruras de su primer origen.

COSME. Podrá ser; pero en todo caso me felicito del ascenso: lo que sentiré mucho es que me dejen cesante y que tenga que volver á la clase de microbio.

EUG. Búrlese usted cuanto quiera: usted afirma el mal, yo afirmo el bien y mire usted hacia el jardín... míre usted quién viene... y niegue usted que existen la hermosura, la inocencia, la bondad, la gracia... ¡sobre todo la gracia de Dios!

ESCENA V

REMEDIOS, DON PABLO, EUGENIO, DON COSME, DON HILARIÓN y luégo TERESA

HIL. Dice usted bien, Eugenio: hermosura y gracia sin igual. (Mirando al fondo hacia el jardín.)

REM. Diremos como dicen los coros: «¡sin igual!... ¡sin igual!» (Lo mismo.)

PABLO. ¿Verdad que sí?... ¡pero qué criatura,... ¡pudiendo venir por la sombra, viene por el sol!... ¡Eh, Teresina!... ¡ven bajo el emparrado! (Gritando.) ¡bajo el emparrado digo!... ¡Nada, ha de ser por el sol!

COSME. (Al oído á Remedios.) (Viniendo por el sol se le enciende el rostro y se notan menos las palideces: el calor solar pinta de alegrías las tristezas.)

REM. (En voz baja á Cosme.) (¡Qué refinamientos de malicia y qué suspicacias! Usted nació para polizonte.) (Teresa entra muy alegre al parecer; pero con esfuerzos para ocultar sus angustias.)

TER. ¡Ya estoy aquí! (Corre á abrazar y á acariciar á su padre.) Y tú, ¿cómo estás? ¿Paseastes bien?... ¿Te sientes bueno?... ¿Almorzarás á gusto?

PABLO. Estoy contentísimo: y he paseado en grande: y me siento muy á gusto: y almorzaré como almorzaría un lobo hambriento. Ya están contestadas todas tus pre-

guntas. Y ahora, dime, cabecita sin seso: ¿por qué has venido por el sol?

TER. Para venir más pronto... y además, como estuve mucho tiempo bajo la arboleda... sentí frío... mucho frío... todavía me extremezco... y dije, pues á correr y á tomar el sol... y tan guapamente... corrí... y tomé el sol.

PABLO. ¿Y si te pones mala?

TER. No lo creas... nunca me he sentido mejor... ni más alegre... ¿verdad, Eugenio?... Que lo diga Eugenio... ¿Cómo nos hemos reído antes!... ¿Te acuerdas?

EUG. Ya lo creo: como Juan es tan romántico y tan tristón, y dice cosas tan exageradas, ésta no le puede sufrir y siempre están disputando. ¿Él dice una cosa? ella la contraría: y á veces se enfada. ¿Digo yo algo? ya está Teresina riendo, y cuando me oyó que Juan se parecía á Tediato el de las noches lúgubres de Cadalso, dió Teresina en reir... ¡vamos, que casi lloraba!... ¿Verdad que lloraste?

TER. Sí... papá... casi lloré... ¡este Eugenio... tiene una gracia!

EUG. No... vamos .. no digas eso... no te burles de mí.

TER. Si no me burlo: todos sabemos que tienes mucho talento: que eres muy bueno: que eres muy gracioso.

EUG. ¡Buena gracia tengo yo!

COSME. La modestia humana: lo de tener talento y ser bueno lo acepta sin protesta; pero no quiere hacer reir, no le agrada el oficio de bufón, no le place verse en ridículo.

HIL. Esta es la época de las especialidades y cada cual tiene la suya. Unos hacen reir, otros hacen llorar.

PABLO. Pues mucho cuidado con hacer llorar á mi Teresina.

EUG. ¡No faltaba más!

COSME. No cometeré yo crueldad tamaña. No fuí yo quien antes la hizo llorar. Los responsables son esos caballeritos, Eugenio y Juan.

TER. Eugenio... Eugenio... que dijo unas cosas de las noches lúgubres... que yo no podía más...

COSME. Sí, Eugenio habló de las noches lúgubres; pero fué de las noches lúgubres de Juanito... y por eso lloró la preciosa Teresina.

TER. Es verdad... lloré de risa... si ahora mismo, cuando me acuerdo... casi no puedo dominarme...

COSME. El llanto más amargo es el que sigue á la risa.

REM. ¡Oh! ¡Qué malvado es este don Cosme! Todavía no ha hecho llorar á Teresina; pero vea usted, don Pablo, qué pálida se ha puesto.

EUG. ¡Es verdad!... ¿Qué tienes?

PABLO. ¿Qué tienes, hija mía?

TER. ¡Nada!... ¡Un poco de frío! El frío que sentí bajo la arboleda. No te asustes. (A su padre.) Estoy muy alegre. Siempre estaré muy alegre, para que tú lo estés y seas felíz, padre mío. ¡Ya lo creo! ¡Aunque me costase la vida! (Acariciando á don Pablo.) ¡Pero este salón está helado, heladito! ¡Y don Cosme tiene una cara tan sombría! (Esforzándose por reir.) ¡Qué miedo me da usted! ¡Mira, papá, quiso hacerme llorar! ¡Es malo, muy malo don Cosme! Tú te encargas de él, Eugenio: tú que eres bueno, leal, valiente, cariñoso. Castígale, no le dejes dormir: véngame, hazle que ría: si él ríe, ya estoy vengada. En tí confío, Eugenio, en nadie más que en tí. ¿Verdad, Remedios, que es muy bueno? ¿Que Eugenio es muy bueno? (Hablan las dos en voz baja riendo mucho; pero Teresa nerviosa, excitada, fingiendo.)

EUG. ¡Qué monada!. . ¡Es un ángel!... ¡Y cómo me quiere!.. ¡Si no hay duda!... Bueno, leal, cariñoso, valiente, constante, simpático.., ¡cuántas cosas me dijo!... (Volviéndose con arranque á don Pablo.) Don Pablo, tenemos que hablar.

TER. ¡Ah! se me olvidaba: llegó el cartero mayor de estos reinos y está en la galería; conque señoras y señores, á recoger la correspondencia. Viene una carta de luto, bordes negros, esquela de defunción... debe ser para don Cosme. Y para usted, don Hilarión, viene

otra igual á la que recibió papá... ha de ser la boda de Serafina.

REM. ¿Y yo no tengo carta?

TER. Sí: una tienes: parece factura... la cuenta de la modista acaso. . vamos juntas... te acompañaré en el sentimiento...

PABLO. ¡Adiós, locuela... pero no tomes sol!...

TER. No tengas cuidado... (En voz baja.) (Te quiero mucho... no tengas penitas por mí... estoy muy buena .. adiós.)

PABLO. (Deteniéndola.) (¿De veras me quieres mucho?)

TER. (¡Mucho... Dios mío... mucho!)

PABLO. (¿Cuánto?... por ejemplo, ¿más que á Eugenio?)

TER. (Mucho más... él... es muy bueno... ya lo sé... pero por ahorrarte una lágrima, le sacrificaría sin vacilar... y sin embargo, le quiero de veras.)

PABLO. Ven aquí, Eugenio, que de tí hablamos.

EUG. ¿De mí?... ¿Teresina?... ¿y qué dice?

PABLO. ¡Que te quiere muy de veras!

TER. (Escapándose.) ¡Acusón!... (A su padre.)

EUG. ¡Divina... lo dije antés... no retiro la palabra!... (Con nuevo arranque.) Don Pablo, tenemos que hablar hoy mismo... hoy mismo, de hoy no pasa... Mírela usted, don Cosme, y sea usted de los míos, de los optimistas: existe el bien, la hermosura, el amor, la virtud, la dicha, el color azul, el color grana y todo el arco iris en perpétua curvatura luminosa!... Digamos á una: ¡divina, divina, divina!

COSME. (En voz baja.) Sí, divina. Pero demasiado divina para ser humana; y demasiado humana para ser divina.

EUG. ¡Qué retorcido está eso! parece un tornillo; ¡humana, divina!... ¡divina, humana!... Don Cosme, yo no camino por hélices, yo voy en línea recta..

COSME. ¿Á dónde va usted en línea recta?

EUG. ¡Á la Vicaría!

COSME. ¿Hoy quema usted las naves?

EUG. ¡Qué naves! eso es muy antiguo. ¡Hoy corto las amarras de mi globo y me voy al cielo!

COSME. Pues buen viento le coja á usted.

TER. Á la galería, señores: que esperan las cartas: hay para todos.

COSME. (Á Teresa en voz baja.) ¿También para Juanito?

TER. También para Vargas.

COSME. ¿Acaso de América?

TER. No sé... creo que sí... ¿cómo lo sabe usted?... don Cosme... don Cosme... es inútil que me mire usted con esa fijeza... no me da usted miedo... (Riendo con risa forzada.) Antes me cogió usted por sorpresa... pero ahora estoy prevenida... ¡Es usted malo, muy malo!... Pero yo unas veces río y otras lloro: en ocasiones soy miedosa y en ocasiones... ¡un valor á prueba!... Don Cosme... ahora me siento capáz de todo... valor... mucho valor... Vamos, Remedios... ¡Ea!... en marcha... al bosque... al llano... al sol... al viento... al asalto de la correspondencia... ¡Don Cosme, don Cosme... Dios mío... no puedo más!... (Salen todos con mucha algazara y risa.)

ESCENA VI

DON PABLO y EUGENIO

Eugenio se queda embobado siguiendo á Teresa con la vista.

PABLO. ¡Eh, Eugenio!

EUG. ¿Qué?...

PABLO. ¿No me dijiste que querías que hablásemos?

EUG. Y muy seriamente.

PABLO. Pues empieza. (Don Pablo se sienta: ante él, en pié, risueño y conmovido, Eugenio.)

EUG. Míreme usted bien: con atención: ¿qué tal?

PABLO. Hombre... no eres lo que se llama un Apolo; pero tampoco eres un mamarracho. Cuerpo nervioso y fuerte sin ser hercúleo: cara de mucha inteligencia: mirada dulce y cariñosa... un conjunto simpático.

EUG. No: si no es eso: ya sé que no soy ni guapo ni feo: ni mi plástica me interesa por el momento.

PABLO. Ya: ¿quieres que te diga de qué color tienes el alma? pues de ese color que decías antes: azul de cielo: azul aterciopelado.

EUG. Usted qué ha de decir, si me quiere usted como si fuese mi padre. Pero no es eso tampoco: que no es eso.

PABLO. Es que tú eres...

EUG. Ya lo sé, *una buena persona*: pues si no lo fuese, no me podría sufrir á mí mismo, y desde el primer día hubiera roto yo conmigo. Pero repito que no es ese el asunto.

PABLO. Como has dicho que te mire con mucha atención...

EUG. Ya lo creo: el momento es solemne, ó no hay momentos solemnes en esta vida.

PABLO ¿Entonces, para qué quieres que te mire?

EUG. Para que me diga usted qué le parece mi traje.

PABLO. ¡Hombre, qué salida! (Riendo.) Yo no entiendo de modas y tú no te has fijado nunca en esas pequeñeces. Pero en fin, te daré gusto. (Mirándolo con atención cómica.) Me parece bien; pero tiene una arruga cerca del hombro: y otra á la izquierda: ¿y esta manga...? á ver... me parece más corta.

EUG (Riendo.) Menos que antes: no acierta usted.

PABLO. ¿Pues qué diablos quieres que te diga?

EUG. Quiero que me diga usted, si estoy bien con este traje para lo que tenemos que hablar ó si he de vestirme de etiqueta.

PABLO. ¡Ya!... ¿Tan solemne ha de ser nuestra conversación?

EUG. Le dije á usted antes que era de lo más solemne entre todas las cosas solemnes de esta vida.

PABLO. ¡Ya!

EUG. ¿Conque me visto de negro?

PABLO. No: de negro, no: parecería cosa de duelo ó funeral y tendríamos que llamar á don Cosme.

EUG. ¿Es decir que puedo hablar sin etiqueta, así como estoy, en traje de campo?

PABLO. (Impaciente.) Habla de una vez en el traje que quieras,

como no sea en traje de baño, porque para asunto tan solemne no me parecería decoroso.

EUG. Pues empiezo. Don Eugenio de Fuensanta, de veintiocho años de edad, ingeniero de minas que ha sido en la gran República americana, propietario de algunos millones ganados honradamente gracias á su buena fortuna, á su trabajo y á su ingenio, dicho sea sin modestia, hombre leal y recto como pueden atestiguar personas respetabilísimas, pues tiene *referencias* valiosas (como dicen por allá), entre ellas la de don Pablo Alzola que abona su conducta y buenas costumbres... déjeme usted tomar aliento .. Don Eugenio de Fuensanta. repito, de cuya ilustre familia hablaré en cuanto usted me dé noticias de la misma, tiene el honor de pedir al mencionado don Pablo Alzola la mano de su adorable hija Teresina. Si se la concede. subirá abrazado al ángel de su amor, con alas de color de rosa y á través de la azulada extensión hasta el quinto cielo; si se la niega, se abrazará á don Cosme y con él se precipitará en el décimo quinto abismo de la negrura y del dolor. He dicho y ha dicho el interesado, y esperamos profundamente conmovidos lo que usted resuelva.

PABLO. Pues yo resuelvo esto: que me des un abrazo. ¡Si lo estaba deseando con toda mi alma! ¡Si lo estaba esperando por momentos! ¡Si me haces el más felíz de los mortales! ¡Si en este instante desafío á don Cosme, primer empresario de carros fúnebres, á que me entristezca!... ¿Casarte con Teresina?... ¡Ya lo creo!... ¡Dame otro abrazo! .. ¡Ay, Eugenio, qué bien me pagas lo que haya podido hacer por tí!

EUG. ¿De modo.. que Teresina es mía?

PABLO. ¡Ya lo creo!... Es decir, si ella te quiere... porque ya comprendes que yo no podría violentar su inclinación... ni tú querrías tampoco.

EUG. ¡Si Teresina me quiere muchísimo! ¡Si eso se conoce desde luego! ¿Soy yo un imbécil?

PABLO. Es que en tales materias los hombres de talento son los más imbéciles. Descubrir amor en una mujer no es lo mismo que descubrir un criadero de oro.

EUG. ¡El amor de Teresina es real, profundo, verdadero, entrañable .. respondo con mi cabeza!

PABLO. ¿Le has declarado tu pasión?

EUG. De una manera directa, terminante... no señor... Sin contar con usted, sin que usted me autorizase, hubiera sido un abuso de confianza, indigno de mí... pero de una manera indirecta, muchas veces, muchísimas, todos los dias.

PABLO. ¿A qué llamas tú «una manera indirecta?»

EUG. ¿Indirecta?... Pues como son las indirectas.

PABLO. Venga un ejemplo.

EUG. Pues por ejemplo, decirle: «Ay, Teresina, si te casases conmigo, los ángeles del cielo tendrían que bajar á verme para saber lo que es vivir en el cielo.» Pero esto dicho con expresión.

PABLO. ¿A eso llamas tú una indirecta?

EUG. Ya ve usted, no le dije: «cásate conmigo.» Hablé en condicional: «si te casases conmigo.» Hay diferencia, mucha diferencia.

PABLO. ¿Y ella?

EUG. Ella se ríe mucho, y me da bromas, y tiene conmigo gran confianza, y me asegura que me quiere de veras; y yo sé que cuando no estoy presente me alaba como á nadie. ¡Á Juan le dice unas cosas de mí!...

PABLO. ¡Malo... malo... malo!

EUG. ¿Cómo malo?

PABLO. Se ríe contigo... ¿y no le has hecho llorar nunca?

EUG. ¿Yo?... ¿hacer llorar á Teresina?... ¡qué atrocidad! Nunca; no señor. ¿Llorar por mí Teresina?... ¡qué cosas dice usted!

PABLO Tonto, retetonto, hasta que una mujer no llora por un hombre, es que no le quiere. Tú eres un sabio, pero en cosas de amor me vas pareciendo un solemne mentecato.

EUG. Yo no sé si habrá llorado por mí. Puede ser que llore cuando yo no la vea. (*Algo confundido.*) Y ahora que recuerdo... hace tiempo, que á pesar de su alegría... así, de pronto... pasaba por aquel rostro de ángel, como un relámpago de tristeza... algunos días estaba muy pálida... y ayer... sí señor: ayer lloró. No me me queda duda.

PABLO. (*Riendo.*) Buena señal: está enamorada.

EUG. ¡Cuando yo lo decía! Es claro, Teresina está enamorada.

PABLO. Poco á poco: puede estar enamorada... y no estar enamorada de tí.

EUG. ¿Pues de quién?

PABLO. ¡Qué sé yo! De otro.

EUG. Eso es .. (*En tono de burla.*) de don Cosme ó de don Hilarión.

PABLO. Ó de tu amigo Juan.

EUG. (*Riendo.*) ¡Qué disparate!... ¡Qué ocurrencia!... ¡Si es imposible!

PABLO. ¿Por qué ha de ser imposible?... Él es poético... guapo, quizá más guapo que tú... simpático...

EUG. Ya lo creo: es todo eso y mucho más: noble, cariñoso, espansivo, un corazón de oro, una imaginación... ¡qué imaginación!... ¡Y qué instinto artístico! Hubiera sido un pintor de primer orden... Casi lo es... herencia de familia... todos, de padres á hijos, han tenido talento especialísimo para la pintura... ¿Y su carácter?... Unas veces, qué franco... qué alegre.. otras, qué romántico .. qué poético... No, con él no se aburre uno... ¡Vamos, que yo le quiero como á un hermano!

PABLO. Pues me das la razón: si Teresina encuentra en don Juan de Vargas todas esas perfecciones que dices, estás perdido: tú, sabio; él, artista... las mujeres entienden de arte más que de ciencia. Una nota dulce, una pincelada valiente, un verso sentido, una frase bonita... las trastorna: un teorema de geometría... las deja frias... y á mi también.

EUG. Bueno; pues no es posible.

PABLO. ¿Por qué?

EUG. Porque tengo la seguridad, la evidencia...

PABLO. ¿Y en qué se fundan esas seguridades y esas evidencias?

EUG. En primer lugar, Juan sabe que estoy enamorado de Teresina, porque se lo he dicho.

PABLO. ¡Vaya una razón!

EUG. Concluyente. Juan es amigo mío de toda la vida: desde chiquititos: desde que íbamos al colegio, ¿no se acuerda usted?

PABLO. ¿Y qué?

EUG. Que Juan es un amigo leal... y un caballero... y sabiendo que yo... vamos, no insista usted más.

PABLO. Mira, sabio en mantillas, criatura angelical é inocentona: tú no sabes que tratándose de mujeres no hay amigo para amigo, ni hermano para hermano, ni lealtad, ni honradéz, ni confianza, ni caballerosidad... no hay más que pasión, pasión y pasión.. ¡pues si de estos casos están llenas las historias, y lo que es peor, está lleno el infierno!

EUG. Juan no es de esos. La vida pongo por él y la cabeza en el tajo ahora mismo Es un amigo como no hay dos.

PABLO. Ya lo creo que no hay dos; ni uno siquiera.

EUG. ¡Si Juan me debe la vida!... es una historia antigua.... de cuando éramos muchachos. Un día nos bañábamos en el mar... y Juan se ahogaba... y yo, zas... zas... zas .. en cuatro brazadas á él... Pues me costó trabajo: á poco más nos ahogamos juntos: amarrado por los pelos le saqué.

PABLO. ¿Y cuándo fué eso?

EUG. Hace muchos años... cuando éramos todavía unos chicuelos.

PABLO. Ta... ta... ta... pues ya ni se acuerda: cosas de chicos.

EUG. No sea usted así, don Pablo. Se me va usted contagiando con don Cosme. (Con solemnidad.) Juan se

acuerda que me debe la vida: su gratitud es eterna: para él. . para él, yo soy un sér sagrado.

PABLO. ¿Lo dice él?... ¿Se lo has recordado tú?

EUG. ¡Por Dios, don Pablo!... Él no dice nada: ni yo se lo he recordado nunca: sin hablar nos entendemos. Para Juan... créalo usted, Eugenio... ¡es un sér sagrado!

PABLO. Pues con todo eso, te digo... que algunas veces... me ha parecido observar que Vargas contemplaba á Teresina... de un modo. . poco satisfactorio y poco respetuoso para el *sér sagrado.*

EUG. Usted sueña.

PABLO. No sueño: es que no me convencen tus razones.

EUG. Tengo otras.

PABLO. Vamos á verlas.

EUG. Á menos que Vargas no fuese el hombre más infame de la tierra, y ya ve usted que no lo es... Vargas no podría enamorar á Teresina: no podría y no puede y no hay más. (Con cierto misterio.)

PABLO. ¿Por qué... por qué no podría?

EUG. Porque Juan... vamos, se lo diré á usted... Juan no es libre. Se echó un dogal al cuello: un dogal en forma de mujer: una mujer que le desespera y le deshonra: por eso huyó de América, para aflojar el nudo del dogal.

PABLO. ¿Pero Juan está casado?

EUG. ¿Pues no lo ha comprendido usted? Casado, separado de su cara esposa, y desesperado y errante. Conque ya ve usted que Juanito no puede ser mi rival, que no tengo rival, que Teresina me quiere, que usted no me rechaza y que soy el hombre más feliz del sistema planetario.

PABLO. Puede ser que tengas razón.

EUG. Ya lo creo. Pero vamos despacio: ahora soy yo el que dice: vamos despacio. Queda un punto delicado que tratar. Soy hombre de honor: no engaño á nadie y menos á Teresina. ¿Sabe Teresina que no tengo padres?

PABLO. Sabe que me tienes á mí.

EUG. Corriente; pero las cosas claras, que en estas materias cuanta más claridad, mejor. ¿Sabe Teresina que no tengo más nombre que este que usted improvisó? ¿que no tengo familia? ¿que por caridad recogió don Pablo Alzola al pobre niño abandonado?

PABLO. Lo sabe.

EUG. ¿Puntualmente? ¿exactamente? ¿rigorosamente?

PABLO. (Riendo.) Y super... abundantemente.

EUG. ¿Y no ha manifestado nunca escrúpulo, repugnancia, desvío al saber mi origen; es decir, que no tengo más origen que el que tienen los aerolitos?... Vienen de cualquier parte, y caen en cualquier parte, y los encuentra cualquiera. Con la diferencia que otros hallan aerolitos de hierro y usted encontró un aerolito de carne en forma de muñeco.

PABLO. Teresina tiene demasiado corazón para dejarse llevar de preocupaciones mezquinas. Cada uno es hijo de sus obras Tú eres bueno, ¿pues qué importa lo que hayan sido tus padres? Habrán sido buenos ó malos, ¿qué más da?

EUG. Despacio, don Pablo: no hay motivo para suponer que mis padres hayan sido malos. En el militar se supone el valor: en todo hombre se supone la honradéz. ¡Mis padres... pobres padres míos! seguro estoy que han sido muy buenos y muy desgraciados. (Con mucho calor y convencimiento.)

PABLO. No te enfades: yo también lo supongo: yo no les culpo... acaso la desgracia...

EUG. Es que yo no lo supongo: lo sé. Muy buenos y muy desgraciados, y la desgracia nos separó, no su culpa. Esto es evidente. ¿No dice usted que soy un santo? Cosa tal no diré yo; pero en fin, no creo ser un demonio. ¿No dice usted que tengo talento? ya supongo que son exageraciones de usted; pero en confianza, no soy un tonto. Pues mi santidad ó mi honradéz, mi talento ó mi despejo, mi amor á todo lo noble, en

suma, de alguien viene, alguien me dió todo esto: pues fueron ellos. Su carne soy; soy su sangre; su espíritu estuvo en misteriosa conjunción con el mío: ellos me comunicarían todo lo bueno que hoy exista en mí; que lo que es yo, no recuerdo habérmelo proporcionado. ¡Mis padres! no sé quiénes fueron, ni qué catástrofe nos separó... no importa, de ellos vengo, de ellos soy, de su amor no reniego, y para quererlos con toda mi alma, los ojos me sobran, me basta verlos con el alma y con el alma los veo muchos días, muchas noches, siempre que sufro ó siempre que soy felíz.

PABLO. No te enfades conmigo y dame un abrazo, que eres... eres... un santo que se ha bajado de su nicho á pasar unos días entre nosotros.

EUG. ¡Perdone usted, don Pablo!... ¿Cómo había de enfadarme yo con usted? ¿A quién le debo todo lo que soy? ¡Por usted daba yo... mi vida... y me parece muy poco! ¡Por usted!...

PABLO. Basta: ya lo sé. Hablemos de Teresina. Hay que decírselo.

EUG. ¡Ya lo creo! ¿A qué espera usted? Hay que llamarla... pero usted solo... vea usted... ahora me da miedo... usted solo... pero pronto.

PABLO. No hay que llamarla: ahí viene. (Mirando al jardín.)

EUG. Sí: con don Cosme: y en conversación muy animada. ¡Qué buena es! Con la misma amabilidad que á cualquiera trata á don Cosme, que no tiene nada de amable... pero en el fondo buena persona: ya lo creo, muy buena persona.

PABLO. Y la conversación debe ser interesante. Pues Teresina no tiene su risa alegre de costumbre: está seria... y yo creo que conmovida...

EUG. ¡Ya sé lo que es!... ¡Magnífico!

PABLO ¿Tú sabes de qué hablan los dos?

EUG. Ya lo creo. Le dije á don Cosme que ahora mismo iba á pedir la mano de Teresina, y don Cosme, ¡como es tan bueno! la está preparando.

PABLO. ¿La está preparando? ¡Pues don Cosme como no prepare á bien morir!

EUG. En esta ocasión la prepara no á morirse, sino á casarse: oiga usted: yo adivino el diálogo entre Teresina y don Cosme: *Don Cosme:* «Teresina, en este momento se decide su suerte de usted.» *Teresina:* «¿Por qué?» *Él:* «Porque un acontecimiento grave, muy grave, se está realizando.» *Ella:* «¿Un acontecimiento? ¿Bueno ó malo?» *Él:* «¿Quién puede leer en el porvenir?» *Ella:* «¿Pero usted, qué cree? ¿Es bueno ó malo?» *Él:* «¿Bueno? ¿Hay nada bueno? ¿Malo? ¿A qué afligir á usted anticipadamente?» (Imitando el tono de don Cosme.)

PABLO. ¿Pero tú les oyes desde aquí?

EUG. No; pero como si les oyera. Don Cosme nos está haciendo un favor. Dejémosles el campo libre: vámonos al jardín: ocultos en la enramada observamos, y en el momento crítico... nosotros: el novio y el papá: «Eugenio te ama:» «Yo amo á Eugenio:» Los brazos: decoración de gloria: venga usted, que no nos vean todavía. (Se lo lleva hacia el jardín.)

PABLO. ¡Pero hoy estás como nunca! .. ¡Estás loco!

EUG. Sí, padre mío: loco: porque la quiero con toda mi alma: sin ella... ¡ah!... sin ella... don Cosme tendría razón... ¡sin ella, el mundo qué negro, qué triste!... y no es triste, ni sombrío... venga usted... ¡cuánta luz, cuánta alegría!

ESCENA VII

DON COSME; siguiéndole, TERESA

TER. No, don Cosme... no me deje usted con esta ansiedad: acabe usted de decírmelo todo.

COSME. ¿Para qué? ¿Para que pierda usted esa alegría que es en esta casa el regocijo de todos? ¿Para que se des-

vanezcan esas sonrisas, y se extiendan aún más esas palideces y se nublen esos ojos?... ¡Oh! qué cruel es don Cosme, pensaría usted: cómo se goza en atormentarme.

TER. No lo pensaría: lo estoy pensando. ¡Dios mío, qué hombre!

COSME. ¡Pobre Teresina! No soy tan cruel como usted supone. Anuncio el mal y los mensajeros del mal siempre parecemos crueles

TER. Pues dígalo usted todo: ya ve usted, estoy vencida. No finjo, no río, no puedo luchar con usted. Me da usted miedo: lee usted en lo más profundo de las almas. (Cambiando de tono.) Es decir, yo no sé si lee usted ó si lo aparenta, para ir arrancando la verdad á pedazos. ¡Oh! si yo estuviese segura de ello, me vería usted con mi mascarilla de sonrisas, y mis colores á fuego de sol y mis piruetas de niña traviesa. Y se quedaría usted tan ignorante de todo como ahora mismo lo está, porque usted nada sabe. Usted no me engaña con sus aires de mágico prodigioso. (Riendo, pero sin expontaneidad.)

COSME. Bueno: pues me resigno con mi ignorancia. Quise dar á usted un aviso: usted no me lo agradece ni lo acepta: es natural. El mágico prodigioso se vuelve á su gruta. (Se dirige al fondo.)

TER. No por Dios, don Cosme. No me deje usted. ¡Si viera usted cómo sufro!... ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

COSME. (En voz baja.) ¿Le ama usted?

TER. ¿A quién?

COSME. Eso pregunto yo.

TER. Si lo pregunta usted es que no lo sabe.

COSME. Ó que quiero poner á prueba su confianza de usted.

TER. ¿Por curiosidad?

COSME. Ó por lástima: ó por deber: ó por simpatía. ¡Quién lo sabe!

TER. Pues adivine usted mi pensamiento: lea usted en mis ojos.

COSME. Pues ya no pregunto. Le ama usted: mucho: demasiado.

TER. Sí: le amo: no lo niego.

COSME. Y tiene usted dudas: y sufre usted angustias horribles: y finje usted por no afligir á su padre... ¡pero en el corazón, qué punzada contínua!

TER. Todo eso es verdad; pero eso fácilmente se adivina.

COSME. Pues sus dudas de usted son fundadas, Teresina. Créame usted.

TER. ¿Son fundadas? ¿cómo? ¿por qué?

COSME. ¡Porque ese hombre es un infame!

TER. ¡Ah... no!.. ¡eso no!... ¡y si no, pruébelo usted!... ¡no es un infame!... ¡imposible!

COSME. Por lo menos comete con usted una infamia al requerirla de amores.

TER. ¡Requerirme de amores! (Procurando reir.) ¡Qué frase, don Cosme!... ¡se remonta usted á sus juventudes!. . ¡Me parece usted hasta poético!

COSME. Por desdicha más poético le ha parecido á usted don Juan de Vargas. (Pausa: Teresina cae en un sillón y se oculta el rostro.)

TER. ¿Por qué dice usted que es un infame? (Levantándose.)

COSME. Porque jamás debió poner en usted los ojos.

TER. ¿Y en que los pusiera, qué mal hay?

COSME. Hubo mal y mal profundo... porque mirarla á usted ese hombre es profanarla.

TER. ¡Profanarme!... ¿soy objeto sagrado?

COSME. Debió usted serlo para él.

TER. Pero acabe usted, don Cosme: ese hombre... ese engaño... esa infamia... esa profanación... ¿otra mujer acaso?

COSME. Usted lo ha dicho, y ya lo presumía usted antes de ahora.

TER. ¡Otra mujer!... ¿dónde está?

COSME. En América.

TER. ¡Ah!... en América... está muy lejos.

COSME. Mas cerca que usted.

TER. ¿Porque él la quiere?... ¿porque la quiere más que á mí?

COSME. No: la odia.

TER. ¡La odia!... si la odia... ¡no lo comprendo!... ¡qué más puedo pedir!

COSME. ¡Pobre Teresina!

TER. Su nombre.

COSME No haré misterios: diré su nombre, su apellido y el de su esposo.

TER. ¿Es casada?

COSME Sí.

TER. ¡Miserable!... pero entonces entre ellos, un imposible, un abismo.

COSME. Exactamente: un imposible, un abismo.

TER. En fin, ¿cómo se llama?

COSME. Doña Carlota Álvarez de Vargas.

TER. ¡De Vargas!... ¿Qué ha dicho usted?... ¡De Vargas!... ¡No... eso no... no, por Dios!... ¡Don Cosme... Dios mío!...

COSME. Sí: de Vargas...

TER. ¿Pero qué nombre es ese?

COSME. El de su esposo.

TER. ¡Él!... ¡Virgen Santísima!... ¡Ay, padre mío!... (*Cae sobre un sofá.*) ¡Padre mío!... ¡Padre de mi alma!... (*Rompe á llorar.*)

ESCENA VIII

TERESA, DON COSME, DON PABLO y EUGENIO, *que han aparecido poco antes en el jardín.*

EUG. ¡Teresina!

PABLO. ¡Hija mía!... ¡Hija mia!... (*Teresa se abraza á él llorando con angustia.*)

TER. ¡Padre del alma!...

EUG. ¿Pero qué tienes, Teresina?... ¿Pero hombre de Dios, qué ha hecho usted? (*A don Cosme.*)

COSME. Decirle la verdad: hablarle de una boda...

EUG. Pero hombre del diablo, eso se dice poco á poco... ¡Teresina!... ¡Mi Teresina!

PABLO. ¿Va pasando ya?

TER. Sí... ya pasó...

PABLO. ¿Pero qué ha sido?...

EUG. Que don Cosme le dió la noticia... de pronto... y es claro, la pobrecilla...

PABLO. Vamos, ¿qué niña eres? ¿Pero no lo habías adivinado?...

TER. ¿Yo?... ¿Padre mío?... (Levantándose.)

PABLO. ¡Dame un abrazo!... ¡Y otro abrazo al pobre Eugenio!...

TER. ¡A Eugenio!... ¡Pobre Eugenio!... (Se echa de nuevo á llorar.)

EUG. Teresina... ¡Don Pablo, llorando por mí!

PABLO. Vamos... Don Cosme... ¿Qué le ha contestado á usted cuando le habló usted de la boda? (En tono de broma.)

COSME. ¡Que le quiere con toda su alma!

TER. ¿Qué dice este hombre?...

EUG. ¡Con toda su alma!... ¡Teresina!... ¡Don Pablo!... ¡Remedios!... ¡Don Hilarión!... ¡Aquí todos!... ¡Han de saberlo todos!... ¡Y decía usted que el cielo no era azul! ¡Que la vida no era hermosa! ¡Y dudaba usted del bien! ¿Pues qué es esto que yo siento en el alma? ¡Ah! ¡Teresina... cuánta dicha te debo en este instante... yo te la pagaré con una vida eterna de amor!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón lujosísimo de casa de Eugenio, en Madrid en el fondo una puerta que da al parque: á cada lado de esta puerta dos ventanas por las que se ven los árboles. Puertas laterales. Á la derecha una mesita con avíos de escribir, pero sin papel secante. Es de día.

ESCENA PRIMERA

TERESA, MARÍA (una niña de seis años próximamente.) Teresa leyendo y María andando de un lado á otro.

TER. No puedo leer más; ¡qué cansada es esta novela! (Deja el libro.) Es que todo me fatiga. (Se levanta y se asoma por la puerta del fondo.) Sí, el parque es hermosísimo: no hay en Madrid otro como él. Pero siempre es el mismo: conozco todos sus árboles, uno por uno, y sus arbustos mata por mata. (Vuelve al proscenio.) No sé qué hacer: verdaderamente no sé qué hacer. Si fuera niña, jugaría con ella. ¡Pobre María! (Mirando á su hija.) pero aquellos tiempos pasaron; ya ni estoy alegre ni puedo fingir alegría, ó si la finjo es haciendo tales esfuerzos, que me parece que va á saltar el corazón y que van á estallar todos mis nervios. ¡Qué hastío!

¡qué cansancio! Tengo veinticinco años y parece que tengo cincuenta. Y es preciso que cuando venga mi padre y cuando venga Eugenio no conozcan nada. Tengo que ponerme al espejo á ensayar sonrisas. (*Se asoma á un espejo.*) Así... no, así... (*Procurando sonreir.*) Pero si esto no es una sonrisa; si esto es una contracción nerviosa de desaliento y de disgusto.. No, las sonrisas no prosperan. Hay que reir fuerte, el esfuerzo disimula el dolor. ¡Já, já, já!...

MARIA. ¡Qué alegre estás, mamita!

TER. ¡Mucho: mucho!... ¡Já, já!... ¡es todo tan gracioso!... ¡Já, já!... Ya verás cómo te diviertes en esta vida. (*Sigue riendo y acaba casi por llorar.*)

MARIA. Pues á mí también me dan ganas de reir.

TER. ¡Já, já!... (*Concluye sollozando.*)

MARIA. ¡Toma, si parece que lloras!

TER. No, es la fuerza de la risa... siempre es lo mismo... desde niña: empiezo por reir y acabo por llorar.

MARIA. ¡Ya! También me sucede á mí eso. (*Pausa: María vuelve á sus juegos. Teresa agitada y nerviosa.*)

TER. ¡Qué pasa por mí! ¡Qué inquietud interior!... Debo estar muy enferma: año tras año va creciendo este desasosiego. Pobre Eugenio: es bueno, muy bueno: un sabio y un santo como dice mi padre Pero en esta vida terrena... ¡los santos!... no se puede vivir con los santos, y con los sabios, menos. Los sabios, que se metan en sus Academias y los santos que se suban al cielo ó á sus nichos y hornacinas, y que dejen el campo de la vida libre á otros seres menos perfectos, pero menos fatigosos: á otros seres que estén más á nuestro alcance... (*Con enojo.*) á nuestro modestísimo alcance. ¡Estas ideas... estas ideas... es que soy muy mala: y antes no lo era; pero poco á poco lo voy siendo. No, poco á poco, no: lo fuí de repente, desde que quise á Juan!... ¡Ea!... no!... he dicho que no he de pronunciar este nombre... ¡Jesús, qué terquedad de pensamiento!

MARIA. ¡Mamá!...

TER. ¿Qué, hija mía!

MARIA. Que me fastidio: que voy á llorar: anda, ríe como antes.

TER. No puedo: se acabó la risa.

MARIA. ¡Que rías... que si no, lloro!

TER. ¡Calla... silencio!... ¡no seas enojosa!... Déjame!

MARIA. Pues se lo diré á papá...

TER. ¡Irresistible!... ¡Esta criatura! .. ¡Esta criatura!... Vamos, ven: dame un beso y quédate quietecita. (La besa y la sienta en una silla pequeña.)

MARIA. ¿Me quieres mucho?

TER. ¡Mucho, ángel mío!. . ¡Ella!... ¡Mi pobre María!... ¡pudo ser mi consuelo .. panal de miel!... pero, así dice don Cosme... me lo colocaron... allá... en la playa de un mar muy amargo... y las olas lo salpicaron de amarguras.

MARIA. Mamá, que estoy quietecita.

TER. Sí, hija mía; ya lo veo. Así... así. . quietecita.

MARIA. Pero me fastidio: me dan ganas de llorar.

TER. ¡Pues llora!... ¡llora cuanto quieras! No, no llores, ángel mío. Haz lo que más te agrade: corre, salta, juega, mete ruído, mucho ruído; que no oiga yo más que tu revoloteo, hija mía.

MARIA. No quiero hacer ruído.

TER. Pues entonces, callandito.

MARIA. Pero entonces no sé qué hacer.

TER. Yo tampoco, hija mía; yo tampoco.

MARIA. Entonces nos fastidiamos las dos.

TER. Las dos: no hay más: tú y yo.

MARIA. Mira, pon una silla junto á la mesa.

TER. (Poniendo la silla) Ya está.

MARÍA. Ahora, siéntame.

TER. Ya estás sentada. ¿Estás bien?

MARÍA. Muy bien. Ahora, dame papel y pluma.

TER. ¿Para qué?

MARÍA. Para pintar caritas; para pintaros á todos.

TER. ¡Pero hija, si no has dejado nada!... ni papel, ni plumas.. ni tinta... del papel secante ni una hoja... ya ves tú que desavíos... viene tu papá.. ó cualquier persona... escribe una carta, quiere secarla... y no puede.

MARÍA. Porque yo lo gasté todo esta mañana, ¡es tan bonito!... se echa un borrón... y se esparce... se esparce... ¡cómo se esparcen los borrones!

TER. (Arreglando la mesa.) ¡Válgame Dios!

MARÍA. Mira... ¿no decías?... aún queda papel... ese... ese...

TER. Bueno, toma... y me dejarás un ratito... ¿verdad? ¡Alma mia!

MARIA. Te dejaré.

TER. Bueno; no te manches mucho. (La da un beso y se sienta en un sofá.)

ESCENA II

TERESA, MARÍA y DON PABLO, por la derecha, segundo término.

PABLO. (Aparte.) (Válgame Dios, ¡qué necesidad teniamos de este disgusto!... claro está, se arreglará todo... pero es un disgusto... ¿Sabrá algo?...) ¡Teresina!

TER. ¡Ah! papá... ¿eres tú?... no te había sentido venir... ¡llegaste tan silencioso!

PABLO. Me pareció que estabas pensativa.

TER. (Fingiendo alegría.) ¡Yo!... ¡qué idea!... ¡Pensativa! ¿por qué?

PABLO. Es que me pareció... pero ya veo que estás alegre.

TER. Como siempre. Sino que estaba cansada de reir; es mi carácter. ¡Hemos reído tanto María y yo! Parecíamos dos niñas. ¿Verdad, chiquita?

PABLO. ¿Y por qué reiais tanto?

TER. ¡Qué sé yo! por nada. Alegría natural. ¿Qué es estar alegre? pues eso.

PABLO. Así me gusta, que estés alegre, que seas feliz. La

verdad es, que desde que te casaste con mi Eugenio, no has tenido ni un día de tristeza.

TER. Ni uno, no señor. El es tan bueno, ¡me quiere tanto! Mis menores caprichos son para el pobre leyes supremas.

PABLO. Una palabra tuya un ukase imperial. Es muy bueno, no tiene hiel. Coge un santo de piedra, saca sobre él un molde; vacía otro santo de azúcar cande, ahuécale el cerebro y escurre en él el jugo de seis academias; pónle en el pecho el corazón de un niño; cuélgale de los labios el alegre trinar de una pajarera y de las muñecas dos manazas de clown, y tendrás á tu marido de cuerpo entero derritiéndose por tí.

TER. Es verdad.

PABLO. Mucho te quiere, mucho; ¡pero mira que á María!... ¡es locura!

TER. ¡Es locura!

PABLO. Pues yo, conque seais felices los tres, ya estoy contento Río pocas veces ya, porque soy viejo para reir; ¡pero mira qué cara tan plácida! Así como antes de irse uno á la cama, en una noche tranquila de estio, se asoma al balcón para ver el cielo estrellado y sereno, así mi alma se asoma á mis ojos para contemplar vuestra dicha, antes de recogerse á dormir el sueño que no acaba.

TER. ¡Qué cosas dices, papá! ¡Calla por Dios! si sabes que yo te quiero más que á nadie, ¿por qué me afliges? Si por ahorrarte una pena, yo hubiera sido capáz... ¡no hables de ese sueño que no acaba, que me dan ganas de llorar!...

PABLO. ¡Calla, tontuela, si es un decir! Si voy á enterraros á todos y don Cosme y yo vamos á presidir los duelos. ¡Vamos, que es torpeza! Estabas tan alegre y vine á darte un disgusto. Y es que tampoco estoy de buen humor.

TER. ¿Por qué?

PABLO. Por nada. (Ya se me iba la lengua.)

TER. Por algo será.

PABLO. Porque... que sé yo... es decir... vamos... es claro... mira... observo que tu salud no es buena. Pálida... delgada... nerviosa... muy poética. . eso sí, muy poética. Eugenio dice que cada día estás más hermosa... pero no me gusta... no me gusta verte tan pálida y tan delgada

TER. ¿Pero por qué se te ocurren hoy esas cosas? ¿Sucede algo?

PABLO. ¡Qué disparate!... pero estoy preocupado.

TER. (Observándole y cogiéndole las manos.) Preocupado y nervioso, ya lo veo; más que yo.

PABLO. Preocupado, sí señor. Porque yo digo: siete años de dicha completa, sin la menor contrariedad, sin la menor nubecilla. Y sin darnos cuenta de ello, sin acordarnos que somos felices; nada, viviendo como unos holgazanes. Hay que recordarlo, para dar gracias á Dios, no sea que se nos amosque y diga: «¡Áh, ingratos; ah, descreídos! ¿Conque no me lo agradecéis? Pues allá va, cataplúm,» y nos aplaste.

TER. Si señor; es muy cierto. No se nos amosque, como tú dices. Yo quiero ver siempre felíz á mi papá... á mi padre de mi alma... yo no te dí nunca ninguna pena: ¿verdad que no? Y también quiero que sea felíz Eugenio, lo merece, no hay otro como él. Y quiero que sea felíz María.

PABLO. Pues ahora, María es la más felíz de todos. ¿Qué haces, muñeca? (Acercándose á ella y mirando lo que pinta.)

MARÍA. Hago muñecos.

PABLO. ¿Estás pintando?

MARIA. Sí, abuelito.

PABLO. (Observa las pinturas de María y vuelve á hablar con Teresa.) Vaya... vaya... ¡qué curioso!... ¡Es que verdaderamente esa chiquilla tiene un talento extraordinario para el dibujo! Hace cosas...

TER. Por Dios, papá, ¿qué ha de hacer? mamarrachos. ¡Pobre ángel mío, convertido en un pintorcito de fama por el amor del abuelo!

PABLO. Ya se sabe que una criatura no ha de tener la corrección de líneas de un Rafael... ni yo digo eso.

TER. Pues si lo dijeses... ¡buenos estábamos!

PABLO. No: si yo me pongo en razón. Claro es que los primeros ensayos de un niño, han de estar llenos de incorrecciones.

TER. Pero papá... ¿á esos mamarrachos les llamas tú ensayos? ¿y no encuentras en ellos más que incorrecciones? ¡Sería preciso que yo estuviese muy triste para no soltar la carcajada!

PABLO. Bueno, serán mamarrachos los que hace esa criatura, si te empeñas en darles ese nombre; (Algo ofendido.) pero te digo, que á veces... en un rasgo... en una actitud... en un contorno... revela genio...

TER. Sí, revela genio; pero muy mal genio... su genio... que es... el resultado de la educación que tú le das.

PABLO. No señor: no señor... genio, genio... el fuego sagrado .. el *quid divinum*... el don del cielo... Antes, así decíamos: Dios está envuelto en una nube ardiente: las llamaradas que circundan al Sumo Hacedor chisporrotean: una chispa cae dentro de esa cabecita, (Señalando á la niña.) y ya tenemos un sér prodigioso. ¡Me parece que esto es sencillo y que así se comprenden bien las cosas! Hoy lo arreglamos de otro modo: si María tiene genio para la pintura... será porque lo heredó... cualidades transmitidas por los padres... nada: la ley de herencia. Pues yo no se de dónde le viene la tal herencia... porque yo... ni tú tampoco... y Eugenio... ese trazará rectas y ángulos .. pero no sabe hacer ni un monigote...

TER. Bueno... como tú quieras... no más... deja tranquila á nuestra gran artista. (Procurando fingir tono de broma, pero violenta y agitada.)

PABLO. Cuando me confieses que María tiene inspiración... inspiración... esa es la palabra... ¡Inspiración latente!... Es el pajarillo que sale del nido: hoy es un

4

pelotón de plumas: hoy agita junto á su madre las alas... mañana...

TER. Ya lo sabemos, papá. ¡Mañana cruzará el espacio!

PABLO. ¡Ya lo creo, el espacio! ya lo veremos: es decir, yo no lo veré, pero lo verás tú y te acordarás de mi profecía. ¡Pero si son cosas que saltan á los ojos! Mira, ayer me cogió una *Ilustracion*... por cierto que quedó inservible, y con cuatro rasgos pintó ese diablillo una cabeza de burro, ¡que estaba hablando! «¿Qué has hecho aquí?» le pregunté, y ella me dice riendo: «Tu retrato, abuelito.» ¿Eh... qué tal?

TER. Bien está: me doy por vencida ante semejante prueba.

PABLO. ¡Ya... ya!... ¿qué estás pintando, monina? (Acercándose á María.)

MARIA. ¡Retratos!

PABLO. ¿Y á quién has retratado?

MARIA. Primero á mamá.

PABLO. Á ver... á ver... (Saca unos anteojos, se los pone y coge un papel que le da María.) Sí... pues hay algo... (Riendo.) hay algo. . las narices, las narices sobre todo... ¿verdad? (Dando el papel á Teresa.)

TER. Pero esto, ¿cómo se mira? (Dándole vueltas.)

PABLO. ¡Así, mujer!... ¿pero no comprendes?... Digo las narices, ¿eh?

TER. ¿Pero dónde están?

PABLO. Aquí.

TER. ¿Y esto dices que son?

PABLO. Las tuyas.

TER. ¡Por Dios, papá... en todo caso esto es una alcayata!

PABLO. ¡Si me querrás convencer de que tus narices son de corte griego! Eres bonita, pero las narices algo respingadillas... y ella, con ese instinto que Dios le ha dado... al momento te cogió el *carácter dominante*.

TER Bien está: nos resignaremos con el *carácter dominante*.

PABLO. (A María devolviéndole el papel.) ¿Y qué más has pintado?

MARIA. He pintado el retrato de papá.

PABLO. (Cogiendo otro papel que le da María.) Vamos á ver... Sí... claro... mal hecho... ¡pero una cara de bondad!... ¡qué demonio, siempre el rasgo dominante!... (Le devuelve el papel.) ¿Y ahora, qué haces?

MARIA. El retrato de ese señor que vino de fuera hace poco.

PABLO. Sí... de don Juan de Vargas... ¡qué demonio de chica!

MARIA. Es un señor muy bonito... por eso le he pintado.

TER. Estás alentando á esa niña en sus tonterías... Vamos... basta... dame... (Cogiendo el papel.)

MARIA. No me rompas el retrato...

TER. ¡Calla!...

PABLO. No lo rompas... mujer...

TER. ¡No faltaba más! (Rompiéndolo.)

MARIA. ¡Ay! ¡Mi estampa!... ¡Mi estampa!... ¡Quiero mi estampa!... (Llorando.)

TER. Silencio.

PABLO. ¡Vaya un gusto!... (A Teresa.) ¡No llores, tontina! (Á María.)

CRIADO. El señor de Vargas pregunta si reciben los señores.

TER. Diga usted que no.

PABLO. Espere usted. (Al Criado.) Recíbele, mujer. Eugenio le quiere mucho... y es un desaire no recibirle.

TER. No sé por qué.

PABLO. Vendrán dentro de poco Remedios, don Cosme y don Hilarión á pasar la tarde y á comer luégo... y se les recibirá... y á Vargas no... no está bien. Que pase ese señor. (Al Criado: éste sale.)

TER. Padre...

PABLO. ¿Si vas á recibir tres personas, qué te importa recibir una más? Es un amigo antiguo... y después de siete años de ausencia... vamos, que no me gustan esos desaires.

TER. Como tú quieras; pero llévate la niña... y ven en seguida.

PABLO. ¿Para qué? Si á Vargas le hace mucha gracia María y la acaricia mucho: y ella también le quiere, ¿verdad? (Á María.) ¡Mujer, no ves que ha hecho su retrato!

TER. ¡Por Dios... llévate á María... yo te lo ruego!... (Cambiando de tono.) Ha llorado: y aún hace pucheritos... y tiene la cara llena de lágrimas... y las manos llenas de tinta... llévatela... vamos... antes que entre...

PABLO. Bueno... ¿Vamos á mi cuarto, chiquitina? (Llevándola.)

MARIA. ¿Y me dejarás pintar?

PABLO. Todo lo que quieras: vamos á retratar á todos los de casa, empezando por el pachón y acabando...

MARIA. ¡Por el abuelo!... ¡Qué gusto! ..

PABLO. ¡Ya está el programa: el pachón y el abuelo!... ¡Qué diablillo! (Salen riendo.)

TER. Valor: valor: alguna vez había de ser.

ESCENA III

TERESA y JUAN

JUAN. (Después de mirar á todas partes y viéndola sola.) ¡Por fin sola... después de cuatro días... Teresina!

TER. Señor de Vargas... (Saludando.)

JUAN. (Deteniéndose y mirando á todas partes.) ¿Es que no estamos solos?

TER. Creo que sí. Tome usted asiento.

JUAN. (Acercándose y en voz baja.) ¿Acaso pueden oirnos?

TER. Creo que no. Pero no esté usted en pié.

JUAN. Entonces... Teresina... (Acercándose á ella.)

TER. ¿Qué? (Conteniéndole con el ademán.) No comprendo, señor de Vargas. ¿Tiene usted algo que decirme?... Pues ya le oigo; pero ante todo sírvase usted... (Indicando una silla.)

JUAN. Nada, señora: nada de particular tengo que decir... Eran distracciones... mejor dicho, candideces... pero inconcebibles... soy un pobre diablo... ¿No lo cree usted así?

TER. Tiene usted el carácter más alegre que antes: lo he observado. (Sonriendo.)

JUAN. ¡Oh! sí señora: mucho más. En estos cinco, ó séis, ó

siete años... no sé cuantos... he variado mucho. Usted también, ¿no es cierto? Más pálida, más triste, más severa, más indiferente, más cruel... ¡Pero más hermosa que nunca! ¡Mucho más hermosa! ¡Capáz de condenar á un santo ó de salvar á un réprobo!

TER. ¡Qué gracioso!... ¡Condenar á un santo, salvar á un réprobo!... ¡Esa misma frase he leído hace poco en un folletín!

JUAN. Alguna diferencia habrá entre lo que se escribe por escribir... y lo que se dice porque se siente.

TER. No se ofenda usted por mi observación. Hay folletines muy bonitos. ¿Y ha viajado usted mucho en estos séis ó siete años, señor de Vargas?

JUAN. No señora. Me fuí á Méjico: me metí en mi casa, en la antigua casa de mi padre, de mi familia, como el topo en su agujero; y allí... un día y otro día: hoy como ayer: las horas que llegan tan parecidas á las que se van, como las gotas que trae el río al anochecer se parecen á las gotas que pasaron con el alba: Y así he vivido estos años: si usted me dice que fué una semana, lo creeré: si usted me afirma que fué un siglo, lo creeré también.

TER. ¿Y en ese caserón ha vivido usted todo este tiempo?

JUAN. Sí señora: en mi caserón: viejo, muy viejo: triste, obscuro, venerable: á veces creía haberme echado encima un caparazón de tres siglos.

TER. ¿Y ha vivido usted los siete años... solo?

JUAN. ¡Ah! (Conteniéndose.) Completamente solo, señora. Con dos ó tres criados antiguos ¡pobre gente! no se cuentan cuando se cuentan soledades; porque los pobres viejos no acompañaban más que los cuadros de familia ó que dos armatostes de hierro en forma de armaduras, que desde tiempo inmemorial se empinaban solemnes en los dos rincones de un estrado. Glorias de otros siglos, que empenachaban el almete con telas de araña y entregaban el hueco de su férrea cáscara á los ratones.

TER. Eso está bien, amigo Vargas: mejor que lo del folletín. Un caserón muy poético. ¿Y dice usted que completamente solo?

JUAN. Sí señora.

TER. Pues yo creía... digo, me figuro que alguien lo contó... que le acompañaba á usted en esas soledades... su esposa.

JUAN. No señora. Ni un día: ni una hora: ni un minuto. Aquella mujer no pasó jamás el umbral de mi casa. Y ya no lo pasará, porque murió hace unos meses.

TER. ¿Murió?... ¡De modo, que es usted libre!

JUAN. Yo, sí. Usted, no.

TER. ¡Oh! Señor de Vargas, bien mirado, nadie lo es. ¿Y piensa usted volver á ese caserón solariego?

JUAN. Sí señora: muy pronto.

TER Pero... Se va usted á aburrir mortalmente. (Riendo.) La casa viejísima, los criados viejos, viejos los cuadros, las armaduras mohosas, ¡pobre Vargas! eso es caer en una tumba.

JUAN. ¿Le regocija á usted mi aburrimiento?... Pues no me aburro: me hace compañía una pareja entretenidísima: un *remordimiento* y un *recuerdo*. El uno, *el remordimiento*, todas las noches me llama por lo bajo infame, mal caballero, villano, y me muerde, me punza, hace conmigo todas aquellas cosas que hacen los de su clase, es decir, los remordimientos. El otro, *el recuerdo*... ¡ay, Dios mío!... ¡qué me importan todos los remordimientos de esta vida, mientras me acompañe este recuerdo único, Teresina!

TER. ¡Ah!... ¡recuerda usted mi antiguo nombre! ¡es curioso! ¡buena memoria! ¡Sí, Teresina! Así me llamaban cuando era casi una niña: ya nadie me llama de ese modo. Hoy, los íntimos, me llaman Teresa: los demás, señora: dentro de poco, me llamarán doña Teresa: y sólo mi padre y Eugenio... me llaman alguna veces... no muchas, Teresina. Ahí tiene usted, amigo Vargas, cómo pasa el tiempo.

JUAN. ¿Es usted felíz?

TER. ¿Y usted lo es?

JUAN. Yo, no.

TER. Yo, sí.

JUAN. ¡Mentira! ¡Teresina, mientes! ¡ni lo eres, ni puedes serlo! ¡para tí en la vida no había más que una felicidad y esa era conmigo! (Levantándose y acercándose á ella.)

TER. Sí, tiene usted razón. Me suena todo eso... así... como un eco lejano: es verdad, lo he oído en otro tiempo. ¡Tiene usted buena memoria! Sí... ¡creo que era usted mismo el que me decía esas cosas! ¡oh, qué curioso! ¡cómo regocijan los recuerdos de la niñez! ¡Porque eramos casi niños! Es decir, yo. . yo era una niña. Usted, no: usted era un hombre: hombre formal y hasta casado. Pero, en fin, los hombres formales á veces se entretienen en atormentar á los niños: los niños no pueden defenderse: y el sér humano es á veces infame, cruel, villano... todo eso que le contaba á usted uno de sus compañeros de soledad, mientras el viento hacía castañetear las viejas armaduras de que hablaba usted antes. (Riendo.)

JUAN. Por Dios, Teresina... no quiero saber más que una cosa: una sola, Teresina.

TER. Hemos convenido, señor de Vargas, en que ese nombre de Teresina pertenece á la historia. Diga usted, *señora*, ó diga usted, *doña Teresa:* ¿pues no digo yo señor de Vargas? y diré don Juan, si es preciso; y sin embargo, en otro tiempo le llamaba á usted .. no sé .. no recuerdo cómo... no lo recuerdo.

JUAN. Como usted ordene. ¿Usted sabe, señora, por qué he venido?

TER. No lo sé: sin duda porque le cansaba á usted el caseron con sus viejos y sus sombras. Y dijo usted: «Á Europa á echar una cana al aire.»

JUAN. No acierta usted. Canas al aire... las echaré muy pronto, aquí ó allá; porque he envejecido mucho, Teresina: míreme usted bien.

TER. Es verdad.

JUAN. Lo que he sufrido, lo ve usted escrito en mí, con rasgos que no mienten; y el que sufre por un *remordimiento* y un *recuerdo*, no es un miserable, Teresina.

TER. Es verdad.

JUAN. Y sin embargo, no estoy arrepentido de nada: aunque yo sufra, aunque sufra usted, ¿qué importa? Lo que ha sido... ha sido. Y cuando recuerdo (Acercándose y con voz apasionada.) que una vez en la vida... pasó, ya lo sé... está muy lejos, es verdad... pero una vez en la vida, yo he oído decir á Teresina... «sí, te quiero... te quiero con toda mi alma...» ¿has dicho eso una vez en la vida?... pues con ese recuerdo me basta para dar por buenas todas mis traiciones, todos mis tormentos, todas tus tristezas.

TER. ¡Es verdad!

JUAN. (Acercándose.) Teresina...

TER. (Deteniéndole con el ademán.) Bah, señor de Vargas, olvidemos todas esas cosas. Ya hemos hablado bastante de antiguas memorias... Y hemos hablado... ¿no es cierto?... con el abandono, con la cordialidad, con la efusión, hasta con el placer, conque hablan de estas cosas dos viejos amigos. Ahora vengamos al presente: ¿qué proyectos tiene usted? En Madrid estará usted muy pocos días, ¿no es verdad? ¡Oh! créame usted, Madrid está muy triste esta temporada. ¿Y á dónde va usted á pasar el invierno? ¿París, Italia, Niza?... ¿ó se vuelve usted allá?

JUAN. Mire usted... mira, Teresina... ¡yo voy á volverme loco! ¡Cómo puede usted... cómo puedes, hablarme con esa indiferencia, con ese aplomo, con esa calma imperturbable! Como se borra con una plumada en un escrito una frase que no gusta, así tú con un gesto desdeñoso de gran señora, borras todo lo que ha sido. ¡Pero si es que aunque nos empeñemos los dos no puede dejar de ser!

TER. ¡Por Dios, señor de Vargas! (Se ve que llega al límite de sus fuerzas.)

JUAN. ¡Usted... tú... á mí!... ¡tratándome con esa fría y desdeñosa ceremonia!... ¡como á cualquiera . á mí!... ¡á mí, ha quien has querido tanto! No hables, espera... ahora podrás olvidarme, aborrecerme, despreciarme, todo lo que te plazca: lo he merecido .. pero no puedes negar que en otro tiempo tu corazón fué mío: duraría muy poco... ya lo sé: en las mujeres el amor dura poco: pero ¿me quisiste al menos un día? ¿uno solo? .. ¿No? ¿menos? ¿una hora?... ¿me quisiste una hora?... ¿Qué, sonríes?... ¿Te parece mucho?... ¿Todavía menos?... Bien: pues un instante, un segundo, lo que dura el vértigo... ¡pero en ese segundo ó en esa eternidad, no niegues que me has querido tanto como yo á tí! ¡Si lo niegas, Teresina, me volveré loco de desesperación! ¡Pues si esa idea ha sido todo mi consuelo en estos años de horrible tristeza! Teresina ha sido mi Teresina, pensaba yo: esto, el cielo podrá castigarlo y el infierno, si es verdad lo que dicen, cobrárnoslo en torturas, ¿pero impedir que haya sido?... ¡ah!... no: eso no: ¡eso no lo impide nadie, ni el cielo, ni el infierno, ni tú!... ¡tú, Teresina, que te empeñas en hacerme creer que todo ha sido un sueño! ¡y no ha sido un sueño, no, óyelo bien, ha sido una realidad! ¡la única realidad de mi existencia! (Cae en una silla y se oculta el rostro entre las manos: pausa.) ¡No lo niegues... no lo niegues... porque eso es ya demasiado!

TER. (Levantándose. Juan se levanta también.) En efecto... es demasiado... ¡es ya demasiado!... Yo procuro... yo me esfuerzo... pero usted se empeña... (Haciendo esfuerzos para dominarse.) ¡Ay, Dios mío, cuántas cosas ha dicho usted! Parece esto un paso de comedia ó de drama. ¡Es usted el de siempre!... y yo no lo soy... ¡qué quiere usted! no lo soy. Yo he aprendido que en la vida real... no se vive así. Fuí muy romántica... mejor dicho, muy locuela: no lo niego.

Pero ahora soy muy juiciosa. «En otro tiempo,» dice usted .. pero ya, ¡quién se acuerda de aquellos tiempos!... Y en todo caso, si yo quiero olvidarlos, ¿es generoso, es digno, es siquiera cortés, que usted, señor de Vargas, se empeñe en que los recuerde? (Dejándose llevar poco á poco por la pasión.) ¿A qué fin? ¿con qué objeto? ¿para gozarse en su triunfo? ¿ó acaso para atormentarme? ¿para envilecerme aún más á mis propios ojos? ¡oh, Dios mío, para eso no valía la pena que dejase usted el noble caserón de sus padres! Tan largo viaje para venir á buscar á una pobre mujer, y sólo por tener el gusto de decirle: «¿Sabes que no tienes honra, aunque finges tenerla? ¿Lo has olvidado? Pues si conseguiste olvidarlo, vengo á que lo recordemos juntos. ¿Te acuerdas, Teresina, que engañaste vilmente al hombre más honrado de la tierra? ¿Te acuerdas, que por salvar de la desesperación á tu padre... (Bajando mucho la voz.) enlodazaste á Eugenio?»

JUAN. ¡Teresina!..

TER. Déjeme usted acabar: usted quiso que empezase. No lo niegue usted: usted viene á decirme todo esto. Para que si á fuerza de cariño verdadero y puro, si al fin de siete años de remordimiento y de dolor he conseguido aplacar aquellos recuerdos y cicatrizar aquellas heridas, usted, con uñas de animal de presa logre encarnizarlas de nuevo... (Transición repentina: río á carcajadas, pero con risa fingida.) ¡Já, já, já!... ¡ya estoy á tono con usted!... ¡ya me remonto á las cumbres siniestras de la tragedia!... ¡Delirios! ¡vértigos! ¡traiciones! ¡vergüenzas! ¡remordimientos!... ¡Todo un arsenal de guardarropía! ¡No nos falta más que venenos y puñales!... ¿Supongo que usted no los traerá? ¡qué miedo! Créame usted, señor de Vargas, seamos buenos amigos: olvidemos... lo que mejor está olvidado: y hablemos como se habla en una visita de confianza. Dentro de poco vendrá gente... sí, tenemos convidados... pues bien, usted será uno de ellos y de

los más atendidos, porque Eugenio le quiere á usted mucho. Y así pasaremos el día, y pasaremos la velada, la *soirée* quise decir, y mañana Dios dirá. Conque ya que las aguas recobraron su nivel, dígame usted, señor de Vargas, ¿cuándo es la marcha? (Larga pausa)

JUAN. Muy pronto. Quizá hoy. Hoy no puede ser... será mañana á ser posible.

TER. Y tardará usted muchos años en volver, ¿no es cierto?

JUAN. Muchos. Quizá no volveré nunca.

TER. ¿Nunca?

JUAN. ¿No lo deseaba usted? ¿Por qué lo siente?

TER. ¿Y cómo no quiere usted que lo sienta? Perder para siempre á un buen amigo... no verle ya nunca... no tener noticias suyas, porque usted no escribirá... no saber si vive, si ha muerto, si piensa en los que dejó por acá ó si al cabo se olvidó de ellos. . ¡cómo quiere usted que estas ideas no me causen pena, mucha pena!

JUAN. Ahora es usted, Teresina, no soy yo. Su voz de usted tiembla; sus ojos brillan mucho, y como no brillan de alegría .. ¡es que en ellos hay lágrimas!... Teresina, una palabra, sólo una palabra...

TER. Mire usted, Vargas, mis fuerzas se van agotando; hoy no me siento buena; como le dije á usted, vendrán algunos amigos... y tendré que atender á todos... para lo cual quisiera descansar... usted es de confianza y no se ha de ofender... (Haciendo ademán de retirarse.)

JUAN. ¡Me arroja usted de su casa, Teresina!

TER. ¡Por Dios, no diga usted eso! Usted espera aquí... Eugenio vendrá pronto... y yo me retiraré hasta que Eugenio vuelva .. No se ofende usted, ¿verdad que no?

JUAN. No tengo derecho para ofenderme.

TER. Entonces con su permiso de usted... (Como antes.)

JUAN. Un instante; sólo un instante; una pregunta... y todo ha concluído.

TER. ¡Una pregunta!... ¿Cuál?

JUAN. Oiga usted, Teresina; hoy saldré de esta casa... y para siempre, se lo juro á usted por lo más sagrado. Usted

no cree en mí y no sé qué testimonio tomar. Se lo juro á usted por mi honor: sé lo que usted piensa; para usted fuí un miserable... ¡y el honor de un miserable!... y sin embargo, soy un hombre de honor. Para siempre. Se lo juro á usted por la memoria de mis padres: ¿soy acaso un mónstruo? ¿profanaría esa memoria? Pues por ellos lo juro. Se lo juro á usted por mi único amor... bueno: no crea usted en este juramento, yo creo en él. Más aún, Teresina... te lo juro .. por ella... por María...

TER. ¡Vargas!... ¿qué se propone usted?... ¿volverme loca?...

JUAN. No; que me crea usted.

TER. Pues le creo á usted, pero acabe usted pronto... no puedo más.

JUAN. Pues bien, responda usted á esta pregunta y su respuesta será mi único consuelo, el único: no me lo niegue usted, ya ve usted que hablo sin pasión, respetuoso, vencido, resignado, dispuesto á obedecerte en todo.

TER. Pero esa pregunta...

JUAN. ¿Qué siente usted por mí, Teresina? Indiferencia, olvido, desprecio, ¿ó todavía me quieres como Teresina me quiso? Contésteme usted y yo no diré nada; ni una palabra; saldré de aquí y acabó todo. Es una palabra que arroja usted al viento; una limosna que me llevo; seré mudo, nada diré, ni un suspiro de dolor, ni un acento de gratitud; oigo y huyo, díme «me es usted indiferente», ó díme «*todavía* te *quiero*» y no más; salgo de aquí y para usted he muerto. ¿Puede pedirse menos, Teresina? Pues nada más, no pido más; sólo una palabra, esa palabra... ¡te odio!... ¡te amo!...

TER. No más; ¡es un lazo!... ¡un lazo infame!... Te digo... «te quiero siempre...» y entonces estalla su pasión de usted... «después de oir esa palabra, ¿cómo pretendes que me separe de tí?...» «No, no lo creas, yo nunca me aparto de mi Teresina...» ¡Ah!... ¡Vargas!... co-

nozco de lo que es usted capáz... basta... ¡adiós!...

JUAN. ¡No me niegues ese consuelo!... ¡Mira que te arrepentirás!

TER. (Deteniéndose.) ¿Amenazas?

JUAN. No contra tí... ¡Tú eres sagrada!... ¡Pero yo no lo soy!... ¡Y te arrepentirás! ¡Si aún conservas el recuerdo de nuestro cariño. . llorarás mucho... mucho, por haberme negado este consuelo!... ¡acaso el último! ..

TER. ¡Ah, Dios mío!. . ¡Qué empeño!... ¡No sé si reir ó llorar!.. Continúa usted siendo romántico... ¡la muerte!... ¡un suicidio!... es eso lo que quiere usted darme á entender.

JUAN. Puede usted reir... ¡y Dios quiera que no se agote el manantial de la risa!

TER. ¿Pero es caso de muerte?

JUAN. ¡La muerte! .. ¡Qué ridícula, cuando se la llama y no viene!... Pero si viene, ¡qué horrible!

TER. Acabemos; pronto vendrá Eugenio; dispense usted.

JUAN. (Cerrando el paso.) Por última vez... se lo ruego á usted... se lo suplico...

TER. Y yo le suplico que me deje pasar.

JUAN. ¿En usted, qué hay para mí?... ¿olvido?

TER. ¿Olvido?... No... Bien presente le tengo.

JUAN. ¿Desprecio?

TER. Se desprecia á los seres débiles... usted no lo es; si lo fuese usted, ya le habría separado de mi camino.

JUAN. ¿Odio?

TER. ¿Odiar?... ¿Para qué?... No, no siento odio por usted... ni por nadie.

JUAN. ¿Indiferencia?

TER. ¡Dios mío!... indiferencia no; yo quiero que sea usted un buen amigo y además muy feliz.

JUAN. ¿Entonces, amor?

TER. No; eso no: no, nunca, antes todo lo que hemos dicho: ¡olvido, odio, indiferencia, desprecio!,.. ¡Apártese usted señor de Vargas! (Sale.)

ESCENA IV

JUAN

¡No era posible!... ¡Si no era posible!... ¡Ha luchado, ha fingido... pero me quiere con toda su alma!... ¡Como yo á ella!... ¡Mi Teresina! qué dulce es esta palabra... ¡Pero le cumpliré la mia!... He dicho que no la veré más... y no la veré más. Cometí una infamia... pero no soy un infame. Si el Vizconde me deja con vida... mañana salgo de Madrid. Es cosa resuelta. Para traiciones... basta con una ó con dos: traidor con ella, la pobre niña: traidor con Eugenio, mi mejor amigo. Hay cosas que se hacen y luégo quisiera uno arrancarlas de sí, aunque se llevasen pedazos de carne. He jurado por mis padres... he jurado por María... y hay que portarse una vez como hombre honrado... que ya es tiempo. Sólo faltaba que fuese todo eso que he dicho una farsa para obligarla á confesar que me quiere y remachar la cadena... ¡No tanto... no tanto! No soy canalla de oficio. Mañana, y si no es posible, pasada mañana... Á menos que Nebreda... pero entonces no tendré que preocuparme de las palabras que dí; ellas se cumplen por sí mismas. ¿Me lloraría mi Teresina?... ¡Si, lloraría mucho!... ¡y qué hermosa estaría llorando!... La Magdalena arrepentida es más hermosa que la Magdalena pecadora... con tal que vuelva á ser pecadora!... ¡Y Teresa es más hermosa que Teresina!... ¡La pasión vale más que la inocencia: la inocencia, el limbo; la pasión... una confusión palpitante del cielo y del infierno!... ¡Oh, si no fuera una infamia tan grande conseguir de nuevo su amor... qué hermoso sería!... ¡Ea, llevo dentro de mi cabeza una legión de diablos ó de locos! Lo que creo que llevo es una congestión. ¡Teresina!... ¡Teresa!... ¡Lo que llevo, en suma, es mucha miseria

en el alma!... pues como yo dé en despreciarme de aquí á mañana... me meto por la espada de Nebreda... á ver si una vez al menos estoy satisfecho de mí. ¿Pero cuándo vendrá ese Eugenio? No viene cuando debe venir y vendría si no hiciera falta. Muy bueno... pero muy inoportuno y muy torpe ¡Por fin: ya se presentó el filósofo!

ESCENA V

JUAN y EUGENIO

EUG. ¡Hola, perdido!

JUAN. Gracias á Dios que te echo la vista encima. Una hora hace que te espero, y toda la mañana te he buscado por todas partes.

EUG. Eso es: quéjate tú para que yo no me queje.

JUAN. ¿Con qué derecho pretendes batirte con Nebreda antes que yo?

EUG. Calla, hombre, por Dios santo: que no se entere don Pablo. Ya tiene él sus barruntos .. ayer anduvo muy escamado... conque si te oyese ..

JUAN. No te apures por eso. Don Pablo lo sabe todo: esta mañana temprano vino á verme: y estamos conformes: completamente conformes. Ahí le tienes: sin duda esperaba tu venida.

ESCENA VI

EUGENIO, JUAN y DON PABLO

JUAN. Felices, don Pablo: me alegro que venga usted.

PABLO. ¡Ya lo creo: no había de venir! En cuanto supe que había llegado este loco, dije: «allá voy.»

EUG. ¿Es decir?...

PABLO. ¡Que lo sé todo! Y que para ser la primera calaverada que haces en esta vida, ¡es buena!

JUAN. ¿De modo que me dá usted la razón?

PABLO. Completamente.

JUAN. Mira, Eugenio, te portas mal, muy mal en esta ocasión. ¡Eso no se puede hacer entre hombres! ¡Colocarte sin pretexto ni motivo entre Nebreda y yo! ¡Tomar mi sitio! ¡Ampararme con tu espada, cuando yo tengo la mía para estos lances! ¡Tratarme como á un muñeco, como á un niño, como á un pobre diablo!... «¡Para Nebreda este no es hombre: para Nebreda, yo!» Porque en suma, esto es lo que vienes á decir con lo que has hecho. ¡Muy amigos somos; pero no para tanto! Yo sé que lo haces por cariño... y además porque me tienes en poco en comparación con ese espadachín. ¡Claro, dudas de mí y me quieres cubrir con tu pecho! ¡Salvarme la vida exponiendo la suya! ¡Me salvaste cuando niño: me quieres salvar ahora: siempre tu deudor: esto me humilla, me pone en ridículo, me avergüenza, me desespera! ¡No, Eugenio: esta vez no será: yo valgo tanto como tú con un hierro en la mano, y tanto como el Vizconde! ¡Y sobre todo, es mi derecho! ¡Es mi derecho, no me lo niegues!

PABLO. Muy bien dicho: tiene usted razón: yo en su caso de usted no lo sufriría. (A Vargas.) No se pone á una persona respetable, á un amigo, en ridículo. (Á Eugenio.)

EUG. Pero si no conoce usted el suceso.

JUAN. Pues cuenta cómo fué.

EUG. A eso voy. Se leerán las cuartillas taquigráficas, como dicen en el Congreso. Mire usted, don Pablo, estábamos ese, yo, Nebreda, Luis Monteverde y tres ó cuatro amigos más en el círculo. Hablábamos de todo: cortábamos, rajábamos, despellejábamos á todo el mundo... Es decir, ellos: yo no desplegué mis labios, y en honor á la verdad, ese tampoco. Ese estaba sombrío.

JUAN. ¡Por Dios, hombre!...

PABLO. Vamos, Eugenio...

EUG. No: si es que me acuerdo de la cara que tenía ese... porque me chocó.

PABLO. ¿Pero quieres acabar?

EUG. Bien está, acabaré. Pues los otros, á bromear, y á reir y á descuartizar. Y cuando habían dado por muerto al toreo y á los toreros, al arte y á los artistas, á la política y á los políticos; y cuando la humanidad estaba en cueros vivos y bien azotada, y se comenzaba á extender la papeleta de defunción de la patria de Pelayo, la emprendieron con las mujeres, y como esta es la especialidad de Nebreda, él llevó la voz cantante. ¡Horrores! ¡Allí se dijeron horrores! ¡Ya estaba yo nervioso! ¡Ese callado! En fin, Nebreda, con voz terrible y dando un puñetazo en la mesa, gritó: «¡No hay una mujer honrada: ni una!» Y yo, sin poder dominarme le repliqué: «¡Ni siquiera su madre de usted!» Esto no me lo puedes negar. (A Juan.) Yo le dije estas mismas palabras. ¿Me parece que fué insultarle? ¿Eh?

JUAN. No lo niego en absoluto. Pero no fué afirmación: fué interrogación, y la cosa varía mucho.

PABLO. Varía mucho: ya lo creo.

EUG. Fué afirmación: fué insulto.

JUAN. No basta que tú lo digas, es preciso probarlo.

EUG. Y lo pruebo; mas por el pronto sigo leyendo mis cuartillas. Nebreda se contuvo un poco y dijo: «hablaba *en general* » A lo cual yo repliqué como el rayo, como florete que choca contra florete: «Y yo hablaba *en particular.*» ¿Y esto? ¿No es remachar el clavo? Vamos, si hay para que me mate Nebreda... si yo le dejo.

JUAN. Tú pintas las cosas á tu gusto. En estas disputas el tono significa más que las palabras, y el tono en que hablábais no era agresivo.

EUG. No gritábamos, es verdad. Pero, ¿y la intención? ¿y lo reconcentrado? ¿y lo que sigue? Oiga usted: (Á don Pablo.) Nebreda, que es valiente y que es camorrista de oficio, se arrepintió al momento de aquella explica-

ción que me daba al decir: «hablo en general,» y cuando yo le repliqué en tono agresivo... no niegues que fué agresivo: «pues yo en particular,» él, con tono zumbón y provocativo y mirándome fijamente... no niegues que me miró... lanzó esta frase: «dije que hablaba en general, pero sin excluir á ninguna mamá por respetable que sea, como supongo que sería la de usted, á quien nunca tuvimos el gusto de conocer, ¿verdad, señores?» Esto me dijo Nebreda, sabiendo que yo no he conocido á mi madre: ¡luego hay insulto! ¡y tenemos insulto por insulto! ¡el mío y el suyo! Y tú, todavía no habías mediado en el lance. ¿Fué insulto, ó no? dígalo usted, don Pablo, como hombre honrado: ¿lo fué?

PABLO. Lo fué. Te insultó. La verdad hay que reconocerla. Si pasó como dices...

EUG. Así pasó.

PABLO. (Con mucha energía.) Pues hubo insulto: y aunque me pese en el alma... la honra es lo primero. Haces bien, ¡qué demonio! Tú eres fuerte... escarmiéntale .. ¡Insultar á mi Eugenio! ¡Si no te bates tú... me bato yo!

EUG. ¡Bravo, venga un abrazo! (A don Pablo.)

JUAN. Vamos despacito, que no hemos concluído. Mediaron esas palabras... más ó menos atenuadas... porque me parece que algo exageras.

EUG. (A don Pablo.) No le crea usted: no exagero nada.

JUAN. Dejemos esto y vamos á mi parte, porque aquí entro yo. Señor de Nebreda, le dije, sin dar tiempo á que le contestases...

EUG. «¡Sin dar tiempo á que yo le contestase!» ¿Lo ha oído usted? (A don Pablo.) Confesión plena. «¡Sin darme tiempo!» Luego tú fuiste el que se cruzó en mi camino: el que tomó mi puesto: el que quiere amparar en este lance mi espada con la suya: el que me protegió contra Nebreda...

JUAN. ¡Por Dios, Eugenio!...

EUG. No, si yo no me ofendo porque tú me protejas: ni me

siento humillado, ni achicado, ni avergonzado. Porque entre amigos, ¡qué diablo! hoy por tí, mañana por mí. Lo que hice después, fué dar otro salto, tomar la delantera... y á las cinco, frente á frente. Tira... paro... finjo... contra... zas... como el rayo... perforación de los Alpes... quiero decir, del antebrazo.

JUAN. ¡Concluirás por desesperarme! ¡cuanto más hombre vas siendo, vas siendo más niño... y más inocentón!

EUG. ¡Hombre!... «inocentón...» ¡no sé por qué!... ¿verdad que aquí no pega eso de inocentón? (A don Pablo.)

JUAN. Perdóname: no sé lo que me digo. ¡Pero óiganme ustedes, por Dios santo! Anticipándome á ese, le dije á Nebreda: «señor de Nebreda, el que sin razón insulta *á un hombre*, es un insolente; pero el que insulta *á una mujer*, es un miserable; y el que las insulta á *todas* porque tiene miedo de insultar á una, *es un cobarde*!» ¿Le dije eso? (A Eugenio.)

EUG. Si: y bien dicho: con energía.

JUAN. Y él me contestó: «pues escoja usted *una*: la que usted quiera: la del pariente más próximo: la que le inspire á usted más simpatías: la de su mejor amigo, y ya veremos si dejo de insultarla por miedo á usted.» Y yo... «¡pues está escogida!» y él... «¡pues está insultada!» Y yo... ¡el ademán de abofetearle!... Y tú me contuviste: los demás se interpusieron y ya saben ustedes lo restante: se nombraron padrinos: se concertó el duelo: mañana debíamos batirnos: y tú te interpones hoy...

EUG. Justamente: *una tercería* de mejor derecho. ¿No se dice así?

JUAN. El insulto que nos hicimos fué mayor que el vuestro... Yo le abofeteé con el ademán.

EUG. Hombre, si con el *ademán* se abofetease, á estas fechas la mitad del género humano estaba abofeteada por la otra mitad. Los ademanes no se cuentan, sino los bofetones sonantes. El ademán es *papel moneda*;

el bofetón efectivo es oro en lingote. Además, mi ofensa es anterior á la tuya y hay que respetar la antigüedad. ¡La antigüedad, chico. y deja correr la escala!

JUAN. Pero si es que como el mío no hay otro insulto. «Escoja una mujer!» «Está escogida...» «Está insultada.» Y yo... (Levantando la mano.) Me parece que esto no admite discusión.

EUG. Espera... poco á poco... pues aun ese insulto lo tomo por mío. ¡Y no había caído en ello! ¡Es mío! ¡es nuestro! (Á don Pablo.) Por nada de este mundo te cedo la vez. ¡La ofensa me pertenece, y no será la *perforación* en el antebrazo: será en el pecho! ¡Miserable!... ¡qué imbécil soy!

JUAN. No comprendo.

PABLO. Ni yo tampoco.

EUG. ¿No te dijo: «Escoja usted una mujer con el pensamiento. la del pariente más próximo, *la de su mejor amigo*... y yo la insulto?» Parientes casados no te quedan por estos mundos Tu amigo más íntimo soy yo: luego pensaste en Teresina: luego insultó á Teresina... como que en el teatro la mira mucho... la insultó intencionadamente... ¡Infame, si caigo en ello, caigo sobre él y le aplasto! Basta... las cuatro y media... ¡y querías quitarme mi puesto!... Un abrazo, don Pablo... ¡Ea, á matar reptiles!... (Se dirige á la puerta: le siguen don Pablo y Juan.)

JUAN. Por Dios, Eugenio... ¿Á dónde vas?

PABLO. A donde debe ir. (En la puerta se encuentra con don Cosme.)

EUG. Salud, don Cosme. ¡Tiene usted razón: en el mundo hay una gentecilla!.., ¡Por vez primera siento impulsos de muerte!... (Sale.)

COSME. (A don Pablo.) ¿Á dónde va Eugenio?

PABLO. Á donde voy yo. (Sale.)

COSME. ¿Y á dónde va el respetable don Pablo? (Á Juan deteniéndole.)

JUAN. Á donde voy yo también. Á castigar á un miserable:

y don Pablo y Eugenio á servirme de padrinos si los míos faltan. Ya lo sabe usted: adiós.

ESCENA VII

DON COSME; después REMEDIOS

COSME. ¡Allá van los tres!... como van siempre los hombres cuando se proponen algún desatino: ¡disparados!... Si se tratara de algo bueno... á paso de tortuga. Sí, un duelo .. entre Vargas y Nebreda... algo he oído. Y doña Remedios habrá oído de seguro más. Me parece que la ví de lejos al venir. ¡Justo: ahí está!

REM. (Á un Criado en el fondo.) Avise usted á la señora; pero que no se moleste ni se dé prisa. Tengo quien me acompañe. (Sale el Criado.) Amigo don Cosme...

COSME. ¡Querida mía!...

REM. ¿Habremos venido demasiado pronto?

COSME. Me parece que no. Son las cinco menos diez minutos.

REM. ¿Ha visto usted á don Hilarión?

COSME. No, pero vendrá; cuando se trata de una buena comida él nunca falta. Y desde que empieza á perder el buen humor se le ha aguzado el apetito.

REM. ¿Por qué será?

COSME. ¿El qué?

REM. El haber perdido nuestro simpático amigo el buen humor.

COSME. Lo va perdiendo él, como lo va perdiendo usted, como lo perdemos todos: unos antes, otros después. Don Hilarión á los cincuenta años: usted á... los veintiocho: y yo perdí toda alegría y todo regocijo á los cinco minutos de nacer. En cuanto sentí los lavoteos del comadrón y abrí los ojos y me enteré de lo que me rodeaba, dije para mis pañales: «malo, malo, malo; mal hemos caído.» Ahí tiene usted: unos se hacen cargo de la situación desde el principio; otros tardan

algo más: y algunos, y estos son los verdaderamente felices, no se dan cuenta de nada hasta el fin.

REM. Por ejemplo, Eugenio. ¿No le parece á usted?

COSME. Eugenio es el sér más dichoso que existe: lleva devanados treinta y cuatro años de su existencia; pero devanados con hilo de oro, y ni se le enreda ni se le acaba la madeja. Pero ¿quién sabe? el mejor día se le enmaraña.

REM. Los amigos le ayudaríamos á desatar los nudos. Pero con una mujer como Teresina no hay más nudo .. que el santo nudo del matrimonio.

COSME Que á veces no es nudo, sino lazo corredizo.

REM Pues nudo ó lazo, aquí la tenemos.

ESCENA VIII

REMEDIOS, DON COSME, TERESA y después DON HILARIÓN

TER. Querida Remedios... Don Cosme... ¡Les hice esperar mucho!...

REM. No, hija: he llegado ahora mismo: y don Cosme poco antes.

TER. Sí, he tardado. Pero es que María á nadie obedece más que á mí, y como estuvo *dibujando* toda la mañana, se puso las manos, y la carita y el vestido... ¡tinta negra de escribir... (Riendo.)

CRIADO. (Anunciando.) Don Hilarión.

HIL. Teresina... porque para mí siempre será usted Teresina. (Después le da la mano á Remedios.) No le pregunto á usted por su esposo, (Á Teresina.) porque sé que está bueno, y que no está en casa. Le vi entrar hace un rato con Vargas y con don Pablo en el hotel de Monteverde. (Después saluda á los demás.)

TER. ¿Está malo Monteverde?

HIL. Que yo sepa, no señora.

TER. Hago esta pregunta, porque al salir Eugenio, me mandó con la doncella un aviso, que me chocó muchísimo. «Díle á la señora que voy muy de prisa, que no tengo tiempo, ni de verla ni de escribirla, pero que si por casualidad, que no es probable, no vuelvo esta noche, que no se asuste. Quizá tenga que velar á un enfermo.» Esto es muy extraño: no lo comprendo. Y como dijo usted que le vió entrar en el hotel de Monteverde...

COSME. Sí: Monteverde es uno de los padrinos.

TER. ¿Qué padrinos?

REM. ¿No sabes nada?

TER. No: ¿de qué se trata? Hablaban ustedes de padrinos.

COSME. Hablaban bien y bien informados esta vez, que no siempre lo están.

TER. ¡Pero me tienen ustedes muerta de curiosidad y de inquietud! padrinos... un duelo...

REM. No te alarmes, no es tu marido. Supongo que Eugenio será uno de los padrinos.

HIL. Sepa usted que se bate Vargas.

COSME. Ni más, ni menos.

TER. ¿Juan?... ¡se bate!...

REM. Sí, Juanito; como decíamos en aquellos tiempos en que tú eras Teresina.

TER. ¡Ah!... ¿El señor de Vargas? ¿Y cómo? ¿por qué? ¿con quién?

HIL. Por nada: un disgusto con Nebreda en el círculo.

COSME. Por mucho: la disputa es un pretexto: motivos ocultos. ¿Usted conoce á Nebreda?

TER. Sí: algo: me saluda: viene al palco algunas veces...

COSME. Pues ya sabe usted que Nebreda es un libertino. Hay celos ocultos... pero se ignora el nombre de la dama...

REM. ¿Y cuándo se baten?

TER. Sí: ¿cuándo? diga usted. (Con ansiedad.)

HIL. Mañana temprano. Sin duda Eugenio iba á casa de Monteverde para concertar las condiciones.

COSME. Y sin duda Eugenio no vendrá, ni esta tarde ni esta

noche, para no separarse de Vargas y darle alguna lección. ¡Oh! Nebreda es gran espadachín: es de familia.

TER. ¿De modo que usted cree que es cosa seria? (Conmovida á pesar suyo.)

HIL. No lo crea usted.

COSME. Créalo usted. Nebreda es rencoroso y muy diestro.

REM. Dicen que en América mató á un hombre, en duelo por supuesto.

HIL. Y en todas las grandes capitales de Europa ha tenido lances. En Viena mató otro.

COSME. Y en la India mató á un oficial inglés. Hacía el amor á una lady y el marido dijo *shocking*.

REM. ¿Y en África, no ha matado á nadie? ¡Pues tiene descabaladas las cinco partes del mundo!

COSME. Señora, mató un león en celo.

HIL. Yo me río de esos matones.

COSME. Pues ríase usted cuanto quiera: el que quizá no se reirá mañana es el pobre Vargas.

TER. Pero dicen... se lo he oído decir á Eugenio... que Vargas tira muy bien á las armas. (Con ansiedad mal contenida.)

COSME. No puede compararse con Nebreda, y además hace mucho tiempo que no se ejercita: pasó siete años de vida monástica.

TER. De modo que mañana creen ustedes que tendremos... una mala noticia... ¡Oh! no será tanto: esta noche cuando venga... don Juan... ¡ya no podemos llamarle Juanito! (Á Remedios.) ...aunque peque de indiscreta, he de preguntarle... ¡Pero esta noche no vendrá: dijo que nunca!... Quiero decir que nunca contesta categóricamente: es muy reservado: no es el de otro tiempo. ¿No creen ustedes que ha cambiado mucho? Verdad es que todos hemos cambiado. ¡Siete años! ¡Una existencia! Yo misma... era tan fuerte... pues bien... todos los días creo que llegó el último de mi vida... Ahora estoy hablando con esta indiferencia... pues no

me siento buena... todo gira... ¡qué cabeza... Dios mío... Dios mío! (*Se oculta el rostro entre las manos: todo esto lo dice sumamente nerviosa.*)

REM. ¿Te pones mala?

HIL. ¿Tiene usted algo?

TER. No: es que la luz me excita mucho: pero me cubro los ojos y quedo á obscuras... y en la obscuridad me calmo... Sigan ustedes, sigan ustedes hablando de Vargas y del duelo... no se ocupen de mí: ya les oigo.

REM. Como tú quieras. Hablemos para que se distraiga. ¡Vaya un día que estará pasando Vargas! ¡Medir sus fuerzas con Nebreda!

HIL. Vargas tiene mucho corazón.

COSME. Es la única ventaja que lleva á ese duelo: que le importa poco la vida.

TER. (*Sin poder contenerse.*) ¿Y usted, por qué lo sabe?

REM. No hables, mujer, que eso te excita.

COSME. Me lo contaba un amigo que vino con Vargas últimamente... en su viaje de México á Europa.

REM. (*Riendo.*) Confidencias románticas á bordo de un trasatlántico.

TER. (*Incorporándose y mirando fijamente á don Cosme: procura reir, pero se nota el esfuerzo.*) De tal modo pinta usted las cosas... que, según parece, Vargas va á ese duelo sólo por tener el gusto de que le maten. ¡Qué exageración, don Cosme! Todo el mundo tiene apego á la vida y la defiende cuando llega el caso.

COSME. ¡Sí, todo el mundo tiene apego á la existencia... menos el suicida!

TER. (*Con angustia.*) Pero Vargas... ¡no está en ese caso!...

REM. La campana de la agonía es este buen señor.

HIL. Decían ustedes que ibamos á pasar una tarde agradabilísima... paseando por el parque... hablando de cosas amenas... ¡Buena tarde y buena amenidad!

TER. ¡Es verdad!... yo siento ya el corazón en un puño.

REM. La culpa es de don Cosme.

HIL. De don Cosme.

TER. Sí... de don Cosme.

COSME. Mi dignidad se resiente al oir estas acusaciones tan injustas como reiteradas y me voy al parque, á pasearme solo... entre el follaje.

REM. Buen monólogo le espera al follaje. Pobre Teresina, mañana verás el parque cubierto de hojas amarillas.

TER. Sí, al parque, don Cosme, está delicioso.

HIL. Querido Cosme, al follaje.

REM. Al verde follaje, don Cosme, á ver si se le refresca á usted la sangre.

COSME. Me voy á meditar en la ingratitud humana. (Sale lentamente.)

REM. Y nosotras vamos también allá... pero por distinto lado.

TER. Dispénsame: no tengo buena la cabeza. Si aquí, reclinada en el sofá, pudiese dormir un rato... quizá me pasaría la molestia... Don Hilarión, cuide usted de Remedios.

REM. Nada, hija, no te molestes. Descansa. ¿Vamos allá?... (Á don Hilarión.)

HIL. Estoy á sus ordenes.

REM. Y nos llevaremos á María... ¿te parece bien?

TER. Sí... gracias... que no venga... quiero estar sola.

REM. (Á Hilarión al salir los dos.) Esta pobre Teresina... me va dando cuidado.

HIL. ¿Por qué? Ustedes son así... siempre muriéndose y tan buenas.

REM. Lo dice usted con retintín...

HIL. Ya lo creo, el del corazón.

ESCENA IX

TERESA, tendida en el sofá: después se levanta.

¡Creí que me volvía loca!... ¿Pero será verdad? Sí, lo es: Dios mío, ahora siento haber tratado con tanta indiferencia, con tanto despego... más aún, porque

fué más, con una crueldad tan refinada al pobre Vargas. Conciencia, puedes estar satisfecha; estoy sola y digo: «á Vargas...» no digo, «á Juan». Al Sr. de Vargas: con todo respeto: ¡de etiqueta! (Pausa.) ¡Qué inquietud, Dios mío! Fuí cruel, muy cruel; desdeñosa... descortés casi .. se fué desesperado; pues no está el pobre para que le desesperen. Si mañana ocurre una desgracia... ¡no quiero pensarlo! Si ocurre una desgracia será por mí. Todos esos decían verdad; Juan vive desesperado como yo. Y mañana se hará matar: á eso va, y después de lo que yo le dije... ¡está claro! ¡No, yo no quiero que muera!... Qué, ¿también esto es malo? (Como interrogándose á sí misma.) Pues que lo sea; ¡quiero que se defienda, que viva!... ¡El deber!... ¡el deber!... ¡bastante hice por el deber!... ¡Mi deber ahora es salvarle!... Él es un sér humano, como Eugenio, como mi padre; su vida es sagrada; si puedo salvarle con una palabra... ¿por qué no decirla?... Verle, no; eso no: tampoco es posible. Yo no puedo ir... tampoco iría. Él no vendrá... lo juró. Pero puedo escribirle... dos líneas... nada más que dos líneas... sin darle esperanzas: la esperanza ha muerto para los dos; eso nunca. Una palabra de simpatía, de cariño; una palabra de cariño puede mucho. ¡Ea!... ¿por qué vacilo?... No parece sino que voy á cometer un crimen... ¡Me he vuelto cobarde de veras! (Se sienta en la mesa.) «Sr. D. Juan de Vargas, mi distinguido amigo... (Escribiendo.) No, no es esto. Le quise, como él sabe que le quise, y le llamo ¡*mi distinguido amigo*! (Rompe el papel.) Esto es ridículo. (Pensando lo que va á escribir.) «Mi simpático amigo»... ¡*Simpático*! ¿Dónde habré encontrado yo esta palabra? «Amigo Vargas, venga usted esta noche, tenemos que hablar.» Pero no vendrá, y aunque viniera no podríamos hablar á solas, y si hablásemos á solas... no podría mostrarme tan cariñosa como escribiendo. No es esto; no encuentro la idea, ni encuentro el modo de expresarla. ¡Oh

miserable de mí, que estoy regateando palabras cuando se trata de su vida! ¡Qué egoísta y qué cobarde! Él no sería así: honra, existencia, todo le parecería nada para salvar á su Teresina Hable el corazón y empiezo sin nombrarle para no tener que decir, *vida mía.* «Lo sé todo»: así, así debo empezar. «Sé que te bates mañana con Nebreda. Aseguraste que no vendrías esta »noche... y yo no puedo estar así. No te digo, *renun»cia á ese duelo*, porque sé que no renunciarías y »tampoco quiero ponerte en ridículo. Pero, por Dios »santo, defiéndete bien; quiero que vivas, si no, me »muero yo. Eres valiente, eres diestro, defiéndete; »piensa en mí, piensa en María, piensa en las dos. »¡Por mí! ¡Por tu hija! Perdóname. ¡Adiós!...» Sin nombre y sin firma.. ¿Por qué no? Una T; no, Teresa; no, Teresina; así. (Buscando.) ¿Donde está?... no hay con qué secar la carta... Me ponen nerviosa estas pequeñeces, cuando se trata de algo tan grande... Escribiré el sobre mientras se seca. (Escribiendo el sobre.) Señor don Juan de Vargas: en propia mano: urgentísimo. Así; la llevará Luisa. (Deja el sobre, coge la carta, y mira á ver si se secó.)

ESCENA X

TERESA y EUGENIO

EUG. (Por el fondo: se acerca sin que le sienta.) ¡Teresina! (Abrazándola.)

TER. ¡Ah!... ¡Eugenio! (Se levanta rápidamente con la carta en la mano.)

EUG. ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Tienes la cara llena de lágrimas? ¿Por qué lloras tú, bien mío? ¿Quién te hizo llorar?

TER. ¡Eugenio!... ¡Dios mío!... ¡Dijiste que no vendrías!... ¡Por eso!... (Procurando dominarse.)

EUG. ¿Estabas escribiendo?

TER. (Viene al centro haciendo esfuerzos supremos por dominarse.) Sí: ya lo ves. (Mostrando la carta.) No se necesita hacer un gran esfuerzo para comprenderlo. Escribía... y esta es la carta.

EUG. ¿Á quién? (Sonriendo.)

TER. ¡Á mi modista! Ahí tienes.

EUG. ¿Y llorabas al escribir á tu modista? Eso queda para Remedios. (Riendo.) ¡No es verdad! ¿Á quién escribías? (Queriendo coger la carta.)

TER. (Retirándola con coquetería.) ¡Ah! no quiero que la veas. ¡Son secretos míos! ¿No me dejas tener *mis secretos*? ¿También te me has vuelto tirano?

EUG. Hoy empieza una nueva era: hoy todo: calavera, tirano y celoso.

TER ¡También celoso! ¡Eso merece un castigo! No, no leerás esta carta. (Tratando de romperla.)

EUG. (Siempre en broma, pero conteniéndola.) No: no romperás esa carta

TER. ¡Ah!.. ¡Todo en un día!... ¡Tirano, celoso, brutal!... ¡Maltrata á tu Teresina! ¡Pégame!... (Riendo y queriendo escapar de Eugenio que trata de sujetarla.) Mira que me haces daño... bromas aparte... me haces daño...

EUG. Pues no te haré daño, zalamera mía: y luégo besaré los cardenales que con mi férrea mano hice en tus muñequitas de algodón... pero quiero ver la cartita.

TER. ¿Para qué?

EUG. Para enterarme de esos secretos que te hacen llorar.

TER. Todos tenemos nuestros secretos: tú, los tuyos: yo, los míos. Tú, hoy mismo, te vas de casa sin verme y al parecer muy incomodado, y me dicen de parte tuya: «el señor que no volverá: que quizá no venga esta noche.» Bueno, dije yo: ya tenemos un marido trasnochador. ¿Tienes tú secretos? no te pregunto por ellos. Pero yo me reservo los míos: escribo cartas que me hacen llorar. ¡Ahí tienes!... Conque déjame.

EUG. ¡Ya!... ¡Es que los maridos son seres crueles, egoístas, brutales!

TER. Ea, no seas tonto y suéltame. No quiero que veas esta carta, ¿quieres que te lo diga más claro?

EUG. Pues yo quiero verla... y la veré. Me parece que no hablo obscuro.

TER. ¡Mira que se lo digo á papá! (Siempre en tono de broma; pero con angustia creciente.)

EUG. Pero tontina, si yo sé lo que dice esa carta.

TER. ¿Lo sabes?

EUG. Lo sospecho: no puede ser otra cosa.

TER. Pues entonces no hace falta que la veas.

EUG. Es para ver lo que dices: que debe ser muy sabroso.

TER. Vamos, Eugenio... de veras... mira que me enfado.

EUG. ¡Si yo estoy enfadadísimo! ¡Furioso! ¡Escena de melodrama! ¡El marido ultrajado sorprende á la esposa culpable escribiendo una carta amorosa! ¡Lucha terrible!... ¡Dame!... ¡No!... ¡Sí!... (Queriendo quitarla el papel.)

TER. ¡No!... ¡Nunca!... ¡Suelta!

EUG. Así: muy bien: sigue. El papel... ¡Ah!...

TER. ¡Eugenio!

EUG. ¡Admirable!... ¡Señora, esa carta!...

TER. ¡Por Dios, Eugenio!...

EUG ¡Prodigioso!... ¡La carta!... ¡Al fin!... ¡Al fin!... Ahora te dejas caer en esa butaca, diciendo: ¡Sea: lo confieso todo: mátame! (Teresina cae en la butaca y se cubre el rostro.) ¡Ni en el teatro!... ¡oh! ese detalle de cubrirte el rostro está muy bien. Yo entre tanto, pálido, furioso, estrujo el papel... pero no lo estrujo; y luégo lo extiendo... ó hago como que lo extiendo... y te miro trágicamente... y luego miro el papelito arrugado y desarrugado... y empiezo: (Leyendo.) «Lo sé todo.» Claro, lo que yo pensaba. «Sé que te bates mañana.» No, tontina, ha sido hoy. (Teresa levanta la cabeza y le mira. Todo esto queda encomendado á la actríz.) Fué ya y todo acabó: lo que yo anuncié: le dí un pinchazo sin consecuencias y fuera de combate. ¿Conque era por eso el llanto? ¿Creías que iban á matar á tu maridito?

¿Que yo me dejaba matar? ¿Que yo me resignaba á perderte?

TER. De modo... que... ¿fuiste tú... quien hirió al otro? ¡Ay, Eugenio, qué peso se me ha quitado de encima! (Se va incorporando y sonrie.)

EUG. ¿Pero por qué me escribías? ¿No ibas á verme esta tarde... esta noche?

TER. (Con precipitación.) No: me dijo Luisa que no volvías.

EUG. (Dándose un golpe en la frente.) ¡Es verdad! Había que preverlo todo. No era probable, pero no era imposible que me hiriesen; y por el pronto había que tranquilizarte y explicar mi ausencia: por eso te mandé un recado.

TER. Pues está explicada la carta... Si vieras qué intranquilidad... qué angustia... ¿y no querías que llorase?... Pero en fin... ya pasó... dame el *billete*... (Riendo. Quiere cogerlo: Eugenio lo retira.)

EUG. ¡Pobrecilla! ¡cuánto me quieres!... ¿Y á dónde ibas á mandarlo?

TER. Á casa de Monteverde: don Hilarión te vió entrar.

EUG. (Riendo.) Ingrata... ¡y por qué no ibas tú misma, vestida de blanco, con el pelo tendido, á precipitarte en mis brazos y á salvarme de la muerte!

TER. ¡Ponerte en ridiculo! ¡Eso no!... Ahí lo digo. (Repasando de memoria la carta.)

EUG. Á ver... á ver...

TER. Ya no: vamos, ya lo sabes todo. Dame...

EUG. ¡Darte mi tesoro! ¡mi gloria! ¡la prueba de tu amor! No: quiero saborearla, devorarla, comérmela á besos.

TER. (Con tristeza y repugnancia.) Eugenio, dame esa carta.

EUG. ¡Te da vergüenza!

TER. Sí: muy grande: créeme.

EUG. ¿Vergüenza de quererme mucho?

TER. No es eso. Tú eres digno... de mucho cariño... pero yo...

EUG. ¡Tantas ternezas me dices! ¡pues ya es fácil que yo deje de leerla!

TER. ¡Eugenio!...

EUG. ¡Oh... no... no... (Separándola: ella se deja caer de nuevo.) «Mañana con Nebreda. Aseguraste que no vendrías esta noche... y yo no puedo estar así.» ¡Ajajá! justamente. «No te digo renuncia á ese duelo, porque sé que no renunciarias y tampoco quiero ponerte en ridículo.» Por tí... renuncio no digo á ese duelo ¡al paraíso!

TER. ¡Ah!...

EUG. ¡Ridículo!... ¡Qué me importa á mí el ridículo!

TER. ¡Basta!

EUG. Déjame. «Pero por Dios santo, defiéndete bien: quiero que vivas: si no, me muero yo.» ¡Teresina!.. Con toda mi sangre, con toda mi vida, con toda mi alma... no te pago esta felicidad que me das. ¡Mira, estoy llorando como un niño!...

TER. No: no quiero ver tus lágrimas!... (Encogiéndose en el sofá.)

EUG. (Leyendo.) «Eres valiente, eres diestro, defiéndete: piensa en mí, piensa en María, piensa en las dos. ¡Por mí! ¡por tu hija!... Perdóname: adiós.» ¡Sí, por las dos! y viviendo para las dos, ¿quién me mata á mí?

TER. Lo malo que haya podido hacer en este mundo... ¡lo estoy pagando!... Porque he sufrido mucho...

EUG. ¡Ya pasó todo!... ¡ven á mis brazos!...

TER. No... Eugenio... no puedo más...

EUG. ¡A mis brazos!...

TER. ¡Por Dios!... retírate... viene gente.

ESCENA XI

TERESA, EUGENIO y DON PABLO

PABLO. ¿Qué ocurre?

EUG. ¿Qué ocurre? que su hija de usted es un ángel.

PABLO. Eso ya lo sabía yo.

EUG. ¡Pero un ángel del cielo!... ¡de los del cielo!... ¡ni más, ni menos!

PABLO. Hombre, no tanto.
EUG. Si usted no sabe...
TER. ¡Por Dios, Eugenio!. . (En voz baja.) Ya vienen todos... delante de ellos... no digas nada... te lo ruego... te lo mando...
EUG. El esclavo... obedece.

ESCENA XII

TERESA, EUGENIO, DON PABLO, REMEDIOS, DON HILARION y DON COSME

HIL. ¡Pero hoy no se come en esta casa!... ¡Soy eco de la opinión pública!
PABLO. Sí se come: traía el parte oficial... y se me olvidó. Conque á la mesa.
EUG. Marchemos todos y yo el primero... Perdonen ustedes: hoy seré el primero, con mi Teresina; (Dándolo el brazo.) no la cedo, ni á usted, papá suegro: usted con Remedios; ni á usted, don Cosme, ni á don Hilarión: ustedes pueden ir solemnemente y á la par. Hoy mi mujer es mía: seré el marido enamorado, el marido bonachón, el marido ridículo: ¡*ail right*! ¡en *avant*! ¡adelante! ¡Ya no me bastan todos los idiomas conocidos para expresar lo que siento! Lo que sentimos, ¿verdad? ¡sólo Dios lo sabe!
PABLO. ¡Qué buen chico!
REM. ¡Pobre chico!
HIL. ¡Qué loco!
COSME. ¡Qué cándido!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

EUGENIO, DON HILARIÓN, DON COSME, un CRIADO para cargar las pistolas. Los personajes están formando un grupo en la puerta del fondo, mirando hacia el parque y tirando al blanco.

EUG. (Se supone que acaba de hacer un disparo; tiene la pistola en la mano.) ¿Qué tal? ¡Otro blanco!

HIL. ¡Admirable! Y van nueve blancos. ¡Qué vista! ¡Qué pulso!

COSME. Para ganarme la apuesta le falta *uno:* dijimos *diez.* Tiene probabilidades de ganar; seguridad, no. Todavía un disparo, quizá pierda. ¿Le falta á un hombre sólo un día de existencia? Pues en ese día puede venírsele encima todo el armatoste de su imaginada felicidad.

HIL. El eterno pesimista.

EUG. Usted á sus filosofías y yo á mis blancos. (Tomando la pistola que le da el Criado.) Y esta vez sin apuntar; á la voz de mando.

HIL. Eso es demasiado, y además empieza á anochecer...

EUG. No importa; ya espero don Cosme.

COSME. Prepárese usted. Una... dos... tres... (Dispara.)

EUG. ¿Y ahora?

HIL. ¡Los diez blancos! Hombre de la desconfianza, de los negros augurios, de la eterna nota lúgubre... ha perdido usted. (Á don Cosme.)

COSME. He perdido. ¡Buen pulso! ¡Buena vista! Si para todas las cosas de la vida ve usted tan claro como para tirar al blanco... es usted un lince, querido Eugenio.

EUG. Dije diez, y ahora digo veinte. Cargue usted las pistolas. (Al Criado.)

ESCENA II

EUGENIO, DON HILARIÓN, DON COSME y DON PABLO.

PABLO. ¿Pero cuándo acaban ustedes? ¡Esto es un bombardeo! ¡Vaya unos postres deliciosos que has inventado! «¡Ahora verán ustedes la toma de Sebastopol!» (Como pregonando.) Pum... pum... pum... Las señoras no pueden más. Teresina á cada disparo da un salto.

EUG. ¡Ah! ¿Le molesta á Teresina? Entonces se acabó. Deje usted ahí las pistolas. (El Criado las pone en su caja y la coloca sobre la mesa de la derecha, pero á un lado.)

PABLO. ¿Pero qué ocurrencia ha sido la vuestra?

EUG. Don Cosme me preguntó con cierto retintín: «¿Está usted más tranquilo?» Suponiendo que el lance con Nebreda pudo alterar mi sistema nervioso... y me piqué; yo también tengo mi amor propio. Y agregó este diablo tentador: «no haría usted *diez* blancos seguidos como otras veces;» y yo repliqué: «los hago...» ¡y los hice!

PABLO. Un entretenimiento muy tonto; agujerear un cartoncito, derribar un muñeco, hacer que salga por escotillón una bandera ó un monigote. ¡Qué cosa tan ridícula! ¡y además, qué molesta! y sobre todo, ¡qué inútil!

COSME. No estoy conforme.

PABLO. Usted no está conforme con nada.

COSME. Porque todo el mundo desatina. Eso que usted encuentra ridículo es cosa muy seria, muy útil, muy fundamental; quizá la base de la sociología moderna.

PABLO. Pues no lo comprendo.

COSME. La vida en nuestro siglo, como la vida en todos los siglos, como la vida universal en el espacio y en el tiempo...

HIL. ¡Ya salió el espacio!... (Poniéndose delante de don Cosme á reir.)

EUG. ¡Y ya salió el tiempo!

COSME. (Separando á don Hilarión.) No se me ponga usted delante y déjeme espacio. No me interrumpa usted (Á Eugenio) y déjeme tiempo para explicarme. Decía que la vida es una eterna lucha. Vencen los fuertes y es de suma importancia ser fuerte, según aquella profunda sentencia de un gran ingenio: «entre ser cocinero ó ser pavo, vale más ser cocinero.» Ahora bien, las armas de otras edades fueron la honda, el arco, la flecha, la espada, la maza, el lanzón, la ballesta, el hacha, el mandoble...

EUG. Por Dios, don Cosme, eso es un catálogo de la Armería real.

COSME. Las armas de nuestra edad no son tan numerosas, pero son mucho más sutiles y no menos mortíferas: la *palabra*, la *pluma*, la *pistola* y el *florete*, ó la espada ó el sable. Sepa usted hablar diciendo cuatro desvergüenzas al lucero del alba, con cierta elocuencia: sepa usted escribir repitiendo en letras de molde esas cuatro mismas desvergüenzas y otras cuatro si fuere preciso, al propio lucero, en forma literaria; sepa usted sostener lo que ha dicho con una pistola ó una espada en la mano, con cierto decoro, y verá usted cómo se le abre camino en la apretada muchedumbre de los que, empujados por el destino, acuden hambrientos al mezquino, estrecho y mal servido banquete de la vida.

PABLO. Pero señor, ¿he de ir yo por esos mundos de Dios con

la pistola en la mano, pidiendo de comer? Entonces no seré un sociólogo, seré un bandido.

COSME. No señor, será usted una persona decente, respetable, respetada y pundonorosa.

EUG. Pues entonces yo debo ser muy respetable y muy respetado. ¡Un lance á las cinco, y á las siete, diez blancos! Me parece...

COSME. La ley dominante es la *fuerza:* y en el siglo XIX pueden ser símbolos eficaces de la fuerza el talento, el valor, la puntería acertada; pero su naturaleza de usted es, por decirlo así, de pastaflora ó de cabello de ángel, y esta bondad ingénita anula su ingénita energía. ¿Qué importa que usted pueda aplastar á su enemigo, si todo el mundo sabe que concluirá usted por darle la mano para que se levante? Usted podría infundir miedo; pero no lo infunde; ¡pues como si fuese usted un sér débil y miserable: nadie le temerá, nadie le respetará! Lleve usted á la guerra cañones formidables, provisto cada uno de un enorme blindaje delante de la boca, que detenga el proyectil, y me río de su artillería de usted.

EUG. ¡Fantasías fúnebres de don Cosme! Yo no necesito matar á nadie ni que nadie me tema. Con inspirar simpatía, amistad y algunas veces cariño, me basta. Yo no aspiro á ser el moderno Atila.

COSME. Ni lo será usted.

PABLO. Ni necesita serlo.

HIL. ¡Qué horror! ¡Atilas servidos á domicilio!

EUG. El ideal de don Cosme.

COSME. Bien está: respeto todos los gustos.

PABLO. Lo que yo veo que respetan ustedes demasiado es la soledad de aquellas señoras.

COSME. ¿Vamos allá, don Hilarión?

HIL. Vamos alla, don Cosme.

COSME. ¿Y ustedes? (Á Eugenio y don Pablo.)

PABLO. Yo me quedo reposando... y es posible que el reposo se convierta en sueño.

EUG. Y yo me quedo para velar su sueño.

COSME. De modo que usted no duerme... usted vela: bien hecho.

EUG. No encuentro ni la intención ni la gracia.

COSME. No puede usted encontrar lo que no existe. ¿Vamos allá? (A don Hilarión.)

HIL. Cuando usted guste.

COSME. (Desde la puerta.) Es usted, amigo Eugenio, el hombre más felíz que existe. Nació usted predestinado á la felicidad. (Sale.)

EUG. Y tú eres el sér más irresistible que existe. Naciste para dar tormento al género humano.

ESCENA III

DON PABLO y EUGENIO

Ha anochecido casi por completo: sólo se ve el jardín iluminado por la luna. En esta escena empieza á estar triste Eugenio.

PABLO. Vaya, que don Cosme con los años va siendo pesado.

EUG. Siempre lo fué don García... es decir, don Cosme.

PABLO. Sí; pero con los años la enfermedad toma caracteres agudos. ¡Qué posma! ¡Qué afectado! ¡Qué irresistible!

EUG. Pobre don Cosme. Dicen que su juventud fué muy triste y que después sufrió grandes desengaños.

PABLO. ¿Y quiere desengañarnos á todos? Cada cual que cargue con su fardo. ¡Pero señor, si nosotros somos felices, muy felices, espantosamente felices!...

EUG. ¡Usted lo ha dicho: espantosamente felices! Y causa espanto tanta felicidad. ¡Ahora mismo me parece que veo la copa llena... llena... tan llena, que rebosa!

PABLO Ya te contagiaste con don Cosme.

EUG. Creo que sí: me contagié.

PABLO. ¿Pero qué sientes?

EUG. No lo sé: nada: que se me oprime el corazón.

PABLO. ¿Por qué?

EUG. Ya lo dijo usted antes: porque somos demasiado felices.

PABLO. ¡Qué cosas imaginas! Y es la primera vez que te veo así. Ya no entra más en esta casa el don Cosme de mis pecados, si no entra repicando á gloria.

EUG. A veces don Cosme discurre bien. Oiga usted. Parece natural que á cada hombre le corresponda por término medio cierta cantidad de penas y cierta cantidad de alegrías: esto es matemático. Y penas y alegrías van alternando en la existencia: algo así como un rosario de cuentas blancas y negras, mezcladas: cálculo de probabilidades. Pero hasta la fecha yo no veo más que cuentas blancas en mi rosario. ¿Dónde están las negras?

PABLO. El diablo se las llevó para ponerlas en el rosario de don Cosme.

EUG. Más vale así. Y sin embargo, hoy mismo pudo caer en esta casa un buen puñado de bolas negras. ¡Mire usted que si Nebreda me acierta... y si tienen que decir á Teresina... Eugenio herido... muerto! ¡Pobre Teresina!... Me extremezco sólo al pensarlo.

PABLO. ¡Ya nos diste buen día! ¡Y Teresina pasó un rato, según me ha dicho!...

EUG. ¿Fué usted quien le dijo que yo tenía un duelo?

PABLO. No, Eugenio: yo... ni una palabra. Calla por Dios, aunque me hubiera vuelto loco. ¡Pobre hija mía!

EUG. ¿Pues quién le dió la noticia?

PABLO. Que sé yo. Sería don Cosme: de fijo. ¡Qué mayor felicidad para él que dar una mala noticia y demostrar que el mundo es un antro de dolores! Ó sería Remedios que se vuelve loca por demostrar que sabe todo lo que pasa. Ó sería don Hilarión, que es un pobrecillo muy imprudente. Nadie vino hoy más que esos tres: de modo que fué uno de ellos.

EUG. Sería don Cosme.

PABLO. Claro es.

EUG. No: don Cosme representa el papel de pesimista sin serlo; pero en el fondo es un buen señor. Sería Remedios.

PABLO. Puede ser.

EUG. ¡Y cómo me quiere Teresina!

PABLO. ¿Ahora te has enterado?

EUG. Ya lo sabía; pero su carta... ¡qué carta, don Pablo!... ¡escrita con el corazón!... ¡mi Teresina de mi vida! ¡Y qué extrañas son las mujeres nerviosas! ¡No quería hablarme del duelo ni darme la carta! ¡y la había escrito para mí! ¡Teresina de mi alma! (Sacando la carta y besándola.)

PABLO. ¡Hoy estás fuera de quicio! espadachín por la mañana: por la tarde loco de alegría: al anochecer tristón y melancólico; y ahora sentimental. Estoy seguro que tienes los ojos llenos de lágrimas.

EUG. No puede usted verlos, estamos á obscuras.

PABLO. Pero sé que á última hora te ha dado por estar profundamente conmovido. Porque oigo tu voz...

MARIA. (Entrando por la derecha.) Abuelito...

ESCENA IV

EUGENIO, DON PABLO y MARÍA

PABLO. Y oigo otra vocecilla...

MARIA. (Sin verle todavía porque está muy obscuro.) ¡Abuelito!...

PABLO. Aquí estoy: ven, picaruela, ¿qué quieres?

MARIA. Que quieren que me acueste... y no quiero acostarme.

PABLO. ¡Qué picardía! ¿Y quién te manda á la cama?

MARIA. Mamá: y yo no quiero ir hasta más tarde: hasta que enciendan luces: hasta que te acuestes tú.

PABLO. Tienes razón: cuando yo me acueste; ¡cómo se entiende, tratar de este modo á una personita como tú!

EUG. Perfectamente: el abuelo tiene tanto juicio como la nieta.

MARIA. Es hoy... nada más que hoy... un día.

PABLO. ¡Pobrecilla... si no es más que un día!

MARIA. Nada más. Esta vez nada más.

EUG. Pase por esta vez. Yo diré que te dejen.

MARIA. Pero mamá dice que no, y mamá manda más que tú.

Dilo tú, abuelo, á ti todos te obedecen: ¡como eres el *más mayor*!

EUG. ¿Y á mí no me obedecen?

MARIA Mamá, no. Claro.

EUG. Obscuro, digo yo. (Riendo.)

MARIA. Sí, muy obscuro: que traigan luces.

PABLO. No tengas cuidado: yo daré mis órdenes.

MARIA. ¿Y me quedaré levantada?

PABLO. Sí.

EUG. Ya te hemos dicho que sí.

MARIA. (Á don Pablo.) Pues trae luces.

PABLO. ¿Para qué quieres tú luces? mira qué claridad tan hermosa: luna llena.

MARIA. La luna no vale nada. Quiero el quinqué... allí... en la mesa.

PABLO. ¿Para qué?

MARIA. ¡Toma; para pintar!

PABLO. (Á Eugenio.) Dice bien. Es toda una artista. ¿No le has enseñado á papá los retratos que has hecho?

MARIA. Mamá me ha roto el más bonito.

PABLO. ¡Qué picardía! ¿Te ha roto el suyo?

MARIA. No: otro más bonito.

PABLO. ¿De quién era?

MARIA. De papá que iba de paseo con ese señor tan guapo... llevaban los dos el sombrero en la mano... así, como saludando... y los dos iban de bracete

EUG. Sería el de Juan.

MARIA. Eso... y con el sombrero en la mano... (Haciendo pucheros.)

PABLO. ¿Y por qué lo rompió?

MARIA. No sé: estaba de mal humor: me dió así... y me mandó á la cama...

EUG. Ya le reñiré yo á tu mamá. ¡Habrase visto!...

MARIA. ¿Y os pintaré otra vez?

EUG. Todas las veces que quieras.

MARIA. Mamá no quiere: por eso me echa cuando viene ese señor. ¿Te acuerdas? (Á don Pablo.)

PABLO. Sí me acuerdo. ¡Qué diablillo! (A Eugenio.

MARIA. Pues que traigan luces.

PABLO. Todavía no. Ahora vienes conmigo: yo le mando á tu madre que no te acueste, y si no me obedece mando que le acuesten á ella. (Llevándola.)

MARIA. ¡Eso... eso!... (Dando palmadas.) acostarla... le doy un beso... y le quitan la luz.

EUG. No seas vengativa... mira que eso es muy malo.

PABLO. Y si tu padre te riñe... también le acostamos á él.

MARIA. No... á papá le dejamos un ratito... para que hable con su amigo.

PABLO. ¡Qué chiquilla!... señor, ¡qué chiquilla!... ¡es un talento!... ¡vamos, que es un talento!...

ESCENA V

EUGENIO, tendido en el sofá: después REMEDIOS y DON HILARIÓN

EUG. ¡Muy lista!... sí... ¡es muy lista!... Y Teresina es demasiado severa con ella. Hoy está mala y nerviosa la pobre Teresina... y lo pagó la pobre María. ¡Romperle su dibujo! Es seguro que lloró el ángel mío. Las personas mayores, por buenas que sean, ¡y cuidado que Teresina es buena! son injustas con los niños. ¡Qué mal hacía la pobre criatura pintándonos á Juan y á mí de paseo y con los sombreros en la mano!... ¡ya me lo figuro! (Riendo.) ¡qué graciosa!... ¡qué graciosa! (Pausa.) ¿Vendrá Juan esta noche? ¿Me guardará rencor?... Pues si no viene, voy yo mismo á buscarle y le traigo... le traigo... y venimos... ¡juntos, de paseo y con el sombrero en la mano!... (Riendo.) ¡con el sombrero en la mano!... ¡qué monísima es!... (Repite maquinalmente.) Juntos... de paseo... ¡Ea! ya estoy yo como cuando se me prepara una buena jaqueca: cojo una idea y no la dejo: y doy vueltas alrededor de

ella como caballo de picadero que trota en la pista circular. Nada, se pone á vibrar el cerebro... llevando el compás á una frase.. ta... ta.. tatatá... ta... ta... tatatá... juntos.. los dos... y con .. Al diablo mi cabeza... no me libro de una jaqueca mayúscula. A ver si con la luz me despejo. (Toca el timbre.) Traiga usted luces. (A un Criado que se presenta. Se pasea nerviosamente.)

REM. No hay nadie.

HIL. Parece que no.

EUG. Sí señora: aquí me tiene usted.

HIL. Como está usted entre sombras no le veíamos. (El Criado entra con luces.)

EUG. Ahí... sobre la mesa. (Al Criado.) Pues ya me ven ustedes.

HIL. Conque amigo Eugenio...

EUG. ¿Qué?... ¿se va usted?...

REM. Y yo también: Teresina no se siente buena... y me voy para que descanse,

EUG. ¡Qué disparate! No lo consiento. Ni usted, amigo don Hilarión; ni usted, mi señora doña Remedios, nos dejan ustedes á esta hora... las ocho y media ó las nueve. De ningún modo: se cierran las fronteras: queda prohibida la exportación de amigas y de amigos. ¡No faltaba más!

HIL. Tengo que ver á Juan. Se marcha mañana y he de darle cuenta de un asunto... asunto de intereses... dinero que me pidió sobre Viena.

EUG. ¿Y dónde está Juan?

HIL. En casa de Monteverde... me citó á las nueve... y por eso...

EUG. Por eso va usted allá, coge usted á Juan y me lo trae usted.

HIL. Pero querido Eugenio...

EUG. ¡Silencio y obediencia!... Si no me promete usted con toda solemnidad volver dentro de media hora con Juan, no sale usted de esta casa.

HIL. ¿Pero y si Juan?...

EUG. Le dice usted que yo lo *mando*. Que me ha visto usted la cara y que estoy hecho una fiera. Ya verá usted cómo obedece. Quiero consagrar toda la noche, ¡sépanlo ustedes! á los dulces y sabrosos coloquios de la amistad.

REM. Ya no dice á la amistad y al amor: como está casado...

EUG. ¡Pues á la amistad y al amor! á pesar de estar casado. Conque don Hilarión, dentro de media hora, aquí con Juanito.

HIL. Yo volveré; pero si Vargas...

EUG. Dice usted que tengo que hablarle de cosas muy serias. La verdad es, que no tengo que hablarle de nada. Que le espero impaciente: eso sí que es verdad. Que me ha visto usted agitado, y nervioso, y caviloso y sombrío. Usted será responsable de todo si Juan no viene.

HIL. Pues vendrá. Adiós tirano de Siracusa, ó tirano de Pádua, ó tirano de los treinta tiranos. (Dirigiéndose al fondo.)

EUG. ¿Nada más que treinta?

HIL. (Deteniéndose pensativo.) Hombre... yo no sé .. yo siempre oí decir *treinta*.

EUG. Bueno: pues adiós.

HIL. Adiós.

ESCENA VI

EUGENIO y REMEDIOS

REM. ¿Y á mí no piensa usted darme libertad?

EUG. Ni pensarlo: siéntese aquí: á mi lado.

REM. (Sentándose.) Pero es que Teresina...

EUG. Pues precisamente, para que Teresina no se quede sola.

REM. Es que no está buena. Ella, como tiene tanto espíritu, procura disimular; pero á mí no me engaña. Á otros

podrá engañarles, á mí, no. Yo la conozco mucho; vaya si la conozco.

EUG. ¡Pobre Teresina! ¡Ella es incapáz de engañar á nadie! Está inquieta, nerviosa... naturalmente... por las emociones que hoy ha sufrido. ¿Y sabe usted quién tiene la culpa? Vamos á ver, ¿quién?

REM. ¿De que esté nerviosa? ¿Quién? Pues no lo sé.

EUG. Pues usted.

REM. ¡Yo! ¡Qué ocurrencia! ¿Y qué hizo esta pobre Remedios para destruir la dicha conyugal, siquiera por unas cuantas horas?

EUG. ¿No lo sabe usted? ¡Hipocritona! Venga usted acá. Queriéndome la pobre Teresina como me quiere... ¡eso bien lo sabe usted!... ¿No era motivo para que Teresina se volviese loca de dolor y de angustia, venir á decirle: «Tu marido se bate mañana con Nebreda?» Vamos á ver, ¿no era motivo?

REM ¡Ya lo creo! ¿Pero, quién se lo ha dicho? Yo pensé que nada supo, hasta que usted se presentó vencedor.

EUG. No finja usted. Lo supo. Y usted lo sabe porque usted fué quien se lo dijo.

REM. ¡Ave María purísima! ¡Qué idea!

EUG. Ya sé que su intención fué buena; pero hubo alguna ligereza, porque la pobre no podía evitar el duelo y era darle un mal rato.

REM. Formalmente, le digo á usted que por mí no supo nada.

EUG. (Bromeando.) Si no me enfado; si estoy dispuesto al perdón.

REM. ¡Qué perdón, ni qué niño muerto! Mire usted, yo no podía decirle que usted se batía, porque yo pensé que quien se batía era Juan.

EUG. Así empezó ese enredo; pero yo me crucé en el camino y corté el nudo

REM. Pues yo lo ignoraba. De modo, que lo que yo le dije, fué que mañana se batía Vargas con Nebreda. Aquí mismo, aquí; poco antes de que usted volviese: Var-

gas con Nebreda: ¿lo entiende usted? De usted, ni una palabra. Sí... que probablemente sería usted uno de los padrinos. Poco á poco... no me haga usted tan aturdida. (Pausa.) ¿Por qué me mira usted así?

EUG. No sé cómo la miro á usted; de una manera natural, seguramente. ¿De modo que usted no le dijo que yo tomaba parte en el duelo?

REM. No, Eugenio; no. Formalmente, no fuí yo. Esas cosas son muy serias.

EUG. ¡Pues ella lo sabía! ¡Vaya si lo sabía! (Maquinalmente lleva la mano á donde guarda la carta.)

REM. Pues lo sabría por otro conducto; por mí... ni soñarlo.

EUG. Bien está. Sería don Cosme, que siempre se goza en dar malas noticias. O don Hilarión, que habla sin saber lo que se dice. En fin, el que haya sido le ha dado á mi pobre Teresina un buen disgusto.

REM. Poco á poco. No acuse usted á personas... á personas que son tan inocentes como yo. Ni fué don Cosme, ni don Hilarión. *Me consta.*

EUG. ¡Le consta á usted! Ea, ya falló usted el pleito. ¡Me consta! ¡Usted qué sabe! (Con violencia.)

REM. ¡No lo toma usted muy á pecho! No creo que el asunto es para darle esa importancia.

EUG. Tiene usted razón. Es una tontería. Ya nada importa. Pero quisiera saber quién fué con el cuento á Teresina.

REM. Pues de don Cosme y de don Hilarión... no le quede á usted duda. Entramos casi al mismo tiempo. Y ellos creían, como yo, que quien se batía mañana era Vargas. Y los tres, en coro casi, se lo contamos y se lo cantamos á Teresina. Que por cierto se inmutó mucho; es natural... ¡tan buen amigo de la casa! De su duelo de usted... ni palabra.

EUG. Pero, ¿cómo es posible, Remedios?... ¡Compréndalo usted bien!... ¿Cómo es posible si ella estaba enterada de todo? (Cogiéndola la mano con familiaridad y luégo sacudiéndola con energía; los dos están sentados juntos.)

REM. Por Dios, Eugenio, ¿qué tiene usted?

EUG. Yo... yo... ¿qué tengo? ¿Qué quiere usted que tenga?... Nada... (Riendo forzadamente.)

REM. Pues hijo, me apretó usted la mano... y me sacudió usted el brazo de un modo... ¡Vaya!... ¡Á poco más!...

EUG. (Dominándose y fingiendo broma.) Venga la mano... como amigos... á estilo francés... (Besando la mano.) Ya está curado el apretoncillo. ¿Me guarda usted rencor? Yo soy muy expansivo... y muy vehemente... y hoy me siento nervioso...

REM. Ya lo veo; pobre Teresina... ¡si alguna vez se incomoda usted con ella!...

EUG. ¿Con ella?... ¡Nunca!... ¡Pobrecilla!... (Con ternura.) No es tan fuerte como usted.

REM. (Riendo.) Sí, pero yo no soy su mujer de usted; conque cuidadito con los arranques de vehemencia.

EUG. Es que cuando me contrarían en una cosa, de la cual estoy seguro, no puedo contenerme.. Y como yo sé... que alguien le dió á Teresina la noticia de mi duelo...

REM. ¡Otra vez!... Eso ya es monomanía.

EUG. Entonces fué alguna carta... algún anónimo... hay gente que se goza en atormentar al prójimo. Pronto lo sabremos. (Toca el timbre.)

REM. ¿A quién llama usted?... ¿Qué tiene usted?... ¡Pero qué le pasa á este hombre! (Aparece un Criado.)

EUG. ¿Esta tarde recibió la señora alguna visita?

CRIADO. Sí señor.

EUG. (Volviéndose á Remedios.) ¡Ah!... ¿lo vé usted?

CRIADO. Recibió á la señora... (Señalando á Remedios.) á don Cosme... á don Hilarión...

EUG. No, después: ha de ser después: después de recibir á estos señores... porque cuando habló con ustedes no sabía nada. (Volviéndose á Remedios.)

CRIADO. Después, no señor.

EUG. ¿Y no recibió tampoco ninguna carta?

CRIADO. Tampoco hubo carta.

EUG. ¿Está usted seguro?

CRIADO. Sí señor: en toda la tarde... no he dejado...

EUG. Basta: no se enteran ustedes de nada. Retírese usted. (El Criado sale.)

REM. Pero Eugenio, ¡por Dios!

EUG. (Riendo nerviosamente) Nò: si ya es terquedad: no vale la pena; pero quiero averiguarlo. Ya ve usted, qué importancia he de dar yo á esto... ninguna. Pero he de saber quién fué. ¡Un problema! ¡un acertijo!... pero los problemas y los acertijos excitan mi curiosidad como usted no puede figurarse. (Se pasea nervioso.)

ESCENA VII

EUGENIO, REMEDIOS y DON COSME

COSME. Teresina no quiere que se marche usted todavia y me ordenó que si la encontraba á usted, la llevase allá dentro.

REM. Eugenio me retuvo prisionera. Y aquí me encuentra usted... metida en su propia jáula. (Señalando á Eugenio.) Y sépalo usted: á poco más me devora.

COSME. Bocado apetitoso para un animal de presa... racional ó irracional.

REM. Mírele usted. (Eugenio sigue paseando.)

COSME. ¿Pero qué tiene?

EUG. (Se para de pronto delante de don Cosme.) ¿Le dijo usted esta tarde á Teresina que yo iba á batirme con Nebreda?

COSME. ¿Yo? ¡por Dios! no lo sabía y aun sabiéndolo... no soy tan imprudente.

EUG. ¿De modo que usted?...

COSME. Le digo á usted que lo ignoraba. Yo pensé que el duelista era Vargas. Eso creímos todos. Es decir, Remedios, Hilarión y yo, y así se lo dijimos á su señora de usted. ¿No es verdad?

REM. ¿Lo oye usted?

EUG. ¡Ya!... ¡esto es!... ¡qué tontería!... lo supo antes de que ustedes llegasen.

REM. No señor; ni palabra... porque dígame usted, criatura... ¿á qué disimular con nosotros?

EUG. ¿Por qué se disimula? por disimular.

COSME. ¿Con nosotros? Le digo á usted que no tenía la menor noticia.

REM. Usted salió poco antes de que nosotros llegásemos: si Teresina hubiese sospechado algo, le hubiera hablado á usted.

EUG. Pues díganme ustedes, ¿quién fué el delator? ¡porque hubo un delator!

REM. Algún diablillo travieso.

EUG. Pues he de averiguarlo: á ese diablillo tengo yo que arrancarle del infierno: preguntaré á todo bicho viviente. Porque ella... lo sabía... lo supo... ¡es claro! ¿comprenden ustedes? ¡Sobre esto no hay duda ni discusión! ¡Ni ustedes, ni el mundo entero que se empeñase en negarlo, me convencería! Hay cosas que son evidentes... ¿no tengo yo la prueba? (Golpeando el sitio de la carta.) ¿No la tengo?... ¡pues entonces!...

REM. La... ¿qué? ¿la prueba?

EUG. La evidencia.

COSME. Pero no se ponga usted de ese modo; pregúnteselo usted á Teresina.

EUG. Á Teresina... es verdad... pero cuando me dé por vencido. . Además, hoy no quiero recordarle nada que tenga relación con ese desdichado lance: está delicada: está nerviosa. Para averiguar lo que hay de cierto en este enredijo... yo solo basto.

REM. (Riendo.) Por Dios, Eugenio, parece usted un marido celoso, que va tras el rastro de un amante y que olfatea una traición.

COSME. Si no supiéramos de lo que se trata, al verle á usted pálido, agitado, anhelante .. creeríamos que es usted un nuevo Otelo.

EUG. ¿Conque Otelo? Sí: ya sé que todo esto es soberana-

mente ridículo: si yo soy el primero que me río de mí mismo: me río más que ustedes. Pero es que lo he tomado á empeño: es mi carácter. ¿Hay un problema? á resolverlo. ¿Hay una dificultad? á superarla. ¿Hay un misterio? á desgarrarlo. ¿Hay un obstáculo? con él á tierra. ¿Eh? ¡qué diablo de carácter! ¿verdad? Creían ustedes que yo era un Eugenio acaramelado: pastaflora: cabello de ángel. Pues ya me ven ustedes hecho un hombre: es decir, un mentecato. Todo hombre lo es: ¿no es cierto, don Cosme? ¡Já, já, já!... ¡Qué simplezas digo! Y siempre fuí así: cuando estudiaba y no podía resolver un problema... ¡qué ira! ¡qué desesperación! ¡me volvía loco! ¡tiraba el libro y lo pisoteaba! ¡Luégo lo estrujaba entre mis manos, como si fuese un limón, para esprimirle el jugo! Pues ahora... es lo mismo: tengo un problema entre mis manos y voy á estrujar á todos los de casa para que por entre los dedos escurra la verdad, toda la verdad. ¡Conque á reir! ¡rían ustedes como yo! ¡Ea! ¡á la tortura todos los autores, cómplices y encubridores... del misterio! (*Sale riendo convulsivamente.*)

ESCENA VIII

REMEDIOS y DON COSME

REM. ¿Qué me dice usted? ¿Qué tiene este hombre? Aquí hay algo.

COSME. No señora. Locuras de un hombre de mucha imaginación, muy excitable... que ha tenido un lance muy serio; que después ha tenido que sufrir el llanto de su mujer, las impertinencias de la niña y los reproches de don Pablo ¡Ps! .. y ahora por una pequeñéz rompe el depósito de flúido nervioso almacenado durante todo el día. Ahí tiene usted la explicación.

REM. Eso será; pero me extraña lo que dice. Que Teresina

supo que él... el mismo Eugenio... era precisamente...

COSME. ¿Es que nosotros también vamos á perder la cabeza por averiguarlo ó por no poder averiguarlo?

REM. Un loco hace ciento. Y esta noche... le digo á usted... que Eugenio está loco.

COSME. Á mí siempre me ha parecido un loco razonable, un demente juicioso, un hombre con mucha imaginación y poco lastre. La cabeza se le llena de viento, sube á los espacios y allá queda á merced de la primera ráfaga.

REM. Pero siempre fué muy pacífico... y hoy... ¡si viera usted cómo me apretó la mano!...

COSME. Pues hoy tuvo el primer acceso de furia: alguna vez había de empezar.

REM. ¡Por una tontería!

COSME. Pues si no fuese por una tontería, ¿qué tendría de maravilloso que se sobrexcitase de tal modo?

REM. (Riendo.) Ahora estará preguntando á todo el mundo. Á todos, menos á su mujer. Fíese usted de las apariencias. Cualquiera que le viese en esa faena inquisitorial, creería que se trataba de un caso de traición y celos... y después de todo... no es nada.

COSME. Pues así es el mundo, amiga mía No puede uno fiarse de nada ni de nadie: ni de las apariencias ni de las realidades. Otros creerían que son celos: nosotros creemos que no lo son: vaya usted á saber la verdad. ¡Quién puede adivinar lo que habrá en el fondo! Yo no sé nada, ni entiendo nada, ni veo nunca claro. Á cada paso que doy me pregunto: «¿Será ahora cuando voy á dar en el abismo?»

REM. ¡Ea! ya se lanzó usted á sus filosofías. Y la culpa esta vez la tengo yo, que le dí cuerda. (Riendo.)

COSME. No era preciso. ¿Ha visto usted, amiga Remedios, esos relojes á los cuales no se les da cuerda nunca y siempre andan?

REM. Sí, porque al abrirlos y al cerrarlos para ver la hora,

se les da cuerda, sin notarlo, por el movimiento de la tapa.

COSME. Precisamente. Pues así soy yo. Todo el mundo me da cuerda sin notarlo.

REM. Justo: y así siempre da usted la hora... pero la hora de la agonía.

COSME. Es la única que da la miserable máquina de mi cerebro.

REM. Calle usted, que viene Eugenio.

COSME. Viene leyendo algo.

REM. Sí... algo... así como una carta.

ESCENA IX

EUGENIO, REMEDIOS y DON COSME

EUG. (Despacio y leyendo.) «Por mí, por María, defiéndete bien.»

REM. ¿Pareció ya?

EUG. (Como despertando de un sueño levanta la cabeza: después guarda bruscamente la carta.) ¿El qué?

REM. La carta en que han avisado á Teresina lo del duelo.

EUG. (Friamente.) No.

REM. ¿Pues eso que usted leía?. .

EUG. No: esto es otra cosa.

COSME. ¿Y no ha logrado usted averiguar nada?

EUG. Nada: y ya me pasó la curiosidad, ¡cómo se habrán ustedes reído de mí! ¡Qué idea tan simple! ¿verdad? ¡Preocuparme por una bagatela!

REM. Eso no, Eugenio. Yo me explico perfectamente su preocupación de usted. Á mí me hubiera sucedido lo mismo, ¡como soy tan impresionable!

EUG. ¡Confiesen ustedes que me he puesto en ridículo! en ridículo de cuerpo entero.

COSME. ¿Pero usted ha preguntado?...

EUG. Ya lo creo; pero... ni una palabra. Nadie ha dicho

nada: nadie á visto á nadie: no hubo carta: no hubo aviso. ¡Un escamoteo perfecto! ¡Es graciosísimo! ¡Miren ustedes, ahora me hace gracia! (Riendo.) En fin, la cosa no tiene importancia. Lo que ahora me preocupa es que me empieza una jaqueca de todos los diablos. (Dejándose caer en un sofá y oprimiéndose la cabeza.) Mañana se lo preguntaré á Teresina: ¡y cómo nos reíremos! ¡Yo me río de antemano!

REM. ¿Pues por qué se queda usted así? ¡Con la vista fija en el suelo, como si quisiera usted fotografiar el pavimento!

EUG. ¡La cabeza!... ¡la cabeza!... ¡siento aquí un martilleo!... y voy hablando sólo por los pasillos... ¡Los dos juntos!... ¡los dos juntos!... ¡no lo sabía!.... ¡no!... ¡pum!... ¡pum!... ¡pum!

REM. (Á Cosme.) ¿Pero qué dice?

EUG. ¿Qué sé yo lo que digo?... Alguna frase que habré oído y que se me habrá quedado enredada en las celdillas cerebrales, como diría usted. (A don Cosme.) Figúrense ustedes que unos chicos juegan en el campo con una pandereta: que la tiran al aire: que se engancha en la rama de un arbol, y que allá se queda. Pues viene la noche, sopla un viento fuerte... ¡y chás!... ¡chás!... ¡chás!... la pandereta que suena... Así suenan aqui dentro frases inconexas que se me enredaron hace rato en algún nervio. Ya ven ustedes qué cosa tan sencilla.

COSME. Pues para la jaqueca, el reposo.

EUG. Es el único remedio.

REM. Para cuyo remedio... Remedios sobra... y se va.

EUG. En todo caso, con Teresina. Á casa no lo consiento.

REM. ¿Vamos allá un rato? (A don Cosme.) (Yo quiero ver en qué para esto.) (Aparte.)

COSME. Como usted guste.

REM. De uno á otro enfermo.

COSME. Del esposo á la esposa.

REM. Seremos dos hermanas de la caridad.

COSME. Usted lo será: en cuanto á mí, me parece difícil.

REM. La caridad no tiene sexo. (Dirigiéndose á la puerta.)

COSME. La caridad... tiene nombre de mujer. (Con galantería.)

REM. ¡Don Cosme!... ¿usted dice esas cosas? ¡usted se va á morir!

COSME. Me parece que se queda dormido. (Siguiendo á Remedios.)

MARIA. (Entra de puntillas.) ¿Y papá?

REM. Allí le tienes; pero no metas ruido. ¡Quiere dormir! (María se acerca con cuidado.)

COSME. ¡Buen remedio para la jaqueca! ¡Los chiquillos! Otra armonía más de la naturaleza: una jaqueca con un chiquillo... y el cráneo se abre lo mismo que una granada madura.

REM. ¡Qué don Cosme!

ESCENA X

EUGENIO y MARÍA

EUG. Don Cosme cree que yo soy un loco y tiene razón. Pasan años y años y me porto como una persona formal. No hay que fiarse: es que la enfermedad se halla en estado de incubación. Pero de pronto estalla. Y ya estoy en el momento del estallido.

MARIA. (Acercándose.) No: no duerme.

EUG. ¡Si cierro los ojos veo cosas tan extrañas! ¡tan grotescas! Al principio grotescas .. luégo horribles. ¿Por qué son horribles? No lo sé; pero lo son.

MARIA. ¿Has despertado, papá?

EUG. ¿Quién es?

MARIA. No te enfades.

EUG. ¡Ah! ¿eres tú, pichona mía? Ven, ven acá: ven conmigo. Mírame. ¡Qué ojos tan dulces, tan puros! La vida no ha tenido tiempo de empañarlos. Dame tus manitas: ¡qué frescas! ¡qué suaves! ponme tus manitas en la frente.

MARIA. ¡Qué calor tienes!
EUG. ¿Verdad que sí?
MARIA. Deja... deja... (Separando las manos.)
EUG. ¿No quieres refrescarme la frente?
MARIA. Es que estuve pintando en el cuarto del abuelito y las tengo manchadas de tinta y voy á mancharte.
EUG. ¿Tan chiquitilla y ya manchan tus manos?
MARIA. Luégo me restregaré con limón... con limón agrio.
EUG. Dame que las bese.
MARIA. ¿Y si te dejo tinta en los labios?
EUG. Me limpiaré con limón.
MARIA. ¿No te digo que es muy agrio?... te picarán los labios... te dolerán...
EUG. ¿Y tú no quieres que me duelan?
MARIA. ¡No! para los labios de papá... limón, no... caramelos de los que me da tu amiguito.
EUG. ¿De veras?
MARIA. ¿Por qué me aprietas?... me hacen daño tus manos.
EUG. ¡Pobrecilla!... Fué sin querer: pensé que te caías: que nos caíamos los dos y te sujeté... y me agarré á tí.
MARIA. Caernos los dos... los dos juntos... ¡qué juego tan bonito! (Echándose al suelo.)
EUG. ¿Por qué te separas de mí?
MARIA. Porque quiero una cosa.
EUG. ¿Qué quieres?
MARIA. Ya lo sabes.
EUG. ¡No: de veras no lo sé!
MARIA. Mira. (Señalando las luces.)
EUG. ¿Qué?
MARIA. Que ya trajeron luces.
EUG. Bueno.
MARIA. He visto á don Cosme...
EUG. ¿Y qué?
MARIA. Que está muy feo... y quiero hacer su retrato... no me falta más que ese... y ya tengo manchadas las manos... ya, ¿qué importa?
EUG. Como tú quieras.

MARIA. ¿Puedo ir á la mesa?

EUG. Sí: y entre tanto yo descansaré.

MARIA. ¡Qué gusto!... (Corre á la mesa y empieza á buscar.) ¡Pues no puedo hacer nada: qué lástima!

EUG. ¿Por qué, vida mía?

MARIA. Porque no tengo papel.

EUG. Busca bien. Debes encontrar papel en la mesa.

MARIA. No hay más que este... (Coge el sobre que olvidó su madre.)

EUG. Pues ese.

MARIA. ¿Y si acaso sirve?

EUG. No, hija mía: no sirve.

MARIA. ¿Y si me riñe mamá? ¿y si me riñes tú?

EUG. No te reñiremos.

MARIA. ¡No me fío!... ¡no me fío!... ¿Á ver si sirve? (Acercándose á su padre con el sobre.)

EUG. No: es un sobre.

MARIA. Pero está escrito.

EUG. ¡Qué importa!

MARIA. Y no está roto. Míralo... á ver si sirve.

EUG. Bueno... como quieras... dame... (Leyendo.) «En propia mano...» «Urgentísimo...» «Señor don Juan de Vargas...» ¡Vargas!... ¡Letra de Teresina!... ¡Urgentísimo!... ¿Dónde estaba?... ¿dónde?... (María retrocede con espanto.) ¡Á responder!... ¡á responder!... ¿dónde?

MARIA. Aquí... (Ya junto á la mesa.)

EUG. ¡Ahí!.. ¡sobre la mesa!... ¿Y por qué lo ha escrito?... ¿por qué? ¿Lo sabes tú?

MARIA. ¡Yo no sé nada!...

EUG. ¡No sabes nada!... ¡Si yo te cojo entre mis manos, verás cómo sabes!...

MARIA. ¿Ves como servía?... (Llorando y escapando hacia la puerta.)

EUG. ¡Vete!... ¡vete!... ¡no quiero verte!... ¡no quiero ver á nadie!...

MARIA. Ya me voy... pero le diré á mamá que me has pegado...

EUG. ¡Vete!...

MARIA. ¡Dios mío!... (Sale.)

ESCENA XI

EUGENIO

«En propia mano...» «Urgentísimo.. » «Señor don Juan de Vargas...» En esto no hay duda... y letra de Teresina... ¡Vamos, calma! ¡mucha calma! (Pausa.) Ya voy viendo claro... pero al pronto... sentí una ola de sangre... inmensa... sin fin... que de golpe me subía á la cabeza... y que se derramaba en espumas rojizas por los ojos... y todo... todo rojizo... hasta María: ¡pobre María! ¡huyó espantada!... dijo ¡que yo la pegué!... creo que no... ¡Jesús... pegar á un niño!... yo todavía no soy tan malo... pegar á un niño... á mi hija... no... á los niños no... á ningún niño... Ahora á discurrir tranquilamente: necesito saber muchas cosas: ¡si fuera una! ¡pero son muchas! y se mezclan, y se enlazan, y se enredan y se retuercen como manojo de víboras. ¡Vaya usted á decir á las víboras que no formen nudos y marañas y pelotones de cabezas aplastadas y de cuerpos fríos... que resbalan... y se deslizan... ¡no!... ¡no!... (Extremeciéndose.) ¡esto no!... ¡Estoy pensando en tonterías y no pienso en lo que debo pensar!... Es que el abismo... el abismo... sé que está muy cerca... y no quiero acercarme... cuanto más tarde, mejor... ¡Ah! mi cabeza... mi cabeza... ¡unas veces es plomo! ¡otras veces es fuego! ¡otras veces es cieno!... ¡Ah!... ¡tener el cerebro repleto y rebosando de ideas tan asquerosas!... No... no .. fuera... fuera... calma... mucha calma... (Se pasea agitado haciendo el ademán de desechar ideas.) ¿Qué? ¿no soy hombre? ¿Soy un cobarde? ¿una mujerzuela?... ¿un ente ridículo?... ¡De frente!... en este mundo, el hombre honrado mira de frente: de frente al leal: de frente al traidor: de frente al mal y al bien... ¡y á Satanás! ¡y á Dios!... ¡Ea! á pensar en ello... (Saca la

carta.) ¿Este sobre... este sobre... este sobre... fué para esta carta?... Ya está dicho: ya está preguntado. ¡Imposible! ¡es Teresina!... No es imposible: cuando hay un sér *tan miserable como yo* que piensa estas infamias... puede haber una mujer miserable que las ejecute. ¡Ah! ¡Ah! Lleve usted podredumbre en el cerebro, que ya escurrirá en el corazón. Pero también puede ser que yo esté loco y esto sería lo mejor ¡De todas maneras no hay que ofuscarse! (Metiendo la carta en el sobre,) ¡Qué bien ajusta! ¡como anillo en dedo de desposada! ¡Já, já! ¡Como una infamia en una traición! ¡Ahora... cerrándolo... como si fuera para Juan! (Lo cierra.) ¡Si esto fuese una insensatéz mía! ¡Qué profanación tan horrible; ¡merecía .. que fuese verdad! pero si es verdad, ¿qué merecen ellos por viles y qué merezco yo por imbécil, y qué merece el universo por criar seres como nosotros?... ¡Ah!... ¡ya vienen!... voluntad, á fingir... corazón, muestra una vez en la vida que eres el corazón de un hombre... que sabes mentir... ¡Carcajadas del ridículo, á ver si resonáis bien en mi garganta!... ¡Já, já, já!... ¡Asi, así... já, já, já!

ESCENA XII

EUGENIO, JUAN y DON HILARIÓN.

HIL. He cumplido mi palabra; aquí estamos los dos.

JUAN. ¡Qué alegre te encuentro!...

EUG. ¡Ah, traidorzuelo!... Ven acá. (Jadeante.)

JUAN. ¿Qué dices, Eugenio? ¿Yo traidor? ¿por qué?

EUG. ¿Le vé usted? (A don Hilarión.) ¡Ya se inmuta! ¡cómo tendrá la conciencia!

JUAN. Estás de broma

EUG. (Riendo.) ¡Ya se asusta! Don Hilarión, mil gracias; volvió usted y me trajo usted el reo. ¡Es usted un héroe! Ahora, si quisiese usted hacer compañía á la pobre

Teresina que está muy triste... allá dentro les encontraría usted á todos reunidos.

HIL. Pues hago entrega formal de Vargas... y allá voy.

EUG. Dentro de cinco minutos vamos nosotros... y hemos de reirnos muchísimo... como yo me reía cuando ustedes llegaron... la niña... mi hija... quiere retratar á don Cosme... ¡porque dice que es muy feo!... ¡Já .. já... já!... ¡Ea, prepare usted todas sus alegrías!

HIL. Qué buen humor tiene siempre Eugenio. Hasta luégo.

EUG. Hasta pronto.

ESCENA XIII

EUGENIO y JUAN.

JUAN. ¿Qué es lo que tienes que decirme con tanto misterio y con tanta premura?

EUG. ¿Yo? Nada. Como no vienes sino cuando te hago venir... te hice venir. Y para que nos quedásemos solos despaché á don Hilarión.

JUAN. ¿Y para qué? ¿Para qué hemos de estar solos?

EUG. ¡Ingrato!... ¿para qué?... Para charlar contigo. Ya no eres el de otros tiempos. Has variado mucho.

JUAN. Aunque no lo parezca, te quiero, Eugenio, y muy de veras. Así es la naturaleza humana.

EUG. ¡Ya lo creo!. . Es decir, quiero creerlo. Venga acá... (Llevándolo al sofá: se sientan los dos y le tiende la mano.) ¡Si vieras tú qué placer me inunda cuando estrecho la mano de un buen amigo!

JUAN. Vamos... ya me tranquilizo: me aseguró don Hilarión que estabas furioso.

EUG. Fué para embromarte. ¿Yo furioso?... ¿Me has visto tú nunca furioso?

JUAN. Nunca: es verdad.

EUG. Si yo soy un pobre diablo: ¡tan pacífico! ¡tan bonachón! ¡yo mismo me compadezco! ¿Eugenio furioso? ¡Sería cosa curiosísima! ¿Eugenio furioso?... ¡Venga la mano, que voy á triturarla entre las mías!

JUAN. ¡Diablo!... ¡No has perdido fuerza!... Vamos... suelta.

EUG. ¿Me guardas rencor?

JUAN. ¿Por lo del duelo?

EUG. Sí.

JUAN. No: me dejaste á Nebreda en disposición de manejar la espada dentro de unos días, y ya me entenderé con él cuando esté bueno. Sin embargo, confiesa que había motivos para que me incomodase contigo.

EUG. Pues no lo confieso: yo no confieso nada. ¿Quién es en este mundo tan necio que confiese cosa alguna? ¿Confesarías tú?

JUAN. Yo no tengo nada que confesar.

EUG. Todo el mundo tiene algo que confesar: tú, el motivo de tus tristezas; yo, el motivo de mis alegrías... Alegrías... siempre... menos hoy. Hoy he pasado un mal rato.

JUAN. ¿Por qué?

EUG. Por Teresina: lo supo todo. No sé quién trajo la noticia... y como me quiere tanto... porque me quiere mucho.

JUAN. Seguramente...

EUG. ¡Lo que ha llorado! ¡lo que ha gemido! ¡qué ataque de nervios! ya puedes figurarte qué rato habrá pasado.

JUAN. Ya me lo figuro.

EUG. Es mucha vida esta. Uno tan contento... ¡y de pronto se desploma el Universo sobre el corazón! ¡Ya ves tú, el Universo tan grande y el corazón tan pequeño! ¿Cómo puede resistir? (Riendo.) ¡Pues resiste! ¡no mucho tiempo; pero resiste!... ¡Y aún parece que va á coger á esa mole que le aplasta, y á estrellarla... (Riendo.) qué sé yo contra qué!... ¡Figúrate tú contra qué vamos á estrellar al Universo!... En fin, ya pasó todo.

JUAN. ¡Pobre Teresina!

EUG. Según dice, su primer impulso fué ir á buscarme; pero comprendió que sería inútil y que me pondría en ridículo. ¡Oh! la que verdaderamente ama no

quiere ver en ridículo al hombre... á quien ama. ¡Ella, aunque parece muy niña, tiene mucho carácter y mucho valor!... ¿No es cierto?

JUAN. ¡Quién lo duda!

EUG. Así es, que se quedó en casa: llorando; pero se quedó en casa. Y lo único que hizo fué escribirte, suponiendo que tú serías mi padrino. (Como fingiendo indiferencia.)

JUAN. ¿Á mí?... ¿me escribió?

EUG. Sí: ya lo creo. Sin duda te decía que me cuidases mucho, (Riendo.) que velases por mí, que si era posible evitases el duelo... yo no llegué á leer la carta; pero esto fué lo que ella me dijo cuando la encontré escribiéndote. ¡Pobre Teresina!

JUAN. Pues no he recibido la carta.

EUG. ¡Qué habías de recibirla, si no llegó á enviártela. La tenía ya escrita y con el sobre puesto cuando me presenté yo vencedor: ¡entonces, abrazos, lágrimas, dulces quejas. . *post nubila febus*!...

JUAN. ¿Y esa carta .. dices que no me la envió?

EUG. No; ¿para qué?

JUAN. ¿Y dónde está? (Sin poder contenerse.) Aunque ya, dices bien... ¿qué importa?

EUG. Por ahí, por la mesa debe haber quedado. (Tendiéndose en el sofá.)

JUAN. (Sin poder dominarse del todo se acerca y busca. Eugenio, medio incorporándose, le observa como el tigre á su presa. Todo esto queda encomendado al actor.) No está... pues no está.

EUG. Sí, hombre... busca bien .. La dejamos ahí... ahí encima... con la emoción, y la alegría y el llanto... ni nos acordamos de semejante papel.

JUAN. Pues no la encuentro. Nada... que no la encuentro.

EUG. (Acercándose.) ¡Qué torpe eres! ¡Vamos á ver!... Si estaba aquí mismo... Esa María.. lo revuelve todo... con su afán de pintar monigotes... parece de raza de artistas... Pues tienes razón, no está. Á no ser... que

yo distraído la guardase... (Buscando en los bolsillos.)

JUAN. Á ver... mira por si acaso ..

EUG. No... no es esto .. tampoco... (Sacando papeles.) si digo que quedó sobre la mesa .. nada, que no la tengo... ¡Ah!... ¡sí!... espera... «En propia mano: urgente.» (Leyendo el sobre.) «Señor don Juan...» Aquí está. . ya pareció... qué cabeza .. mira, y el sobre cerrado; yo merecía ser Administrador de Correos. ¡Respeto la inviolabilidad de la correspondencia pública y privada! (Dándolo la carta.)

JUAN. Tú, querido Eugenio, tienes todas las virtudes.

EUG. Todas... paciencia, justicia, fortaleza y templanza... ¿no son éstas? No estoy muy seguro; pero deben ser éstas.

JUAN. Esas serán. (Haciendo un movimiento para guardarla.)

EUG. No; puedes leerla.

JUAN. Ya me has dicho tú el objeto.

EUG. No importa... á ver en qué términos te ruega que salves mi vida; debe ser muy conmovedora... hablar de mí... mi Teresina...

JUAN. Si te empeñas... (Abre y lee; Eugenio lo observa.)

EUG. ¿No lo decía yo? ¡Conmovedora!... La prueba es que te conmueves. Te coge de sorpresa...

JUAN. No; ya me explicaste el objeto... ¡Pero escribe tan bien!. . ¡con tanto corazón!... ¡es un ángel!... ¡Pobre Teresina!...

EUG. ¿Qué dice? Vamos á ver. ¿Qué dice?...

JUAN. Lo que tú me anunciaste. ¡Que evite el duelo, que defienda tu vida!...

EUG. ¿Y no te dice que se morirá si me muero yo?... porque ella me dijo que había puesto eso... eso mismo... que se moriría ..

JUAN Sí, también. «Si se muere él, me muero yo.» Son sus palabras.

EUG. ¿Y no te ruega por ella misma... y por María?

JUAN. Veo que te lo había dicho todo.

EUG. ¡No!... ¡Todo, no!... (Con acento terrible.) ¡No me lo

ha dicho todo!... ¡Los traidores nunca lo dicen todo!... ¡Y ella lo es!... ¡Y tú lo eres!... ¡Y yo lo estoy siendo! (Corriendo hacia él.) ¡Miserable!... (Levantando los brazos como para aplastarle.) ¡Ah!... ¡Miserable yo también!... (Se arroja sobre el sofá.) ¡Miserable y maldito!

ESCENA XIV

EUGENIO, JUAN y TERESA

TER. Eugenio, ¿qué le has hecho á la niña? ¡está llorando!... ¡Ah! Juan...

EUG. ¡La verdad!... ya la tengo. ¡La evidencia!... la quise; la tengo también. ¿Y ahora, qué?... ¿Qué debo hacer con ese hombre? ¿Qué debo hacer con... ella?... ¿Qué debo hacer conmigo mismo?

TER. Pero ¿qué dice?

JUAN. Eugenio, ¿qué tienes?

EUG. ¿Me preguntáis qué es lo que tengo? ¡Un sueño espantoso!... ¡una pesadilla infernal!... Algunas veces, cuando tengo pesadilla y consigo que me den muerte... ¡despierto!... Matadme entre los dos... pronto... ¡os lo pediré de rodillas!... No me defenderé; así, encogido de horror; temblando de miedo, llorando de vergüenza, el rostro oculto para no veros. . esperaré que vosotros... pronto... por compasión... acabad... Dios mío... padre mío... ¿qué es esto que nunca sentí? ¡que me parecía imposible!... ¡imposible!... ¡imposible!... ¡imposible!...

TER. Pero, ¿qué ha pasado? pero, ¿qué tiene?

JUAN. No sé... no comprendo... hablábamos alegremente... me dió su carta de usted... (Tu carta, pero cerrada) (En voz baja.) y de pronto...

TER. ¿Mi carta?

JUAN. Sí, la que me escribió usted sobre el desafío de Eugenio con Nebreda .. (la que me escribiste.) (En voz baja)

TER. No comprendo... (no quiero comprender.) (En voz baja.)

JUAN. ¿Por qué?

TER. (Vió esa carta... ¡pensaba que era para él!) (En voz baja.)

JUAN. ¡Entonces fué un lazo!

EUG. ¡Pero no fué á la garganta y debió serlo! (Levantándose terrible.) ¡No tan imbécil!... ¡no tan estúpido!... ¡no tan ridículo, que alguna vez no llegue á comprenderlo todo... ¡y llegué á comprenderlo todo! Y ahora, ¿qué vamos á hacer? (Cruzándose de brazos.) Vamos... ayudadme... ¿qué debo hacer? ¡Yo ahora no discurro... no siento... ni siquiera dolor... no siento más que deseo de destruirlo todo, de anularlo todo... al menos de matar .. á vosotros, ó á cualquiera... si yo creo que todo el mundo es tan miserable como vosotros!...

TER. ¡Tendrías razón! ¡y yo no me defenderé!... ¡si casi lo deseo!... ¡no lloro para enternecerte!... he llorado mucho más... muchos años... muchas noches, sin que tú lo sintieras...

EUG. ¿De amor?

TER. No: ¡de vergüenza y de remordimiento!... Ya sé que no debo decir esto .. ni nada... no me creas; no soy digna de que me creas... tú no debes pensar de mí sino lo peor .. lo más abyecto... lo más bajo... lo más infame... ¡lo más ruin!. . Mátame, Eugenio... y cuando me quede el último aliento... entonces te diré la verdad... ¡y entonces te rogaré que me creas!... Porque entonces ya no podrás suponer que es para defender mi vida.

EUG. (A Juan.) Y tú, ¿no dices algo así? Ella sabe... ¡ah! sí sabe. . defenderse... sin defenderse...

TER. ¡Eugenio!...

JUAN. Yo no puedo decir ni aun eso. Yo esperaré, y obedeceré y callaré entre tanto.

EUG. ¡De manera que he de resolver yo solo! ¿Pero qué? Se ejecuta algo cuando se desea algo en la vida: pero ya... ni ilusiones, ni deseos, ni esperanzas, ni deberes, ni siquiera odios... ¡no me inspiráis ni odio siquiera!

Una soledad inmensa... un frío horrible en el alma... No sé... todo pálido, descolorido... color de muerte... Yo quería mucho á mi Teresina... y aún la quiero... pero era mentira... no existía... esa no es Teresina... Ese puñado de barro tomó su forma y me engañó, me hizo creer que era ella... quítate... vete... ¡barro, al lodazal!

TER. ¡A donde quieras arrojarme... allí caeré!

EUG. ¡Qué humilde!... ¡qué humildes los dos!...

TER. Pero escucha mi último ruego... no: el ruego de un pobre anciano... que fué para tí un padre...

EUG. ¡Pobre padre mío!...

TER. Resuelve lo que quieras: obedeceremos. Pero deja á salvo la honra y el nombre del que siempre te llamó su hijo.

EUG. ¡Yo no quiero el escándalo: yo no quiero arrojarte á la plaza pública... me basta con arrojarte al fondo de tí misma! Donde yo puse mis amores, no pondrá nadie su desprecio.

TER. ¡Qué generoso eres, Eugenio!... ¡oh, si yo pudiese pedirte perdón!

EUG. ¡Calla! no digas eso, que me da asco de mí y puedo arrepentirme. A mi padre le pagaré lo que le debo. Aún sé lo que es gratitud y cariño: no me habéis envilecido del todo. En cuanto á nosotros, (Acercándose á Juan) hay que pensar cómo hacemos... lo que debemos hacer.

TER. ¡Eugenio!

EUG. ¡Silencio!

JUAN He dicho que obedeceré tus órdenes.

EUG. Sí; pero nada de padrinos ni testigos... todo eso es el escándalo bajo otra forma y no quiero tampoco exponerme á tu generosidad. Harías alarde de respetar mi vida. No, no es eso... No: en silencio, nosotros dos: como yo te diga: de manera que no puedas alardear de nobleza...

JUAN. He dicho que tú resuelves.

EUG. Yo no: todavía no me habéis convertido en asesino: estuvísteis cerca de conseguirlo... pero pude dominarme. La suerte decidirá quién de los dos ha de apartarse para siempre del camino del otro. ¿Comprendes? La suerte: y el que ella designe busca un medio... *casual*... En este mundo la casualidad desata muchos nudos... ¡Qué imprudencia! murió.

TER. Eugenio... por última vez... yo no me atrevo... pero yo no puedo callar...

EUG. Si no peligra tu vida... ni la honra.... ni siquiera las ilusiones de tu padre peligran... ¿á tí qué te importa todo esto?

TER. Si es que no puedo... si tú comprendieses lo que yo sufro...

EUG. Tú lo has podido todo... y debes sufrirlo todo.. Silencio. Silencio, que vienen ya. A fingir *los tres*... que nadie adivine lo que aquí pasa y lo que aquí ha de pasar...

TER. No tendré valor... no tendré fuerzas... déjame ir...

EUG. No: tuviste valor y fuerzas para fingir siete años... ten valor un día más... Como tú me dijiste antes... por ese pobre anciano... al menos por él... ¿No haré yo lo mismo?

TER. ¡Por Dios!...

EUG. Tú, aquí... (Colocándola en el sofá.) Ya estabas mala... dices que sigues peor... Tú, (A Juan.) á su lado... atento, cortés, natural... Y yo, á cierta distancia... como siempre... risueño... locuáz... felíz... contemplando á la esposa amante... y al amigo leal... Ahora ya pueden entrar... ¡un risueño cuadro de familia!... pero sonreíd... ¡sonreíd, miserables!... (Se coloca detrás del sofá y les estrecha violentamente al pronunciar las últimas palabras.)

ESCENA XV

TERESA, EUGENIO, JUAN, REMEDIOS y DON HILARIÓN

REM. Ahora sí que nos vamos... (Sentándose junto á Teresa) ¿Estás mejor?

TER. No... no estoy bien...

REM. ¿Y usted? .. (A Eugenio.)

EUG. Yo, ¡recobré mi equilibrio!... ¡No hay como tener voluntad! Quise... y ya ve usted.

REM. Pues hemos pasado un rato delicioso con tu hija...

HIL. ¡Es monísima!...

REM. ¡Qué ocurrencias!... ¡qué contestaciones á don Cosme!... Con él y con su abuelo viene charlando como una persona mayor...

TER. No .. dispensa... voy á disponer que se acueste...

EUG. Todavía no... déjala que venga... ¡qué cruel eres con la pobre niña!... no parece hija tuya... (Sonriendo.) Tan buena para todos... y con María tan severa...

REM. Tiene razón Eugenio .. en eso tiene razón...

TER. Ya ves tú .. los niños...

EUG. Es que me tiene envidia, porque dice que me quiere más que á ella...

TER. (Con voz ahogada.) Eugenio...

EUG. Antes de llegar usted estábamos en esa disputa... ¿no es verdad?

TER. Sí... es verdad...

EUG. Tanto que Juan y yo habíamos hecho una apuesta...

TER. ¡Una apuesta!...

EUG. Yo aposté que María me quiere más que á su madre; y Juan apostó á que la quiere á ella más que á mí; y la apuesta fué... un regalo para María .. y el regalo fué... *la vida*... ¡la vida de San Lorenzo Mártir! (Riendo.) un libro precioso que se acaba de publicar: se volverá loca la pobrecilla... ¡con unas láminas en colores! Allí está el Santo... y están las parrillas... y las

llamaradas... y el chisporroteo... y las carnes hechas tostón... (Riendo.) ¡Delicioso!... ¡oh! ¡delicioso!... ¡Parece que el género humano se tuesta en aquellas parrillas! (Ríe convulsivamente.)

TER. (Aparte.) ¡Dios mío!... ¡no más!..

REM. ¡Pues yo apuesto por Juan!... ¡es decir, por Teresina!

HIL. ¡Y yo por Eugenio!

REM. ¿Quién decidirá?

EUG. La niña... ella misma...

TER. ¡No! (Levantándose con ímpetu.)

EUG. Sí: María... ella... ella que ya viene con *tu padre*... ¡eh!... ¡con *tu padre*! ¡con el mío!... (Acercándose y haciéndola sentar.) Cálmate... ¡estás muy nerviosa!...

ESCENA XVI

TERESA, EUGENIO, REMEDIOS, DON HILARIÓN, DON COSME y DON PABLO, con MARÍA de la mano.

TER. ¡Por Dios... Llévese usted la niña... (A su padre.)

EUG. De ningún modo... (Trayéndose á María.) ¡Ven aquí, hija mía!... Madre desnaturalizada... déjame á mí con ella...

REM. (A Teresa.) ¿Qué tienes?

TER. Nada... Lo decía... porque es mala costumbre que los niños... ya ves tú... preguntarles... ¿á quién quieres más?... Esto es cruel... Se educan mal... esas preferencias... y tú que eres tan bueno... ¡No... todavía no... Eugenio!...

EUG. Pero si es una broma... ya no lo haré más... es la última vez... ¿Te conformas tú? (Á Juan.)

JUAN. Teresina no está buena... podríamos dejar la apuesta para otro día.

EUG. ¡Ah, cobarde!... ¡tienes miedo de perder!... ¡Pagarás la vida... de San Lorenzo!... ¡oh! yo te aseguro que la pagarás como la pierdas!...

JUAN. Como quieras.

EUG. Pero si pierdes, has de pagar...

JUAN. Eugenio... no tanto... Mis deudas... que á veces son grandes... las pago siempre.

PABLO. Hablan ustedes en griego. ¿De qué se trata?

EUG. De que María nos diga... ¿oyes, hija mía?... á quién quieres más: si á su madre ó á mí... y le regalaremos, si dice la verdad... un precioso libro de estampas... estampas de colores. . un encanto...

MARIA. ¿Aquél?...

EUG. Sí...

MARIA. ¡Qué bonito!

TER. (Haciendo un esfuerzo.) No... espera .. yo no me resigno.. De veras... no... no me resigno... Porque en este momento no es posible que decida imparcialmente ese... pobre sér... Las probabilidades no son las mismas. . para los dos. Yo... aunque parte interesada... digo la verdad... Ahora no es posible... Mañana, Eugenio. . mañana... Ya ves tú... una noche que pronto pasa...

EUG. ¿Por qué?... ¡Dí por qué!... De seguro... no tiene... no tiene fundamento lo que vas á decir.

PABLO. Déjala que se explique. ¡Qué imperioso te vas volviendo! ¡Libertad en las manifestaciones del pensamiento!... ¡Ea!

TER. Óiganme ustedes... y ustedes me darán la razón. Hace poco, María riñó con su... riñó con Eugénio... ¿lo recuerdan ustedes?... Fué corriendo á buscarme... para decirme que... Eugenio la había pegado... No era verdad... cosas de chicos... Pero ahora está enojada con él... y los niños son rencorosos... eso se sabe... Ahora mismo, vean ustedes, está muy violenta en los brazos de Eugenio... Y es claro.., en este momento diría... que de los dos, á quién más quiere es á mí... y yo no quiero que lo diga... ¡así... por sorpresa!...

REM. ¡Tiene razón!

PABLO. Es evidente.

HIL. Evidentísimo.

COSME. Déjenle ustedes que responda; á ver qué responde usted, el argumento es de peso. (Á Eugenio.)

JUAN. De tanto peso... que la apuesta es imposible por ahora. Eso no es apuesta... es que quieres á todo trance perder...

EUG. ¿Imposible?... ¿Dices qué es imposible?...

JUAN. Es darme la partida ganada: yo no la acepto.

EUG. ¡No lo aceptas!... ¡quisiera yo verlo!... (Conteniéndose.) Despacio; yo me explicaré. Su madre es la que más riñe á María... es cierto... Siempre está con ella... es natural... De modo que en circunstancias ordinarias, yo tendría gran ventaja... soy leal... en rigor yo sé que soy el preferido. Pero este cariño... de costumbre... está compensado por la circunstancia que ha dicho Teresina. Y la balanza vuelve á su fiel. Vaya usted á saber qué pesará más en este sér inocente: su cariño de costumbre ó su enojo del momento.

TER. En los niños... siempre... la última impresión.

EUG. Pero María es angelical...

COSME. La verdad es que las probabilidades se compensan.

REM. La niña viene con su madre.

PABLO. La niña prefiere á Eugenio.

EUG. Vamos á verlo. Se la llevaré á su abuelito como punto neutral de partida... Ven...

MARÍA. ¡Me haces daño! (Muy bajo.)

EUG. ¡Ven y obedece! (Con voz baja y tono duro.)

TER. ¡Eugenio!...

JUAN. ¡Mira, Eugenio!

EUG. ¡Silencio todos... ustedes no me conocen todavía!... ¡He dicho silencio!

TER. Aunque digas eso en broma, la niña se asusta y no irá contigo.

EUG. Pues volveré á equilibrar la balanza... María... niña querida... sér inocente... no .. yo no te quiero mal... ¡te quise tanto!... los dos te queremos mucho... tu madre y yo... ve á sus brazos... ó ven á los míos... no nos enfadaremos... no te guardaré rencor... Dios

decide á veces por la inocente voluntad de los niños...

TER. Ni en broma... me gusta oir esas cosas tristes .. basta, Eugenio.

EUG. Vamos... pronto... con tu madre ó conmigo.

MARIA. ¿Con quién voy, abuelito?

PABLO. Escoge tú. Los dos te quieren mucho...

MARIA. ¿Pero no es para siempre?

EUG. Es una broma... sólo por esta noche...

TER. ¡No!... ¡Basta!...

EUG. ¡Ni una palabra!

MARIA. (Que se inclinó hacia su padre, se asusta y corre á los brazos de su madre.) ¡Pues con mamá!

TER. (La abraza llorando en silencio.) ¡María!

EUG Perdí la apuesta. (Todos se levantan hablando y riendo.)

JUAN. No: queda en pié.

MARIA. Esta noche á ella... mañana á tí.

EUG. Sí, pobrecilla. Mañana me toca á mí. Dame un beso. Llévate á la niña, Teresina; se muere de sueño.

TER. Ven, María... (¡No puedo más!... ¡Quiero hablarte!... ¡Volveré!... ¿Me aguardarás? ¡Te lo ruego... con toda el alma!) (En voz baja á Eugenio.)

EUG. (Aquí te aguardaré.)

TER. Adiós, Remedios... no estoy buena.

REM. Cuídate mucho...

TER. Adiós, don Cosme... Adiós, don Hilarión... (Dándoles la mano.) Vamos, María. (Salen las dos.)

COSME. ¡Su mano abrasa!... tiene calentura.

HIL. Eso me ha parecido á mí.

EUG. Las emociones del día... Pero el sueño... si es largo y tranquilo... pero muy largo y muy tranquilo. . lo remedia todo...¡Ni recuerdo de las mayores torturas: ¡qué calma!... ¡qué descanso!

JUAN. (Quiero hablarte... no salgo de aquí... suceda lo que quiera he de hablarte...) (A Eugenio.)

EUG. (Sal al jardín... como si te marchases... espera en él... y cuando todos se retiren... entras aquí... aquí te aguardaré.)

JUAN. (¿No me engañas?)
EUG. (Yo no engaño.)
JUAN. (*Alto.*) Adiós, Eugenio... Adiós, don Pablo... Les precedo á ustedes... (*A los demás. Sale por el fondo.*)

ESCENA XVII

REMEDIOS, EUGENIO, DON PABLO, DON COSME y DON HILARIÓN

COSME. Nosotros también nos retiramos... amigo Eugenio... Á descansar de las fatigas pasadas.
EUG. Amigo don Cosme, acabaron las fatigas... ¡para mañana le doy á usted la revancha!... ¡no diez blancos... veinte... lo dicho! (*Da un golpe en la caja de las pistolas, que quedó sobre la mesa.*)
PABLO. Pero no dejes ahí las pistolas... que la niña se levanta temprano... y viene á revolver á la mesa...
EUG. ¡Es verdad!... ¡qué imprudencia la mía!...
REM. Adiós... Eugenio...
EUG. Espere usted un momento... quiero llevarle á usted yo mismo al coche... en reparación de aquellos malos tratos... pero antes voy á guardar en mi despacho estas armas peligrosas...
REM. Con llave... que el diablo las carga...
EUG. Y el diablo anda suelto... que lo diga don Cosme... á caza de almas... y á caza de vidas... y la vida es muy hermosa.... ¡muy hermosa!... y por eso al diablo le apetece.... Yo estoy muy bien con ella. (*Sale llevando la caja, por la derecha.*)

ESCENA XVIII

REMEDIOS, DON PABLO, DON COSME y DON HILARIÓN

REM. ¡Qué alegre es este Eugenio... y eso que hoy... tuvo sus intermitencias!

PABLO. ¡Y sobre todo, qué bueno!
COSME. Hoy estaba malo... ¡una jaqueca!...
HIL. Es un niño...
PABLO. ¡Es un ángel!... yo le quiero... más que si fuese mi propio hijo...
REM. ¡Con él no es posible la tristeza!...
PABLO. ¡En esta casa no es posible la tristeza!... ¡Con mi Teresina, con mi nieta y con Eugenio... desafío yo todas las tristezas imaginables! (Suena un tiro.) ¿Qué es eso?
REM. ¡Jesús!...
HIL. ¿Han oído ustedes?
COSME. En el despacho de Eugenio...

ESCENA XIX

TERESA, JUAN, REMEDIOS, DON PABLO, DON HILARIÓN y DON COSME; después EUGENIO

TER. (Entrando desalentada por la derecha, segundo término.) ¡Eugenio!... ¡Eugenio!... ¿Dónde está Eugenio?
JUAN. ¿Qué ha sido?... ¿Dónde está?... ¿dónde fué? (Entrando desde el parque.)
PABLO. ¡Allí... allí fué!...
TER. (Se precipita á la puerta.) ¡Eugenio... por Dios, Eugenio!
JUAN. (Lo mismo.) ¡Pronto!... Eugenio!...
PABLO. ¡Hijo mío!... ¡hijo mío!...
EUG. (Aparece moribundo, pero sosteniéndose aún en pié.) ¡Ah! ¿eres tú?... ¿sois vosotros?...
TER. ¿Qué has hecho?
PABLO. ¿Qué tienes?
JUAN. Eugenio...
REM Eugenio, hable usted...
TER. ¡Sangre!... ¡aquí!... ¡sangre!
EUG. ¡Me muero!... ¡Ahora sí que me muero! (Le sientan entre todos.)
PABLO. ¡Jesús!... ¡hijo mío!

REM. ¡Qué desgracia!...
HIL. ¡Qué casualidad!...
COSME. ¡Qué imprudencia!
EUG. Eso es... una imprudencia... No fué en el corazón, pero muy cerca... ¡No... fué en el corazón!... (*Mirando á Teresa.*)
PABLO. ¡Socorro... pronto!...
JUAN. Sí... pronto...
EUG. ¡Inútil!... aquí todos...
TER. No... ¡Eugenio... no puede morir!
EUG. ¡No puedo morir!..: ¡ya lo verás!... ¡Y qué importa! Oye, Teresina... (*Cogiéndola la cabeza.*) Te quise mucho... con toda mi alma .. con todo mi sér... ¿No es verdad?... Dílo.
TER. Sí... lo confieso... lo siento aquí... (*Oprimiéndose el pecho.*) lo sé...
EUG. (*Separándola dulcemente.*) Bien está. Oye tú... (*Á Juan.*) fuí contigo siempre leal. Dílo tú también.
JUAN. ¡Siempre... lo sé... Eugenio!
EUG. Aparta... Padre mío... ¿le quise á usted como á un padre? ¡Cree usted que era yo capáz de sacrificarlo todo por usted... dichas, amores, odios... todo?... ¡Dígalo usted, padre mío!
PABLO. ¡No digas esas cosas!... ¡ya lo sé!... ¡pero no te mueras!
EUG. ¡Valor... padre de mi alma!... (*Abrazándolo.*) ¡Adiós, padre mío! ¡Cumplí con todos... quise á todos... no hice mal á nadie... ¡Dios mio, perdóname... creo que miro á esta gente con la soberbia de mi honradéz!... No... eso no... pero hice lo que pude... Justicia eterna... ahora, á tí te toca!... (*Cae muerto.*)
TER. ¡Eugenio! (*Abrazada á él.*)
PABLO. ¡Hijo mío!...
TER. ¡Todo acabó!
PABLO. ¡Ah! ¡que le hemos perdido!... ¡que le hemos perdido para siempre!

FIN DEL DRAMA

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Como el drama es muy largo, los Directores de escena pueden hacer todos los cortes que crean convenientes, según las condiciones de cada Compañía.

(12)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en prosa y en tres actos.

Dos fanatismos, drama en prosa y en tres actos.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rigidos, drama en tres actos y en verso precedido de un diálogo-exposición en prosa.

Siempre en ridiculo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

127

